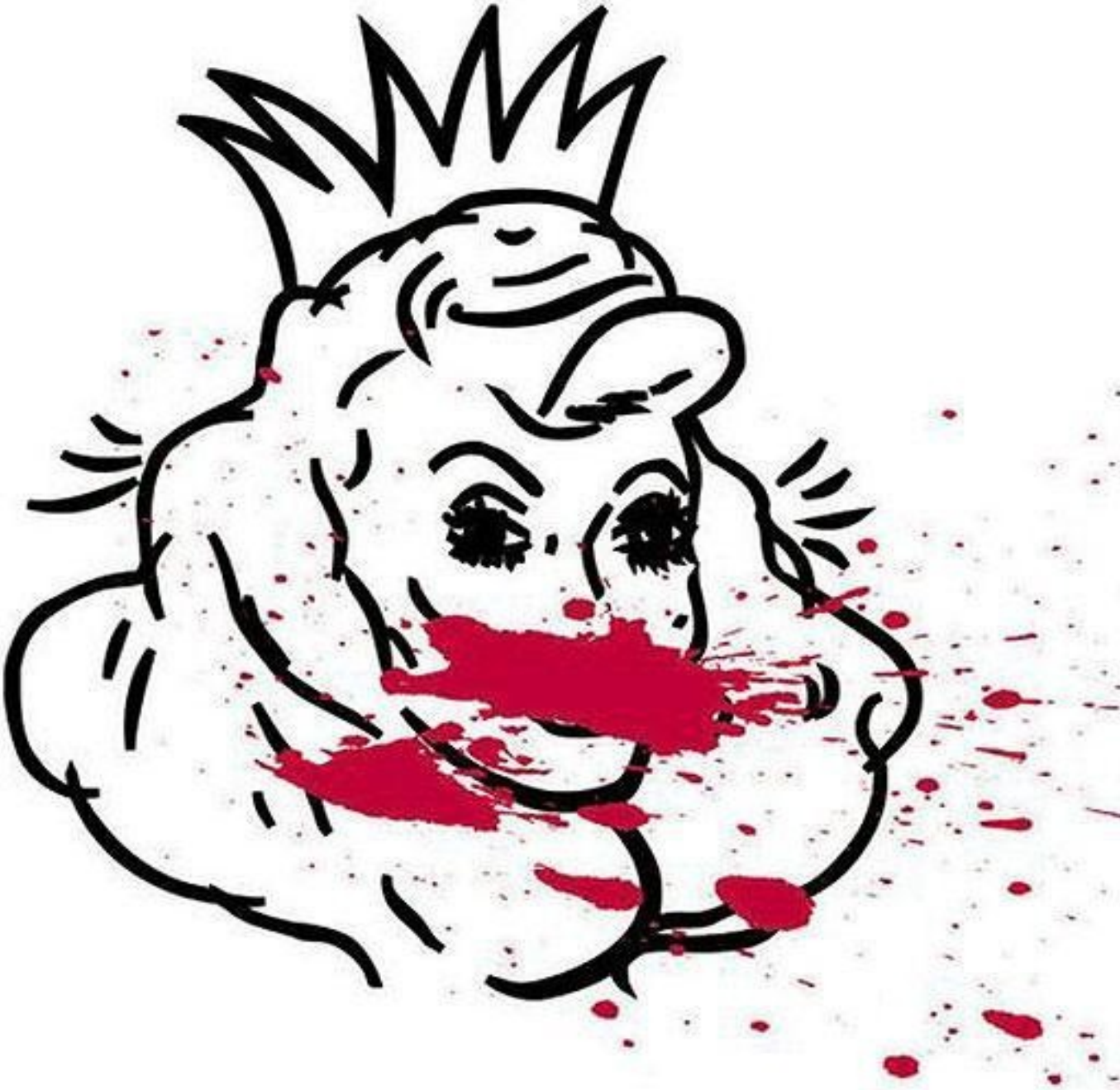
# CHUCK PALAHNIUK



# Monstruos invisibles

Lectulandia

Shannon parece tenerlo todo en la vida: belleza, fama, un novio, una gran amiga... pero cuando un «accidente» la deja completamente desfigurada e incapaz de hablar, pasa de ser un hermoso centro de atracción a convertirse en un monstruo invisible, tan horrible que nadie parece percatarse de su existencia. Nadie, salvo Brandy Alexander, un transexual a quien conoce en el hospital y que le ofrece la oportunidad de encontrar su nuevo destino, a partir de olvidar su pasado y construirse infinitos y simultáneos presentes. Así, tras secuestrar a Manus, su actual ex novio, partirán en una carrera desenfrenada que solo puede conducirlos hacia su aniquilación.

*Monstruos invisibles* es una road movie alucinada cuyos protagonistas se lanzan en una aventura contra la imposición social de la belleza.

**Palahniuk**, dueño de un universo muy personal, sacude y agita nuestras mentes de un modo brutal.

Lectulandia

Chuck Palahniuk

# Monstruos invisibles

ePUB v1.0
GONZALEZ 24.04.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Invisible Monsters*

Edición en formato digital: marzo de 2012

© 1999, Chuck Palahniuk
© 2003, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2003, Catalina Martínez Muñoz, por la traducción

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori
Ilustración de la cubierta: © Rodrigo Corral

ISBN: 978-84-397-2619-7

*Para Geoff, que decía: «Esto va de robar drogas».*
*Y para Ina, que decía: «Esto es perfilador de labios».*
*Y para Janet, que decía: «Esto es crep georgette».*
*Y para Patricia, mi editora, que seguía diciendo*:
*«Esto no tiene suficiente calidad».*

# 1

Se supone que estáis en una de esas magníficas bodas de West Hills, en una enorme mansión llena de flores y champiñones rellenos. Esto es lo que se llama la puesta en escena: dónde está todo el mundo, quién está vivo y quién está muerto. Es el momento de la gran recepción de Evie Cottrell, en el día de su boda. Evie está de pie en mitad de las imponentes escaleras del vestíbulo de la mansión, desnuda bajo lo poco que queda de su traje de novia, con la escopeta en la mano.

Yo estoy al pie de la escalera, pero solo físicamente. Mi cabeza está no sé dónde.

De momento nadie ha muerto del todo, pero digamos que el reloj marca los segundos.

No es que ninguno de los personajes de este extraordinario drama sea un ser vivo y real. Para saber qué aspecto tiene Evie Cottrell basta con mirar algún anuncio televisivo de champú orgánico, solo que en este momento el traje de novia de Evie está quemado justo hasta los aros de la falda que orbitan alrededor de sus caderas y hasta los pequeños esqueletos de alambre de las flores de seda que llevaba en el pelo. Y el pelo rubio de Evie, cardado bien alto y como un arco iris en todos los tonos de rubio, bien fijado con laca, pues bien, el pelo de Evie también está quemado.

El único personaje aparte de nosotras es Brandy Alexander, que está tendida al pie de la escalera tras recibir un disparo, desangrándose.

Me llama la atención que el líquido rojo que fluye a borbotones por el orificio de la bala parece no tanto sangre como una herramienta sociopolítica. Eso de estar clonado a partir de los anuncios de champú también vale para Brandy Alexander y para mí. Matar a alguien de un tiro en esta habitación podría ser el equivalente moral de matar un coche, o una aspiradora o una muñeca Barbie. De borrar un disco duro. De quemar un libro. Es probable que esto sea lo mismo que matar a cualquier persona. Todos somos productos semejantes.

A Brandy Alexander, la reina suprema de las chicas de fiesta de la alta sociedad, con su talle esbelto como el bambú, se le salen las tripas por un orificio de bala a través de su increíble traje de chaqueta. El traje es de Bob Mackie, blanco, y Brandy lo compró en Seattle, con una falda recta muy ajustada que le oprime el culo formando un corazón perfecto. No os podéis imaginar lo que cuesta el traje en cuestión. El margen de beneficios es del tropecientos por cien. La falda es muy corta; las solapas y las hombreras son muy grandes. El corte de la fila de botones es simétrico, a excepción del agujero por el que sale la sangre.

Evie empieza a sollozar, en mitad de la escalera. Evie, el virus mortal del momento. Esta es nuestra clave para descubrir a la pobre Evie, a la pobre y triste Evie, despeinada, vestida de cenizas y embutida en el miriñaque de su falda quemada. Poco después suelta la escopeta. Con la cara sucia hundida entre las manos sucias,

Evie se sienta y empieza a gemir, como si el llanto lo solucionara todo. La escopeta, cargada, del calibre treinta y algo, cae rebotando escaleras abajo y se desliza hasta el centro del suelo del vestíbulo, girando, apuntándome a mí, apuntando a Brandy, apuntando a Evie, que llora.

No creáis que soy un producto de laboratorio condicionado para no responder a la violencia, pero mi primer impulso es frotar las manchas de sangre con sosa.

He pasado la mayor parte de mi vida adulta posando a cambio de un fajo de billetes por hora, luciendo ropa y zapatos, bien peinada delante de un fotógrafo de moda que me dice lo que debo sentir.

El fotógrafo grita: Dame placer, cariño.

Flash.

Dame maldad.

Flash.

Dame desapego y hastío existencial.

Flash.

Dame intelectualidad rampante, como mecanismo compensatorio.

Flash.

Puede que sea la impresión de ver que mi peor enemiga se carga de un tiro a mi segunda peor enemiga. Bum, y todo el mundo sale ganando. Eso y el hecho de que a fuerza de tratar con Brandy he desarrollado un increíble talento dramático.

Parece que estoy llorando cuando me pongo un pañuelo por debajo del velo para respirar a través de él. Para filtrar el aire porque apenas se puede respirar a causa del humo, porque la enorme mansión de Evie se está quemando.

Yo, arrodillada junto a Brandy, podría llevarme las manos a cualquier parte del vestido y encontrar Darvon y Dolantina y dextropropoxifeno. Esa es la clave para entenderme. Mi vestido es una imitación de saldo de la Sábana Santa de Turín, principalmente marrón y blanca, drapeado y cortado de manera que los brillantes botones rojos oculten los estigmas. Además, llevo metros y metros de velo de organdí blanco en la cabeza, adornado con estrellitas de cristal austríaco talladas a mano. La verdad es que no os podéis imaginar la pinta que tengo, pero esa es más o menos la idea. Mi aspecto es elegante y sacrílego, y me hace sentir santa e inmoral.

Alta costura, cada vez más alta.

El fuego avanza centímetro a centímetro por el papel pintado del vestíbulo. Soy yo quien ha prendido fuego, para realzar la escenografía. Los efectos especiales pueden hacer maravillas a la hora de intensificar un estado de ánimo, y esto para nada se parece a una casa de verdad. Lo que está ardiendo es una recreación de una casa de época diseñada a partir de una copia de una copia de una copia de la maqueta de una mansión estilo Tudor. Cien generaciones la separan de cualquier cosa original, pero ¿no es cierto que a todos nos ocurre lo mismo?

Justo antes de que Evie baje las escaleras gritando y dispare a Brandy Alexander, yo derramo varios litros de Chanel Número Cinco, lo prendo con una invitación de boda. . . y bum, estoy reciclando.

Tiene gracia pensar que hasta el más trágico de los incendios no es más que una reacción química. La quema de Juana de Arco.

La escopeta, que, sigue girando en el suelo, me apunta, apunta a Brandy.

Otra cosa es que, por mucho que creas que quieres a alguien, te echas atrás cuando el charco de su sangre se acerca demasiado.

Al margen de todo este drama, hace un día espléndido. Hace un día agradable y soleado, y la puerta principal está abierta al porche y al jardín. El fuego del piso de arriba transporta hasta el vestíbulo el olor tibio de la hierba recién cortada, y se oye a los invitados que están fuera. Los invitados se llevaron lo que quisieron, el cristal y la plata, y salieron al jardín para esperar la llegada de los bomberos y la ambulancia.

Brandy abre una de sus manos cubiertas de anillos y se palpa el agujero, derramando su sangre sobre el suelo de mármol.

Brandy dice:

—Mierda. Ya no podré cambiar el traje.

Evie se descubre el rostro, embadurnado de hollín, de mocos y de lágrimas, y grita:

—¡Odio esta vida tan aburrida!

Evie le chilla a Brandy Alexander:

—¡Resérvame una mesa junto a la ventana en el infierno!

Las lágrimas trazan limpias líneas en las mejillas de Evie, que grita:

—¡Amiga! ¡Tienes que contestarme a gritos!

Como si la situación no tuviese suficiente dramatismo, Brandy levanta la vista y me ve arrodillada junto a ella. Con los ojos de color berenjena dilatados como flores, dice:

—¿Se va a morir Brandy Alexander?

Evie, Brandy y yo; todo se reduce a una lucha de poder para ver quién chupa más cámara. Todas queremos ser yo, yo, yo la primera. La asesina, la víctima, la testigo, todas pensamos que nuestro papel es el protagonista.

Tal vez esto sea aplicable a cualquiera.

Todo es espejo, espejo en la pared, pues la belleza es poder como el dinero es poder y un arma es poder.

Además, cuando veo en el periódico la foto de una chica de veintitantos años raptada, sodomizada, atracada y finalmente asesinada, que aparece en portada, joven y sonriente, en lugar de pensar que se trata de un crimen atroz, mi primera reacción es: uau, estaría buenísima si no tuviera esa narizota. Mi segunda reacción es: me gustaría tener a mano una pistola para pegarme un par de tiros en el caso de que me

secuestrasen y me sodomizasen hasta matarme. Mi tercera reacción es: bueno, al menos esto pone fin a la competición.

Por si ello no bastase, el vaporizador que uso es una suspensión de fragmentos fetales inertes diluidos en aceite mineral hidrogenado. Lo cierto es que, honestamente, mi vida entera gira en torno a mi persona.

Eso a menos que la cámara esté rodando y algún fotógrafo gritando: Dame empatía.

Y luego salta el flash de la estroboscópica.

Dame simpatía.

Flash.

Dame una franqueza brutal.

Flash.

—No me dejes morir aquí en el suelo —dice Brandy. Y se aferra a mí con sus manos enormes—. Mi pelo —dice—, se me está aplastando por detrás.

Lo cierto es que sé que Brandy está a punto de morir, pero no consigo meterme en la escena.

Evie solloza cada vez más fuerte. Para colmo, las sirenas de los bomberos terminan por convertirme en la reina de Villa Migraña.

La escopeta sigue girando en el suelo, aunque cada vez más despacio.

Brandy dice:

—Esta no es la vida que Brandy Alexander quería. En primer lugar, se supone que es famosa. Se supone que sale por televisión en el intermedio de la Super Bowl bebiendo una Coca-Cola light y desnuda, moviéndose a cámara lenta antes de morir.

La escopeta deja de girar y no apunta a nadie.

Al oír los sollozos de Evie, Brandy grita:

—¡Cállate!

—¡Cállate tú! —responde Evie, también a gritos. A su espalda, el fuego va devorando la alfombra de las escaleras.

Se oye el ulular de las sirenas por todo West Hills. La gente se abre camino a empujones para llamar a los servicios de emergencia y convertirse en el gran héroe. Nadie parece estar preparado para la llegada del equipo de televisión, que está prevista en cualquier momento.

—Es tu última oportunidad, cariño —dice Brandy, mientras su sangre se extiende por todas partes. Y añade—: ¿Me quieres?

Cuando la gente hace preguntas como esta es cuando pierdes cámara.

Así es como te atrapan para que realices tu mejor interpretación secundaria.

Aún mayor que el hecho de que la casa esté en llamas es mi enorme expectación, porque tengo que decir las tres palabras más manidas de cualquier guión. Esas palabras me hacen sentir que me estoy acusando gravemente a mí misma. No son más

que palabras. Inútiles. Vocabulario. Diálogo.

—Dime una cosa —dice Brandy—. ¿De verdad? ¿De verdad me quieres?

Así de histriónicamente es como Brandy ha interpretado su papel toda la vida. El teatro de Brandy Alexander funciona en directo y sin interrupción, aunque pierde vida por momentos.

Tomo la mano de Brandy en la mía, por cuestiones escénicas. Es un gesto bonito, pero me asusta la amenaza de los agentes patógenos que pueda haber en la sangre, y luego, bum, el techo del comedor se desploma, saltan chispas y brasas hacia nosotras desde la puerta del comedor.

—Aunque no puedas amarme, cuéntame mi vida —dice Brandy—. Una chica no puede morir sin ver pasar la vida ante sus ojos.

Prácticamente nadie consigue satisfacer sus necesidades emocionales.

Y entonces el fuego devora la alfombra de la escalera hasta el culo desnudo de Evie, y Evie grita y baja torpemente los escalones encaramada sobre sus zapatos blancos de tacón alto, completamente quemados. Desnuda y despeinada, cubierta con un miriñaque y llena de ceniza, Evie Cottrell sale corriendo por la puerta principal en busca de mayor audiencia, de los invitados que asisten a su boda, del cristal, de la plata y de los coches de bomberos. Así es el mundo en que vivimos. Las condiciones cambian, y nosotros mutamos.

De manera, claro está, que el eje de todo será Brandy, presentada por mí, con apariciones esporádicas de Evelyn Cottrell y el mortal virus del sida. Brandy, Brandy, Brandy. La pobre Brandy, tendida boca arriba, toca el agujero por el que la vida se le escapa y cae sobre el suelo de mármol, diciendo:

—Por favor, cuéntame mi vida. Dime cómo hemos llegado hasta aquí.

Y aquí estoy yo, tragando humo solo para documentar este momento de Brandy Alexander.

Dame atención.

Flash.

Dame adoración.

Flash.

Dame un respiro.

Flash.

# 2

No esperéis que esta sea una de esas historias que dicen: y luego, y luego, y luego.

Lo que ocurre se parecerá más a una revista de moda, al caos de *Vogue* o de *Glamour*, con numeración en cada segunda o quinta o tercera página. Caerán bolsitas de perfume, y mujeres desnudas a toda página surgirán de la nada para venderos maquillaje.

No busquéis un índice, enterrado, como suele ocurrir en las revistas, a veinte páginas de la portada. No busquéis nada en absoluto. Tampoco existe una pauta real para nada. Las historias empiezan y, tres párrafos después:

Saltan a una página cualquiera.

Y vuelven a saltar.

Serán diez mil separatas de moda que se mezclan y combinan para crear acaso cinco trajes elegantes. Un millón de complementos de moda, de pañuelos y cinturones, de zapatos, sombreros y guantes, pero sin ropa de verdad con la que combinarlos.

Y de verdad que tenéis que acostumbraros a esa sensación, aquí, en la autopista, en el trabajo, en vuestro matrimonio. Así es el mundo en que vivimos. Dejaos llevar por los impulsos.

Volvamos a hace veinte años, a la casa blanca donde crecí mientras mi padre rodaba películas en súper-8 de mi hermano y de mí correteando por el jardín.

Pasemos al presente, donde mis amigos se sientan en hamacas cuando llega la noche para ver las mismas películas en súper-8 proyectadas en la pared blanca de la misma casa blanca, veinte años después. La casa es la misma, el jardín el mismo, las ventanas proyectadas en las películas se alinean perfectamente con las ventanas reales, la hierba de la película se alinea con la hierba real y mi hermano y yo, de pequeños, corremos frenéticamente mientras la cámara nos filma.

Pasemos a mi hermano mayor, aniquilado y muerto por la plaga del sida.

Pasemos a mí cuando ya soy adulta y me enamoro de un detective de la policía y me voy para convertirme en una supermodelo famosa.

Recordad, tal como ocurre en *Vogue*, que no es necesario seguir los saltos de

cerca.

Continuarán en cualquier página.

Por más que lo intentes, siempre tendrás la sensación de haberte perdido algo, el sentimiento metido bajo la piel de no haberlo vivido todo. Ese corazón abatido te dirá siempre que has pasado por alto momentos en los que deberías haberte fijado.

Bien, acostumbrémonos a esta sensación. Algún día, la vida se reducirá tan solo a eso.

Todo es cuestión de práctica. Esto no tiene importancia.

Estamos calentando motores.

Saltemos al aquí y ahora, a Brandy Alexander desangrándose en el suelo y a mí arrodillada junto a ella, contándole esta historia antes de que llegue la ambulancia.

Volvamos atrás unos cuantos días, a la sala de estar de una casa acomodada de Vancouver, en la Columbia Británica. La habitación está forrada de caoba tallada estilo rococó, como un caramelo duro, con zócalos de mármol, suelo de mármol y una especie de chimenea de mármol tallada con florituras. En las casas acomodadas, donde vive gente mayor y acomodada, todo es tal como cabe esperar.

Los lirios de los jarrones de esmalte son reales, no de seda. Las cortinas color crema son de seda, no de algodón pulido. La caoba no es pino teñido para que parezca caoba. No hay candelabros de cristal prensado que pasen por cristal tallado. El cuero no es vinilo.

Estamos rodeadas de muebles estilo Luis XIV.

Frente a nosotras hay otra inocente agente de la propiedad inmobiliaria, y la mano de Brandy se dispara: la muñeca, hinchada de huesos y venas, la cordillera de sus nudillos, los dedos marchitos, los anillos con su neblina roja y verde, las uñas de porcelana pintadas de rosa chillón. Y Brandy dice:

—Encantada, de verdad.

Si hubiera que empezar por un solo detalle, este sería las manos de Brandy. Cargadas de anillos para que parezcan aún más grandes, las manos de Brandy son enormes. Cargadas de anillos, como si pudieran ser aún más llamativas, las manos son la única parte de Brandy Alexander que los cirujanos no pudieron cambiar.

Por eso Brandy ni siquiera se molesta en ocultarlas.

Hemos estado en demasiadas casas iguales como para llevar la cuenta, y la agente de la propiedad inmobiliaria siempre sonríe. Esta lleva el uniforme al uso: traje azul marino con pañuelo rojo, blanco y azul al cuello. Zapatos de tacón azules y bolso azul colgado del brazo.

La mujer aparta la vista de la manaza de Brandy Alexander para mirar al *signore*

Alfa Romeo que está junto a Brandy, y los cautivadores ojos azules de Alfa se iluminan; en el interior de esos ojos azules, que nunca has visto cerrarse ni mirar hacia otro lado, está el bebé o el ramo de flores, hermoso o vulnerable, que convierte a un hombre guapo en alguien a quien amar sin peligro.

Alfa es el último de una larguísima serie de hombres obsesionados con Brandy, y cualquier mujer inteligente sabe que un hombre guapo es su mejor complemento de moda. Tal como se fabricaría un coche nuevo o una tostadora, la mano de Brandy traza en el aire una línea de visión que va desde su sonrisa y sus tetas enormes hasta Alfa.

—Permítame presentarle —dice Brandy—, al *signore* Alfa Romeo, consorte masculino profesional de la princesa Brandy Alexander.

Del mismo modo, la mano de Brandy pasa desde sus pestañas caídas y su precioso pelo hasta mí, trazando una línea invisible.

Lo único que verá la mujer de la inmobiliaria serán mis velos, mi muselina y mi terciopelo, marrón y rojo, mi tul cosido con plata, tantas capas de todo ello que se diría que debajo no hay nadie. Como no hay en mí nada que mirar, la mayoría de la gente no mira. Es como si dijera:

«Gracias por no compartir».

—Le presento a la señorita Kay MacIsaac, secretaria personal de la princesa Brandy Alexander —dice Brandy.

La mujer de la inmobiliaria, con su traje azul con botones de Chanel de latón y su pañuelo atado al cuello para camuflar la piel flácida, le sonríe a Alfa.

Cuando los demás no te miran, tú puedes estudiarlos a fondo. Puedes fijarte en todos los detalles, en esos que nunca tendrías tiempo de fijarte si ellos te mirasen; y esta es tu venganza. A través de mis velos, los contornos de la radiante mujer de la inmobiliaria, rojos y dorados, se tornaban borrosos.

—La señorita MacIsaac —dice Brandy, con su manaza aún abierta hacia mí— es muda y no puede hablar.

La mujer de la inmobiliaria, con los dientes manchados de carmín y capas de corrector y maquillaje bajo los párpados, con esos dientes *prêt-à-porter* y su peluca lavable a máquina, sonríe a Brandy Alexander.

—Y esta. . . —La manaza cargada de anillos se eleva para tocar las tetas de torpedo de Brandy.

—Esta. . . —La mano asciende para tocar las perlas de su cuello.

—Esta. . . —La enorme mano se alza para tocar la abundante melena rojiza.

—Y esta. . . —La mano toca los labios húmedos y carnosos.

—Esta —dice Brandy— es la princesa Brandy Alexander.

La mujer de la inmobiliaria se hinca de rodillas en algo a medio camino entre una reverencia y la genuflexión ante el altar.

—Es un gran honor —dice—. Estoy segura de que esta es la casa más adecuada para usted. Se va a enamorar de ella.

Brandy, que puede ser una bruja fría como un témpano, se limita a asentir y se vuelve hacia el vestíbulo por el que entramos todos.

—A Su Alteza y a la señorita MacIsaac —dice Alfa— les gustaría ver la casa a solas, mientras usted y yo comentamos los detalles. —Las pequeñas manos de Alfa revolotean para explicar—: La transferencia de los fondos, el cambio de liras a dólares canadienses. . .

—Chiflados —dice la mujer de la inmobiliaria.

Brandy, Alfa y yo nos quedamos helados. Puede que esta mujer nos haya calado. Puede que después de los meses que hemos pasado en la carretera y las docenas de casas que hemos limpiado alguien se haya percatado del timo.

—Chiflados —dice la mujer. Y vuelve a hacer la genuflexión—. A los dólares los llamamos «chiflados»[*] —añade, metiendo la mano en su bolso azul—. Verán. Lleva una imagen de un pájaro. Es un somormujo.

Brandy y yo volvemos a quedarnos como un témpano y echamos a andar hacia el vestíbulo. Pasamos de nuevo entre los muebles y junto al mármol tallado. Nuestros reflejos se dibujan borrosos y oscuros, deformados luego de toda una vida de humo de cigarro en los paneles de caoba. Sigo a la princesa Brandy Alexander hacia el vestíbulo mientras la voz de Alfa acapara la atención de la mujer de la inmobiliaria con preguntas sobre el ángulo del sol de la mañana en el comedor y la posibilidad de que el gobierno provincial permita construir un helipuerto privado detrás de la piscina.

La exquisita espalda de la princesa Brandy se aproxima a las escaleras, con una chaqueta de zorro plateado echada sobre los hombros y metros de brocado de seda enrollados sobre su pelo caoba. La voz de la reina suprema y la sombra de L’Air du Temps son el séquito invisible que desfila tras el mundo de Brandy Alexander.

La abundante melena rojiza, recogida en un moño alto bajo el brocado de seda, me recuerda a un panecillo de salvado. A una enorme magdalena de cereza. A una nube encarnada o de color fresa, en forma de champiñón, que se alza sobre un atolón del Pacífico.

Los pies de la princesa están atrapados en dos sandalias de lamé dorado con cintitas doradas y cadenas doradas. Los altos tacones de aguja dorados suben el primero de los casi trescientos escalones que separan el vestíbulo de la segunda planta. A continuación ascienden otro escalón, y otro, hasta que Brandy se aleja lo suficiente como para que yo me atreva a mirar atrás. Solo entonces ella se decide a volver la magdalena color fresa de su cabeza. Las enormes tetas en forma de torpedo de Brandy Alexander se perfilan como siluetas; la muda belleza de esa boca profesional colma el rostro en su totalidad.

—La propietaria de esta casa —dice Brandy— es muy mayor; consume suplementos hormonales y aún vive aquí.

Siento la alfombra tan mullida bajo los pies que me parece ascender sobre un montón de basura. Resbalo y pierdo el equilibrio a cada paso. Los tres, Brandy, Alfa y yo, llevamos tanto tiempo hablando inglés como segunda lengua que la hemos olvidado igual que la primera.

No tengo lengua materna.

Tenemos justo enfrente las piedras sucias de una araña oscura. Al otro lado de la barandilla, el suelo de mármol gris del vestíbulo resulta tan lejano como si hubiésemos subido por una escalera a través de las nubes. Paso a paso. Cada vez más lejos, Alfa sigue pidiendo información sobre bodegas y casetas para los lebreles rusos. El empeño de Alfa por acaparar la atención de la mujer de la inmobiliaria en todo momento llega tan débil como un programa de radio en el que la gente participase por teléfono desde el espacio exterior.

—. . . la princesa Brandy Alexander —las palabras de Alfa, oscuras y cálidas, ascienden por el aire— se trasladará probablemente con su ropa y con sus gritos. . .

La voz de la reina suprema y la sombra de L'Air du Temps dicen:

—En la próxima casa, Alfa será la muda.

—. . . sus pechos —le está diciendo Alfa a la mujer de la inmobiliaria—; tiene usted los pechos como una chiquilla. . .

Nos hemos quedado sin lengua materna.

Salta hasta nosotras, en el piso de arriba.

Salta hasta este momento en el que todo es posible.

Cuando la mujer de la inmobiliaria queda atrapada por los ojos azules del *signore* Alfa Romeo, salta hasta el punto donde empieza de verdad el lío. El dormitorio principal siempre se encuentra al final del pasillo y tiene las mejores vistas. El cuarto de baño principal está revestido de espejos rosados, incluso en el techo. La princesa Brandy y yo aparecemos por todas partes, reflejadas en todas las superficies. Podéis ver a Brandy sentada sobre la encimera rosada, a un lado del lavabo, a mí sentada al otro lado.

Una de nosotras está sentada a cada lado de todos los lavabos en todos los espejos. Hay demasiadas Brandy Alexander para poder contarlas, y todas son mi jefa. Todas abren sus bolsos blancos de piel de becerro y cientos de manos cargadas de anillos extraen otros tantos ejemplares del vademécum, con sus tapas rojas, grande como una Biblia.

Cientos de ojos pintados con sombra Arándano Incandescente me miran desde todas partes.

—Ya sabes lo que hay que hacer —ordenan los cientos de bocas pintadas de Plumbago. Las manos grandes empiezan a abrir cajones y armarios—. Recuerda

dónde encuentras cada cosa y vuelve a dejarlo todo en su sitio —dicen las bocas—. Primero cogeremos las drogas, luego el maquillaje. Empieza la caza.

Saco el primer frasco. Es Valium. Lo sostengo en alto para que las cientos de Brandys puedan leer la etiqueta.

—Coge todo lo que nos podamos llevar —dice Brandy—, y luego pasa a otro frasco.

Me guardo en el bolsillo unas cuantas pastillas azules junto al resto de los Valium. El siguiente frasco es Optalidón.

—Cariño, esto es gloria bendita. —Todas las Brandys levantan la vista para mirar el frasco que tengo en la mano—. ¿Crees que es peligroso que nos llevemos demasiadas?

La fecha de caducidad que se indica en la etiqueta expiró hace un mes, y el frasco está casi lleno. Pienso que podemos llevarnos la mitad.

—Venga. —Una mano enorme y cargada de anillos se me acerca desde todas partes. Cientos de manos enormes se me acercan, con las palmas hacia arriba—. Dale unas cuantas a Brandy. A la princesa vuelven a dolerle los riñones.

Saco diez cápsulas y cientos de manos arrojan miles de tranquilizantes sobre las lenguas rojas de las bocas azules. Una carga suicida de Optalidón se desliza por el oscuro interior de los continentes que configuran el mundo de Brandy Alexander.

En el siguiente frasco hay pequeños óvalos púrpura de 2, 5 miligramos de un estrógeno llamado Premarin.

El nombre comercial responde a la abreviatura de Orina de Yegua Preñada. Es la abreviatura de miles de infelices yeguas de Dakota del Norte y la zona central de Canadá, hacinadas en establos oscuros y perforadas con un catéter para recoger hasta la última gota de orina, confinadas en ese espacio y sin salir salvo para que vuelvan a montarlas. Lo gracioso es que describe bastante bien lo que supone una larga estancia hospitalaria, aunque esa es mi experiencia personal.

—No me mires así —dice Brandy—. Por no tomarme esas pastillas no voy a resucitar a los potrillos muertos.

En el siguiente frasco hay tabletas pequeñas, color melocotón, de Aldactone de 100 miligramos. La propietaria debe de ser una yonqui de hormonas femeninas.

Los analgésicos y los estrógenos son casi el único alimento de Brandy, que dice: «Dame, dame, dame». Mordisquea unas pastillitas de color rosa llamadas Diane. Se come unas cuantas pastillas de Estracomb, azul turquesa. Está usando el Premarin vaginal como crema de manos cuando dice:

—¿Señorita Kay? Parece que no puedo cerrar el puño, cariño. ¿Te importaría ir guardando las cosas sin mí, mientras me tumbo un rato?

Mis cientos de clones en los espejos rosados del cuarto de baño se ocupan del maquillaje mientras la princesa se dispone a echar una cabezadita en la antigua cama

con dosel rosado que es la joya del dormitorio principal. Encuentro dextropropoxifeno, Oxycontin, Frenespan y pentotal. Estrógenos orales. Antiandrógenos. Progesterona. Parches de estrógenos. No encuentro ninguno de los colores de Brandy. Nada de colorete Rosa Oxidado. Nada de sombra de ojos Arándano Incandescente. Encuentro un vibrador con las pilas sulfatadas.

Imagino que la propietaria es una mujer mayor. Las ancianas abandonadas a su suerte y drogadas, más invisibles para el mundo cada minuto que pasa a medida que envejecen, no deben usar demasiado maquillaje. Ni salir a disfrutar de la vida nocturna. Ni bailar en fiestas de espuma. Siento el aliento caliente y ácido bajo el velo, bajo las húmedas capas de seda y crep georgette que levanto por primera vez en todo el día; y en los espejos, miro el reflejo rosado de lo que queda de mi rostro.

Espejito, espejito, ¿quién es la más hermosa?

La malvada reina fue idiota al seguirle el juego a Blancanieves. Llegada cierta edad, las mujeres tienen que buscar otra clase de poder. El dinero, por ejemplo. O un arma.

Llevo la vida que quiero, me digo, y quiero la vida que llevo.

Me digo a mí misma: Me lo merecía.

Esto es exactamente lo que quería.

# 3

Hasta que conocí a Brandy, lo único que quería era que alguien me preguntase qué le había pasado a mi cara.

—Me la comieron los pájaros —quería responder.

Los pájaros se me comieron la cara.

Pero a nadie le interesaba. Aunque en ese nadie no se incluye a Brandy Alexander.

No penséis que fue una gran coincidencia. Brandy y yo teníamos que conocernos. Teníamos muchas cosas en común. Lo teníamos casi todo en común. Además, a unos les pasa antes y a otros después: puede ser un accidente o la fuerza de la gravedad, pero al final todos terminamos mutilados. La mayoría de las mujeres saben lo que se siente al descubrir que cada día que pasa se vuelven más invisibles. Brandy pasó muchos meses en el hospital, igual que yo, y no hay tantos hospitales a los que ir para hacer una gran operación de cirugía estética.

Volvamos a las monjas. Las monjas eran lo peor de todo; las monjas enfermeras. Una monja me habló de un paciente hospitalizado en otra planta, que era encantador y muy divertido. Era abogado y sabía hacer trucos de magia con las manos y una servilleta de papel. Esta monja era de las que llevan una bata blanca de enfermera en lugar del hábito, y le habló de mí al abogado en cuestión. Era la hermana Katherine. Le dijo que yo era divertida e inteligente, y lo bonito que sería que nos conociésemos y nos enamorásemos locamente.

Esas fueron sus palabras.

Me miraba a través de sus gafas de montura metálica, caladas en la mitad de la nariz, con lentes largas y cuadradas, como los cristales de un microscopio. Una red de venitas rotas teñía de rojo la punta de la nariz. Ella lo llamaba rosácea. Se hacía más fácil imaginarla viviendo en una panadería que en un convento. Casada con Santa Claus, en lugar de con Dios. El delantal almidonado que llevaba sobre la bata era de un blanco tan resplandeciente que, cuando la vi por primera vez, después del accidente de automóvil, me pareció que mis manchas de sangre eran negras.

Me dieron papel y bolígrafo para que pudiera comunicarme. Me envolvieron la cabeza en vendas, metros de gasa sobre compresas de algodón y puntos de sutura en forma de mariposa por todas partes, para que no pudiera quitármelas. Me aplicaron una gruesa capa de gel antibiótico, tóxico y claustrofóbico, bajo las compresas de algodón.

Me recogieron el pelo hacia atrás, y allí quedó, olvidado y caliente bajo la gasa, donde yo no pudiera alcanzarlo. La mujer invisible.

Cuando la hermana Katherine me habló de ese otro paciente, me pregunté si tal vez lo habría visto en alguna parte, a su abogado, a ese mago tan atractivo y gracioso.

—Yo no he dicho que fuese atractivo —dijo la hermana Katherine—. Y sigue siendo un poco tímido.

Escribí en mi cuaderno:

¿sigue siendo?

—Desde que tuvo el accidente —explicó, y sonrió arqueando las cejas y apretando la barbilla contra el cuello—. No llevaba el cinturón de seguridad.

—El coche le pasó por encima —dijo—. Por eso es perfecto para usted.

Antes de eso, cuando yo aún estaba sedada, alguien se llevó el espejo de mi cuarto de baño. Las enfermeras se esforzaban por alejarme de cualquier superficie pulida, del mismo modo que alejaban a los suicidas de los cuchillos. A los alcohólicos del alcohol. Lo más parecido a un espejo que yo tenía era la televisión, pero esta solo me decía cómo era yo antes.

Cuando pedía ver las fotos que la policía había tomado del accidente, la enfermera me decía:

—No.

Guardaban las fotos en un archivador, en la sala de enfermeras, y al parecer todo el mundo podía verlas menos yo. Esta enfermera dijo:

—El médico piensa que ya ha sufrido usted suficiente por el momento.

Ese mismo día, la enfermera intentó presentarme a un contable que se había quemado el pelo y las orejas por un error garrafal con el propano. Me presentó a un estudiante que había perdido la garganta y las fosas nasales a consecuencia de un cáncer. A un limpiacristales que había caído de cabeza sobre el asfalto dando una voltereta desde un tercer piso.

Esas eran sus palabras: error, caída. La desgracia del abogado. Mi gran accidente.

La hermana Katherine pasaba a comprobar mis constantes vitales cada seis horas. Me tomaba el pulso con su reloj masculino de segunda mano, un reloj grande y plateado. Me tomaba la tensión. Me tomaba la temperatura metiéndome en el oído una especie de pistola eléctrica.

La hermana Katherine era de esas monjas que llevan una alianza.

Y la gente casada siempre cree que el amor es la respuesta para todo.

Volvamos al día de mi accidente, cuando todo el mundo se mostró muy considerado. La gente, los pacientes que me cedieron el turno en la sala de urgencias. Por insistencia de la policía. Quiero decir que me dieron una sábana de hospital con el nombre «Hospital Memorial de La Paloma» impreso en el borde con tinta indeleble de color azul. Primero me administraron morfina por vía intravenosa. Luego me recostaron en una camilla.

No recuerdo gran cosa, pero la enfermera de día me habló de las fotos que había tomado la policía.

Las fotos, copias en brillo de 18 × 24, tan bonitas como las de mi álbum. En blanco y negro, según dijo la enfermera. Pero en estas estoy sentada en una camilla, de espaldas a la pared de la sala de urgencias. La enfermera tardó diez minutos en cortarme el vestido con esas tijeritas de manicura que usan los cirujanos. Recuerdo muy bien cómo cortaba. Llevaba puesto un vestido de algodón de Espre, muy veraniego. Recuerdo que cuando encargué este vestido por catálogo estuve a punto de pedir dos, pues eran comodísimos, holgados, y la brisa intentaba colarse por las axilas y levantar la costura de la cinturilla. Pero si no hacía brisa sudabas, y el algodón se te pegaba como si fueran once hierbas y especias, solo que puesto el vestido resultaba casi transparente. Entrabas en un patio y la sensación era magnífica, mientras millones de focos te buscaban entre la multitud; o entrabas en un restaurante cuando fuera hacía cuarenta grados, y todo el mundo se volvía para mirarte como si acabases de recibir un prestigioso premio por una gran hazaña vital.

Así es como me sentía. Recuerdo la atención de que era objeto. Parecía que siempre hacía cuarenta grados.

Y recuerdo mi ropa interior.

Perdón, mamá; perdón, Dios. Pero lo cierto es que solo llevaba un parchecito delante con una cinta elástica alrededor de la cintura y otra que se metía por la raja y se unía con el parche por el extremo inferior. De color carne. A esa cinta, la de la raja, la gente la llama seda anal. Llevaba el tanga porque el vestido era casi transparente. Nadie se imagina que va a terminar en un hospital, con el vestido cortado y los detectives haciéndole fotos, recostado en una camilla, con un goteo de morfina en el brazo y una monja franciscana gritándole al oído:

—¡Saquen las fotos! ¡Saquen las fotos ya! ¡Sigue perdiendo sangre!

La verdad es que fue más divertido de lo que parece.

Fue divertido estar despatarrada en la camilla, como una muñeca de trapo anatómicamente correcta, con nada más que el parchecito y la cara como la tengo ahora.

La policía dejó que la monja me cubriera con la sábana hasta los hombros. Para que pudieran hacerme fotos de la cara; pero los detectives se sentían muy incómodos al verme allí, despatarrada y con los pechos al aire.

Pasemos a cuando se negaron a enseñarme las fotos y uno de los detectives dijo que si la bala hubiese entrado cinco centímetros más arriba yo estaría muerta.

Yo no entendía qué se proponían.

Cinco centímetros más abajo y me habría carbonizado con mi vestido de algodón,

intentando que el encargado de la compañía de seguros no aplicase las deducciones de la póliza y sustituyese la ventanilla de mi coche. Luego estaría junto a una piscina, con mi protector solar, contándoles a dos chicos guapos que iba conduciendo por la autopista cuando una piedra o no sé qué reventó el cristal de la ventanilla del conductor.

Y los chicos guapos dirían: ¡Uau!

Pasemos a otro detective, el que registró mi coche en busca de balas y fragmentos de huesos, de cosas así; al detective que vio que yo iba conduciendo con la ventanilla a medio bajar. La ventanilla de un coche, me dice este individuo mientras miramos las fotos en 18 × 24 en las que salgo cubierta con una sábana blanca, debe ir siempre o subida del todo o bajada del todo. No recuerda a cuántos automovilistas ha visto decapitados por las ventanillas en accidentes de tráfico.

Cómo no iba a reírme.

Esa fue la palabra que empleó: automovilistas.

Tal como tenía la boca, lo único que podía salir de ella era una risotada. No lo pude evitar.

Pasemos a después de las fotos, a cuando la gente dejó de mirarme.

Mi novio, Manus, vino esa noche, cuando ya había salido de urgencias, cuando me habían trasladado en camilla hasta el quirófano, cuando la hemorragia había cesado y me encontraba en una habitación individual. Entonces apareció Manus. Manus Kelley, que era mi prometido hasta que vio lo que quedaba de mí. Manus se sentó y se puso a mirar las fotos en blanco y negro de mi cara nueva, las pasó y las repasó, las puso boca arriba y boca abajo, como se hace con esas misteriosas fotografías en las que de pronto ves a una mujer hermosa y, cuando vuelves a mirar, lo que ves es una bruja.

Manus dice: ¡Dios mío!

Y luego dice: ¡Ay, Jesús, Jesús!

Y luego dice: ¡Joder!

Cuando tuve mi primera cita con Manus, aún vivía con mis padres. Manus me enseñó una insignia que llevaba en la cartera. Tenía una pistola en casa. Era detective de la policía, de la brigada especial antivicio. Esto ocurrió entre mayo y diciembre. Manus tenía veinticinco años, y yo dieciocho, pero empezamos a salir juntos. Así es el mundo en que vivimos. Una vez salimos a navegar. Él llevaba un Speedo, y, como sabe cualquier mujer inteligente, eso significa que como mínimo era bisexual.

Mi mejor amiga, Evie Cottrell, es modelo. Evie dice que los que son guapos no deben salir juntos. Que juntos no llaman la atención lo suficiente. Dice que cuando

están juntos se produce un cambio total en los patrones de belleza. Dice que eso se nota. Que cuando los dos son guapos, ninguno lo es. Juntos, como pareja, son menos que la suma de sus respectivas partes.

Nadie vuelve a fijarse en ti.

Sin embargo, una vez grabé un publirreportaje, de esos larguísimos que parece que están a punto de terminar en cualquier momento, pues a fin de cuentas no son más que un anuncio, pero en realidad duran treinta minutos. A Evie y a mí nos contrataban como mobiliario sexual andante; lucíamos ceñidos trajes de noche en plena tarde para incitar a la audiencia televisiva a comprar tal o cual aperitivo. Manus viene a sentarse entre el público del estudio y después de la grabación me dice:

—¡Vamos a navegar!

Y yo digo:

—¡Estupendo!

De modo que nos vamos a navegar, pero yo me olvido las gafas de sol y Manus me compra unas en el muelle. Mis gafas nuevas son exactamente iguales a las Vuarnet de Manus, solo que las mías son de fabricación coreana, no suiza, y cuestan dos dólares.

A tres millas de la costa, paseo por la cubierta. Tropiezo. Manus me lanza una cuerda, pero no consigo alcanzarla. Manus me lanza una cerveza, pero no la alcanzo. Me duele la cabeza; siento un dolor como el que Dios te mandaría para castigarte en el Antiguo Testamento. Lo que no entiendo es que uno de los cristales de las gafas sea más oscuro que el otro, casi opaco. Estoy ciega de un ojo por culpa de las gafas, y no veo nada bien.

Pero entonces no lo sabía: que tenía la percepción jodida. Es el sol, me digo; y sigo con las gafas puestas, y tropezando y ciega y dolorida.

Pasemos a la segunda vez en que Manus me visita en el hospital, habla de las copias en 18 × 24 en las que salgo cubierta con la sábana del Hospital Memorial de La Paloma, y dice que tengo que ir pensando en volver a mi vida normal. Que tengo que hacer planes. Ya sabes, dice, ir a clase. Terminar mis estudios.

Se sienta junto a la cama interponiendo las fotografías entre nosotros, de tal modo que ni veo las fotos ni lo veo a él. Escribo en mi cuaderno y le pido a Manus que me las enseñe.

—Cuando era pequeño, criábamos cachorros de dóberman —me dice desde detrás de las fotos—. Cuando el cachorro cumple seis meses, hay que cortarle las orejas y el rabo. Se hace así con estos perros. Vas a un motel donde un hombre que viaja de estado en estado va cortándoles las orejas a miles de cachorros de dóberman o de bóxer o de bullterrier.

Escribo en mi cuaderno:

¿y eso qué quiere decir?

Y le hago un gesto.

—Quiere decir que a quien te corta las orejas lo odias para el resto de tu vida. Pagas a un extraño porque no quieres que sea tu veterinario quien haga el trabajo.

Sin dejar de mirar las fotografías, Manus dice:

—Por eso no te las puedo enseñar.

En algún lugar fuera del hospital, en una habitación de motel llena de toallas ensangrentadas, con su maletín lleno de cuchillos y de agujas, o circulando por la autopista para ir al encuentro de su próxima víctima, o arrodillado sobre un perro, drogado y degollado en una bañera sucia, está el hombre al que un millón de perros odian.

Sentado junto a mi cama, Manus dice:

—Solo necesitas archivar tus sueños de ser chica de portada.

El fotógrafo de moda grita en mi cabeza:

Dame piedad.

Flash.

Dame otra oportunidad.

Flash.

Eso es lo que hacía antes del accidente. Podéis llamarme mentirosa redomada, pero antes del accidente yo le decía a todo el mundo que era estudiante universitaria. Si dices que eres modelo, te rechazan. El hecho de que seas modelo los relaciona con una forma de vida inferior. Empiezan a hablar como bebés. O se quedan mudos. Pero si dices que estudias en la universidad, todo el mundo se queda impresionado. Puedes estudiar cualquier cosa y no tener ni idea de nada. Puedes decir toxicología o bioquinesia marina, y la persona con la que estás hablando cambiará de tema y se pondrá a hablar de sí misma. Si eso no funciona, entonces mencionas las sinapsis de las neuronas o los embriones de paloma.

Resulta que yo de verdad estudiaba en la universidad. Tengo unos mil seiscientos créditos para diplomarme como fisioterapeuta. Mis padres dicen que a estas alturas ya podría ser médico.

Lo siento, mamá.

Lo siento, Dios.

En otra época, Evie y yo íbamos a bailar a bares y a clubes, y los hombres nos esperaban en la puerta de los lavabos. Nos decían que estaban seleccionando gente para un anuncio de televisión. Nos daban una tarjeta y nos preguntaban en qué agencia trabajábamos.

En otra época, mi madre venía a verme. Mi madre fuma, y la primera tarde vino a casa, después de un rodaje, sacó una caja de cerillas y dijo:

—¿Qué significa esto?

Dijo:

—Por favor, dime que no eres una fulana, como tu pobre hermano muerto.

En la caja de cerillas estaba escrito el nombre de un tipo al que yo no conocía, y un número de teléfono.

—No es la única que he encontrado —dijo mamá—. ¿Qué significa esto?

Yo no fumo. Se lo digo. Las cajas de cerillas se acumulan porque soy demasiado educada para rechazarlas y demasiado austera para tirarlas. Por eso tengo un cajón lleno en la cocina, con los nombres de todos esos hombres a los que no recuerdo, y sus números de teléfono.

Pasemos a ningún día en particular en el hospital, justo a la puerta del despacho de la logopeda. La enfermera me llevaba del brazo, para que hiciera un poco de ejercicio, y cuando doblábamos una esquina, justo en el pasillo del despacho, zas, veo a Brandy Alexander, soberbiamente sentada con pose de princesa Alexander, con un iridiscente traje de Vivienne Westwood que cambiaba de color cada vez que Brandy se movía.

*Vogue* localizando.

El fotógrafo de moda grita en mi cabeza:

Dame asombro, cariño.

Flash.

Dame admiración.

Flash.

La logopeda dice:

—Brandy, puedes subir el tono de voz elevando el cartílago de la laringe. Es el bulto que notas que asciende en la garganta cuando cantas en escalas altas. Si consigues mantener elevada la caja de resonancia de la garganta, la voz se sitúa entre el *sol* y el *do*. Eso son más o menos 160 hercios.

Brandy Alexander y su modo de mirar transforman el mundo en realidad virtual. Cambia de color con cada nuevo ángulo. Se vuelve verde con mi primer paso. Rojo con el siguiente. Se vuelve de plata y oro, y luego desaparece.

—Pobre criatura descarriada —dice la hermana Katherine, y escupe en el suelo de hormigón. Ve que estiro el cuello para mirar el pasillo, y me pregunta si tengo familia.

Escribo: sí, un hermano homosexual, pero murió de sida.

Y dice:

—En ese caso, es lo mejor que podía pasarle, ¿verdad?

Pasemos a una semana después de la última visita de Manus —la última significa que

no hubo más—, a cuando Evie viene a verme al hospital. Evie mira las fotografías y habla con Dios y con Jesucristo.

—¿Sabes? —me dice Evie desde detrás de una pila de *Vogue* y *Glamour* que ha traído para mí y tiene sobre el regazo—. He hablado con la agencia y me han dicho que si rehacemos tu álbum de fotos considerarán la posibilidad de contratarte para trabajos de manos.

Evie quiere decir que sería una modelo de manos, que luciría anillos y pulseras de diamantes, y toda esa mierda.

Es lo último que me faltaba por oír.

No puedo hablar.

Solo puedo tomar líquidos.

Nadie me mira. Soy invisible.

Lo único que deseo es que alguien me pregunte qué ha pasado. Luego seguiré con mi vida.

Evie le dice a la pila de revistas:

—Quiero que te vengas a vivir conmigo cuando salgas de aquí. —Abre la cremallera de su bolso de tela junto al borde de la cama y rebusca con las dos manos. Luego dice—: Será divertido. Verás, lo que pasa es que odio vivir sola.

Y añade:

—Ya he trasladado tus cosas a la habitación vacía.

Sin dejar de rebuscar en el bolso, dice:

—Tengo un rodaje. ¿Por casualidad tienes algunos vales de la agencia para prestarme?

Escribo en mi cuaderno:

¿es mío ese jersey que llevas puesto?

Y le pongo el cuaderno delante de la cara.

—Sí, pero pensé que no te importaría.

Escribo:

pero es de la talla seis.

Escribo:

y tú usas la nueve.

—Escucha —dice Evie—. Tengo la cita a las dos. ¿Quieres que vuelva luego, cuando estés de mejor humor?

Hablando con su reloj, dice:

—Siento mucho que las cosas hayan salido así. No ha sido culpa de nadie.

Todos los días en el hospital son como sigue:

Desayuno. Almuerzo. Cena. La hermana Katherine aparece entre las comidas.

Hay una cadena de televisión que solo emite publirreportajes día y noche, y allí

estamos, Evie y yo, las dos juntas. Nos pagan una pasta. Ponemos esas sonrisas de modelos famosas para la fábrica de aperitivos; sonrisas que te convierten la cara en un calefactor para grandes espacios. Llevamos vestidos cubiertos de lentejuelas que brillan bajo los focos como si millones de reporteros te estuviesen haciendo fotos. Todo es glamour. Yo estoy de pie, con ese traje de diez kilos, poniendo una sonrisa enorme y arrojando residuos animales por el tubo de plexiglás en la fábrica de aperitivos. La máquina produce canapés como loca, y Evie va paseando por el estudio repartiendo los canapés entre el público.

La gente se come cualquier cosa, con tal de salir en la televisión.

Luego, fuera de cámara, Manus dice:

—Vamos a navegar.

Y yo digo:

—Estupendo.

Fue una idiotez que en ningún momento me diera cuenta de lo que estaba pasando.

Pasemos a Brandy sentada en una silla plegable en la consulta de la logopeda, limándose las uñas con la lija de una caja de cerillas. Sus largas piernas podrían abarcar una motocicleta, y el mínimo legal de su persona, embutido en una tela de felpa con estampado de piel de leopardo, pide a gritos salir de allí.

La logopeda dice:

—Mantenga la glotis ligeramente abierta mientras habla. Así es como Marilyn Monroe le cantaba el «Cumpleaños feliz» al presidente Kennedy. El aire pasa a través de las cuerdas vocales, y el sonido resulta más femenino, más indefenso.

La enfermera me acompaña y yo paso por allí con mis zapatillas de cartón, mis vendas apretadas y cagada de miedo, mientras Brandy Alexander levanta la vista en el último segundo y me hace un guiño. Seguro que Dios guiña igual de bien. Como cuando alguien te hace una foto. Dame alegría. Dame diversión. Dame amor.

Flash.

Seguro que los ángeles del cielo lanzan besos como los de Brandy Alexander, que animan el resto de mi semana. De vuelta en mi habitación, escribo:

¿quién es ella?

—Nadie con quien le convenga tener trato alguno —dice la enfermera—. Ya tiene usted suficientes problemas.

pero, ¿quién es?

—No sé si lo creerá —dice la enfermera—, pero esa mujer es distinta todas las semanas.

Esto ocurre después de que la hermana Katherine empiece a hacer de casamentera. Para alejarme de Brandy Alexander, me ofrece al abogado sin nariz. Me

ofrece a un dentista que escala montañas y que se ha quedado con la cara y los dedos reducidos a muñones brillantes, pequeños y duros, por la congelación. A un misionero con manchas oscuras bajo la piel causadas por un hongo tropical. A un mecánico que se acercó a una batería justo cuando esta explotaba, y el ácido le destruyó los labios y las mejillas, y ahora enseña a todas horas los dientes amarillentos como si gruñese.

Miro la alianza de la monja y escribo:

supongo que ya ha encontrado usted al tío más pelado de todos.

Era imposible que me enamorase mientras estaba en el hospital. No estaba preparada en absoluto. Me conformaba con menos. No quería tomar ningún tipo de decisiones. No quería recoger ningún pedazo. Solo rebajar mis expectativas. Seguir adelante con mi pobre vida. No quería alegrarme por el hecho de seguir con vida. Compensar. Solo quería que me arreglasen la cara si era posible, y no lo era.

Cuando llega el momento de ir introduciendo alimentos sólidos en mi dieta, como dicen ellos, me dan pollo triturado y zanahorias ralladas. Comida para bebés. Todo aplastado o machacado o triturado.

Somos lo que comemos.

La enfermera me trae los anuncios de contactos de un periódico. La hermana Katherine asoma la nariz y lee a través de sus gafas: «Chicos buscan chicas esbeltas y aventureras para pasarlo bien y tener un romance». Y sí, es verdad, nadie excluye a las chicas espantosamente mutiladas y con desorbitadas facturas médicas.

La hermana Katherine me dice:

—Esos hombres a los que puedes escribir a la cárcel no necesitan saber qué aspecto tienes.

Me cuesta demasiado explicarle mis sentimientos por escrito.

La hermana Katherine me lee los anuncios mientras me tomo el rosbif. Me ofrece pirómanos. Ladrones. Evasores de impuestos. Dice:

—No creo que te apetezca salir con un violador. Nadie está tan desesperado.

Cuando va por los hombres solitarios recluidos por robo a mano armada u homicidio en segundo grado, se detiene para preguntarme qué pasa. Me coge la mano y le habla al nombre grabado en mi pulsera de plástico, pues ahora soy modelo de manos, luzco anillos de fiesta, pulseras de identificación de plástico tan bonitas que ni siquiera una mujer casada con Dios puede apartar los ojos de ellas.

—¿Qué sientes? —dice.

Resulta hilarante.

—¿No quieres enamorarte? —pregunta.

El fotógrafo dice en mi cabeza: Dame paciencia.

Flash.

Dame control.

Flash.

El hecho es que tengo solo media cara.

Bajo las vendas, la cara sigue tiñendo el algodón con pequeñas gotas de sangre. Un médico, el que hace la ronda todas las mañanas para mirarme el vendaje, dice que la herida aún supura. Eso dice.

Yo sigo sin poder hablar.

No tengo una profesión.

Solo puedo tomar comida para bebés. Nadie volverá a mirarme como si hubiese ganado un premio importante.

nada, escribo en mi cuaderno.

no pasa nada.

—Aún no has pasado el duelo —dice la hermana Katherine—. Necesitas llorar hasta hartarte y luego seguir con tu vida. Te lo estás tomando con demasiada tranquilidad.

Escribo:

no me haga reír. el médico ha dicho que la herida sigue supurando.

Pero al menos alguien se ha fijado. He estado tranquila todo este tiempo. He sido la imagen de la tranquilidad. En ningún momento me ha entrado el pánico. He visto mi sangre, mis mocos y mis dientes desperdigados por el salpicadero del coche un momento después del accidente, pero la histeria resulta imposible sin público. Que te entre el pánico cuando estás solo es como echarte a reír solo en una habitación vacía. Te sientes imbécil.

En el momento del accidente, supe que moriría si no tomaba la próxima salida de la autopista, giraba a la derecha en Northwest Gower, avanzaba doce manzanas y entraba en el aparcamiento de urgencias del Hospital Memorial de La Paloma. Aparqué. Cogí el bolso y las llaves y eché a andar. Las puertas de cristal se abrieron antes de que pudiera verme reflejada en ellas. La multitud, la gente que esperaba con piernas rotas y bebés que se asfixiaban, se apartó al verme llegar.

Luego vino la morfina por vía intravenosa. Las diminutas tijeras de manicura me cortaron el vestido. Las bragas color carne. Las fotos de la policía.

El detective, el que registró mi coche en busca de fragmentos de hueso, el que había visto a tanta gente con las cabezas segadas por la ventanilla a medio abrir de un coche, vuelve un día y dice que ya no hay nada que buscar. Pájaros, gaviotas, incluso urracas. Se metieron en el coche aparcado en el hospital, por la ventanilla rota. Las urracas se comieron todo lo que el detective llama pruebas de tejido. Probablemente se llevaron los huesos.

—Ya sabe, señorita. Para romperlos contra las rocas. Para comerse el tuétano —dice.

En el cuaderno, escribo con el lápiz:

ja, ja, ja.

Pasemos a justo antes de que me quitaran las vendas, cuando una logopeda me dice que debería arrodillarme y dar gracias a Dios por haberme dejado la lengua intacta. Estamos sentadas en su consulta color ceniza, con la mitad del espacio ocupado por el escritorio que nos separa, y la logopeda me enseña cómo habla un ventrílocuo. Los ventrílocuos no pueden mover la boca, para que no se vea. No pueden usar los labios y por eso empujan la lengua contra el paladar para hablar.

En lugar de una ventana, la logopeda tiene un cartel de un gatito cubierto de espaguetis con un rótulo que dice:

«Afirmar lo positivo».

Dice que no puedes producir determinado sonido sin mover los labios, que tienes que sustituirlo por otro similar; por ejemplo, sustituir un sonido por otro. El contexto hará que el sonido resulte comprensible.

—Me gustaría ir de pesca —dice la logopeda.

pues vamos de pesca, escribo.

—No. Repita.

Tengo la garganta irritada y seca, y eso que bebo un millón de líquidos al cabo del día. El tejido de la cicatriz está duro y abultado, pulido alrededor de mi lengua intacta.

La terapeuta dice:

—Me gustaría ir de pesca.

Yo digo:

—*Salghregu jfwoiegu fjfogui sdkifj*.

—No, así no. No lo está haciendo bien —dice la logopeda.

Yo digo:

—¿*Solfjf gjoie ddd oslidjf*?

—Eso tampoco está bien.

Mira su reloj.

—*Digri vrior gmjgig giel*.

—Tendrá que practicar mucho, pero no se preocupe. Otra vez.

—*Jrogier fi fkgoeguir mfofeinf fcfd*.

—¡Muy bien! ¡Fantástico! ¿Ve qué fácil es?

Yo escribo en mi cuaderno:

que te den por culo.

Pasemos al día en que me quitaron las vendas.

No sabes qué esperar, pero todos los médicos y las enfermeras y los internos y los

camilleros y los celadores y los cocineros del hospital se asoman a mirar desde la puerta, y si los sorprendes gritan «Enhorabuena», separando mucho las comisuras de los labios y temblando con una sonrisa rígida y acuosa. Con los ojos desorbitados. Así lo digo yo. Y vuelvo a mostrar una y otra vez el mismo cartel para decirles:

gracias.

Y luego me marcho corriendo. Esto ocurre después de que me traigan mi nuevo vestido de algodón de Espre. La hermana Katherine se ha pasado toda la mañana a mi lado, rizándome el pelo con unas tenacillas hasta hacerme un peinado que recuerda a la mantequilla cremosa y glaseada, con el pelo apartado de la cara. Evie me trae un poco de maquillaje y me pinta los ojos. Me pongo mi vestido nuevo y al momento empiezo a sudar. No he visto un solo espejo en todo el verano, o, si lo he visto, no he reconocido mi reflejo. No he visto las fotos de la policía. Cuando Evie y la hermana Katherine han terminado, digo:

—*De foil iogua fog geoff*.

Y Evie dice:

—De nada.

La hermana Katherine dice:

—Pero si casi no has comido.

Está claro que aquí nadie me entiende.

Digo:

—*Kong guimmer nai pee golly*.

Y Evie dice:

—Sí, los zapatos son tuyos, pero no te los voy a estropear.

Y la hermana Katherine dice:

—No, aún no ha llegado ninguna carta, pero podemos escribir a los presos después de la siesta, querida.

Se marchan. Y. Me quedo sola. Y. ¿Cómo de mal tendré la cara?

A veces la mutilación puede ser una ventaja. Toda esa gente con perforaciones y tatuajes y marcas y cicatrices. . . Lo que quiero decir es que la atención es la atención.

Cuando salgo siento por primera vez que me falta algo. Un verano entero se ha esfumado. Las fiestas en la piscina y el tumbarse en la proa de los yates. Pescar rayas. Conocer a chicos con descapotables. Entiendo que las excursiones y los partidos de béisbol y los conciertos se habrán recogido en algunas fotografías que Evie no revelará hasta la época de Acción de Gracias.

Salgo al exterior, y el mundo es todo color tras el blanco sobre blanco del hospital. Va más allá del arco iris. Voy al supermercado, y hacer la compra me parece como un juego que no he vuelto a practicar desde que era niña. Encuentro todas las marcas de mis productos favoritos, todos los colores: mostaza francesa, arroz A Roni, precocinados Top Ramen, todo intenta llamar la atención.

Todos esos colores. Un cambio tan radical en el concepto estético que al final todo se confunde.

El total es inferior a la suma de sus partes.

Demasiados colores en el mismo sitio.

No hay nada que mirar, salvo ese arco iris de marcas. Cuando miro a la gente, solo le veo la nuca. Aunque me doy la vuelta superdeprisa, como mucho veo una oreja apartándose. Y todos se dirigen a Dios.

—¡Dios mío! —dicen—. ¿Has visto eso?

Y:

—¿Será una máscara? Aún falta mucho para Halloween.

Todos están muy concentrados leyendo las etiquetas de la mostaza francesa y el arroz A Roni.

Y decido llevarme un pavo.

No sé por qué. No tengo dinero, pero me llevo un pavo. Rebusco entre el montón de pavos congelados, entre el amasijo de bultos color carne del congelador. Rebusco hasta que encuentro el más grande, y lo cojo como si fuera un niño, con su redecilla de plástico amarilla.

Me armo de valor para llegar hasta la salida, paso entre las cajas registradoras y nadie me detiene. Ni siquiera me miran. Todos están leyendo los tabloides como si hubiera en ellos oro oculto.

—*Sejgfn di ofo utnbg. Nei guucj isguisn sdnsud* —digo:

Nadie mira.

—EVSF UIIB IUH —digo con mi mejor voz de ventrílocuo.

Nadie habla. Puede que solo hablen los empleados.

—¿Me enseña el carnet de identidad? —le preguntan a la gente que firma cheques.

—*Fgjrn iufnv si vuv. ¡Xidi cniguugu sis sacnc*!

Hasta que de pronto un niño dice:

—¡Mira!

Todos los que no están mirando ni hablando se quedan sin respiración.

El niño dice:

—¡Mira, mamá! ¡Ese monstruo está robando comida!

La turbación se apodera de todos. Todos hunden la cabeza en los hombros como si fuesen apoyados en unas muletas. Se concentran más que nunca en los titulares de los periódicos.

«Chica monstruo roba ave de celebración religiosa. »

Y allí estoy yo, achicharrada con mi vestido de algodón, con un pavo de doce kilos en los brazos; el pavo sudando, mi vestido casi transparente. Siento los pezones duros como piedras a causa del bloque de hielo que llevo en brazos. Yo, con mi

peinado espumoso como la crema de mantequilla. Nadie me mira como si hubiese ganado un premio importante.

Una mano desciende para abofetear al niño, que empieza a llorar.

El niño llora como llora cualquiera cuando es castigado sin haber hecho nada malo. Fuera, el sol se está poniendo. Dentro, todo está muerto salvo esa vocecita que grita sin parar: ¿Por qué me pegas? No he hecho nada. ¿Por qué me pegas? ¿Qué he hecho?

Me llevé el pavo. Volví andando lo más deprisa que pude al Hospital Memorial de La Paloma. Era casi de noche.

No dejo de abrazar el pavo y de decirme: Pavos. Gaviotas. Urracas.

Pájaros.

Los pájaros me comieron la cara.

De regreso en el hospital, la hermana Katherine se acerca a mí por el pasillo, acompañando a un hombre con su percha del goteo intravenoso, todo envuelto en vendas, lleno de tubos de drenaje, de bolsas amarillentas y de fluidos rojos que entran y salen de su cuerpo.

Los pájaros me comieron la cara.

Desde cada vez más cerca, la hermana Katherine me llama:

—¡Eeeh! ¡Hay aquí alguien muy especial a quien me encantaría que conocieras!

Los pájaros me comieron la cara.

Nos separa la consulta de la logopeda, y cuando me asomo para mirar veo a Brandy Alexander por tercera vez. La reina de todo lo bueno y amable lleva uno de esos vestidos de Versace sin mangas, como un guante, que producen una abrumadora sensación de desesperación y de resignación corrupta. La conciencia corporal aún humillada. Boyante aunque lisiada. La reina suprema es lo más hermoso que he visto en mi vida y por eso me acerco para mirar desde el pasillo.

—Los hombres —dice la logopeda— acentúan el adjetivo cuando hablan. Por ejemplo, un hombre diría: «¡Qué *guapa* estás hoy!».

Brandy es tan guapa que podrías cortarle la cabeza y exhibirla sobre una almohadilla de terciopelo azul en el escaparate de Tiffany’s y alguien la compraría por un millón de dólares.

—Mientras que una mujer diría: «¡*Qué* guapa estás hoy!» —dice la logopeda—. Ahora te toca a ti, Brandy. Dilo. Acentúa la conjunción en lugar del adjetivo.

Brandy Alexander me mira con sus ojos Arándano Incandescente y dice:

—*Qué* espantosamente fea eres, hija. ¿Se te ha sentado un elefante en la cara, o algo así?

Apenas oigo la voz de Brandy. En ese momento, adoro a Brandy. Todo en ella produce la agradable sensación de ser hermosa y mirarse en un espejo. Brandy es mi familia real del momento. Lo único por lo que vivir.

Yo digo:

—*Cfoieb svns ois*.

Y deposito el pavo, frío y húmedo, sobre el regazo de la logopeda, clavándola a su silla giratoria bajo doce kilos de carne muerta.

Desde más cerca, en el pasillo, la hermana Katherine me llama:

—¡Eeeh!

—*Mriuvn gusi sjaoi aj* —digo y, arrastrando a la logopeda con su silla por el pasillo, añado—: *Jogund guinc sm fdo dcncgu*.

La logopeda me sonríe y dice:

—No tienes que darme las gracias; me limito a hacer mi trabajo.

La monja ha llegado con el hombre y la percha del gotero; un hombre nuevo, sin piel y con los rasgos machacados, sin un solo diente; un hombre perfecto para mí. Mi único y verdadero amor. Mi príncipe azul deforme o mutilado o enfermo. Mi infelicidad eterna. Mi horroroso futuro. El monstruoso resto de mi vida.

Cierro de un portazo y me encierro en la consulta con Brandy Alexander. Sobre el escritorio está el cuaderno de notas de la logopeda, y lo cojo.

sálvame, escribo, y se lo pongo a Brandy delante.

Escribo:

por favor.

Pasemos a las manos de Brandy Alexander. Todo empieza siempre por sus manos. Brandy Alexander extiende una mano, una de esas manos peludas, con los nudillos de cerdo y un montón de venas en el brazo, cargado y oprimido hasta el codo con pulseras de todos los colores. Brandy Alexander supone tal cambio en el patrón de belleza que nada destaca especialmente. Ni siquiera yo.

—Dime, hija —dice Brandy—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

Pájaros.

Escribo:

pájaros. los pájaros me comieron la cara.

Y me echo a reír.

Brandy no se ríe. Brandy dice:

—¿Qué significa eso?

Y yo sigo riendo.

iba conduciendo por la autopista, escribo.

Y sigo riendo.

alguien me disparó una bala del calibre 30 con una escopeta.

la bala me arrancó la mandíbula de cuajo.

Sigo riendo.

vine al hospital, escribo.

no perdí la vida.

Riendo.

no pudieron volver a colocarme la mandíbula porque se la comieron las gaviotas.

Y dejo de reírme.

—Tienes una letra horrible —dice Brandy—. Sigue contándome.

Y me pongo a llorar.

tengo que comer alimentos infantiles, escribo.

no puedo hablar.

no tengo trabajo.

no tengo casa.

mi novio me ha dejado.

nadie me mira.

mi mejor amiga me ha destrozado toda mi ropa.

Sigo llorando.

—¿Qué más? —pregunta Brandy—. Cuéntamelo todo.

un niño, escribo.

un niño en el supermercado me llamó monstruo.

Su ojos Arándano Incandescente me miran como nadie me ha mirado en todo el verano.

—Tienes la percepción completamente jodida —dice Brandy—. Solo hablas de la mierda que te ha pasado. No puedes basar tu vida ni en el pasado ni en el presente. Tienes que hablarme de tu futuro.

Brandy Alexander se pone en pie con sus sandalias de lamé dorado con cintas atadas a las piernas. La reina suprema se saca un espejo precioso del bolso y lo abre para mirarse en él.

—Esa logopeda —dicen sus labios azul Plumbago— a veces se comporta como una imbécil ante estas situaciones.

El musculoso brazo de Brandy, repleto de joyas, me sienta en la silla, que todavía está caliente por su culo, y me enseña lo que hay en la polvera. En lugar de maquillaje, veo un montón de cápsulas blancas. Donde debería haber un espejo hay un primer plano de Brandy Alexander, que sonríe y está imponente.

—Es Vicodin, cariño —dice—. Según la escuela de medicina de Marilyn Monroe, una buena dosis de cualquier droga puede curar cualquier enfermedad.

»Coge lo que quieras —dice.

La diosa delgada y eterna que es Brandy, su fotografía me sonríe por encima de un océano de analgésicos. Así es como conocí a Brandy Alexander. Así es como hallé la fuerza para romper con mi vida anterior. Así es como encontré el valor necesario para no recoger los mismos y viejos pedazos.

—Y ahora —dicen esos labios azul Plumbago— vas a contarme tu historia como

acabas de hacer. Escríbela toda. Cuéntala una y otra vez. Cuéntame tu triste historia durante toda la noche.

La reina Brandy me señala con un dedo largo y huesudo.

—Cuando comprendas —dice Brandy— que lo que estás contando no es más que una historia. Que ya no está pasando. Cuando comprendas que la historia que estás contando no es más que un puñado de palabras, cuando puedas arrugarla y tirar tu pasado a la papelera, entonces decidiremos quién vas a ser a partir de ahora.

# 4

Pasemos a la frontera canadiense.

Pasemos a nosotros tres en un Lincoln de alquiler, a la espera de poder dirigirnos hacia el sur, desde Vancouver, en la Columbia Británica, y entrar en Estados Unidos; con el *signore* Romeo en el asiento del conductor, con Brandy a su lado, conmigo, sola, detrás.

—La policía tiene micrófonos —dice Brandy.

El plan es que si logramos cruzar la frontera, iremos a Seattle, donde hay *nightclubs* y discotecas con chicos gogós y chicas gogós que hacen cola para comprarme el cargamento que llevo en el bolso. Tenemos que guardar silencio, por la policía; tienen micrófonos a ambos lados de la frontera, en Canadá y en Estados Unidos. De este modo pueden escuchar a la gente que espera para cruzar. Podríamos llevar puros habanos. Fruta fresca. Diamantes. Enfermedades. Drogas, dice Brandy. Brandy nos ordena callar a un kilómetro de la frontera, y aguardamos en silencio.

Brandy se desenrolla los metros y metros de pañuelo de seda que lleva en la cabeza. Se sacude el pelo sobre la espalda y se echa el pañuelo sobre los hombros para ocultar el escote entre sus torpedos. Brandy se pone unos sencillos pendientes de oro, en forma de aro. Se quita las perlas y se pone una cadenita con una cruz de oro. Esto ocurre justo antes de que nos acerquemos al guardia.

—¿Nacionalidad? —pregunta el guardia, sentado en su caseta de cristal, tras su ordenador, con su cuaderno y su traje azul, con sus gafas de espejo y su insignia dorada.

—Señor —comienza Brandy, con una voz tan dulce y chirriante como la sémola de maíz sin sal o mantequilla—. Señor, somos ciudadanos de los Estados Unidos de América. Lo que era el país más grande del mundo hasta que los homosexuales y los pederastas. . .

—¿Nombre? —interrumpe el guardia.

Brandy se inclina sobre Alfa para mirar al guardia y dice:

—Mi marido es un hombre inocente.

—Sus nombres, por favor —insiste el guardia, sin duda fijándose en la matrícula del coche, que es un coche de alquiler, arrendado en Billings, Montana, hace tres semanas, como si acabase de descubrir quiénes somos en realidad. Como si hubiese leído en todos los periódicos del oeste de Canadá la historia de tres colgados que roban drogas en mansiones que están en venta. Puede que todo esto aparezca en la pantalla de su ordenador o puede que no. Nunca se sabe.

—Estoy casada —dice Brandy casi a gritos, para llamar su atención—. Soy la esposa del reverendo Scooter Alexander —dice, medio tumbada sobre el regazo de Alfa.

—Y este —dice, dirigiendo hacia Alfa la línea invisible de su sonrisa— es mi yerno, Seth Thomas. —Sus manos enormes vuelan hacia mí, en el asiento trasero—. Esta es mi hija, Bubba-Joan.

Hay días en los que detesto que Brandy cambie nuestras vidas sin previo aviso. Hay días que te obliga a asumir una nueva identidad incluso dos veces. Un nombre nuevo. Un parentesco nuevo. Problemas. Ya ni me acuerdo de quién era cuando empezamos este viaje.

Seguro que el virus del sida, en continua mutación, produce la misma tensión.

—¿Señor? —le dice el guardia a Seth, antes Alfa Romeo, antes Chase Manhattan, antes Nash Rambler, antes Wells Fargo, antes Eberhard Faber. El guardia dice—: Señor, ¿algo que declarar?

Con la punta del zapato alcanzo el asiento delantero y le doy un puntapié en el culo a mi nuevo marido. Estamos rodeados de detalles. La extensión de lodo que ha dejado la marea baja está muy cerca, y las olas llegan una tras otra. Los arriates de flores que hay al otro lado trazan palabras que solo pueden leerse desde muy lejos. De cerca solo se ve un montón de begonias rojas y amarillas.

—¡No me diga que nunca ha visto nuestra Red de Sanación Cristiana! —se asombra Brandy, al tiempo que toquetea la cruz de oro que lleva en el cuello—. Con que hubiese visto usted un solo programa, sabría que Dios, en su sabiduría, ha hecho que mi yerno sea mudo. No puede hablar.

El guardia golpea rápidamente unas cuantas teclas. Podría estar escribiendo DELITO. ODROGAS. ODISPARO. OCONTRABANDISTAS. ODETENCIÓN.

—Ni una palabra —le susurra al oído Brandy a Seth—. Si hablas, cuando lleguemos a Seattle te convierto en Harvey Wallbanger.

El guardia dice:

—Para permitirles entrar en Estados Unidos tengo que ver sus pasaportes, por favor.

Brandy se pasa la lengua por los labios húmedos y brillantes, sus ojos se humedecen y brillan. El pañuelo de seda se desliza hasta revelar el escote mientras mira al guardia y dice:

—¿Nos disculpa un momento?

Brandy vuelve a sentarse en su propio asiento, y la ventanilla de Seth sube hasta arriba.

Brandy aspira hondo hinchando sus enormes torpedos, y luego exhala.

—Que no cunda el pánico —dice, y saca su lápiz de labios. Ante el retrovisor, frunce los labios como para dar un beso y se pasa la barra por la boca azul Plumbago, temblando tanto que tiene que sujetarse la mano que sostiene el pintalabios con la otra mano.

—Conseguiré que volvamos a entrar en Estados Unidos —dice—, pero necesito

un condón y un caramelo de menta.

Sin apartar el lápiz de labios, dice:

—Bubba-Joan, sé buena y pásame un Estraderm, ¿quieres?

Seth le da el caramelo y un condón.

—Vamos a ver cuánto tarda en descubrir que las reservas de fluidos acumuladas por una mujer durante toda una semana le chorrean por el culo.

Luego cierra el lápiz de labios y dice:

—Sécame, por favor.

Le paso un pañuelo de papel y un parche de estrógenos.

# 5

Volvamos a un día en la puerta de los almacenes Brumbach's, cuando un montón de gente, Evie y yo incluidas, se congrega para ver a un perro levantando la pata sobre el Nacimiento. El perro se sienta y se revuelca sobre el lomo, se lame el ano abultado y con sabor a perro, y Evie me da un codazo. La gente aplaude y lanza monedas.

Luego entramos en Brumbach's y nos probamos los pintalabios en la mano. Y yo pregunto:

—¿Por qué se lamen los perros?

—Pues porque pueden. . . —dice Evie—. No son como las personas.

Esto ocurre después de una jornada de ocho horas en la escuela de modelos, mirándonos la piel en los espejos, y yo digo:

—Evie, no te burles ni siquiera de ti misma.

Conseguí mi título de modelo solo para no ponerme al nivel de Evie. Se pintaba los labios con colores que recordaban la base de un pene. Se ponía tanta sombra de ojos que parecía un animal de laboratorio. Y tanta laca en el pelo que ha producido un agujero en la capa de ozono sobre la Academia de Modelos de Taylor Robberts.

Todo esto era antes de mi accidente, cuando mi vida me parecía fantástica.

La planta novena de Brumbach's, donde matábamos el tiempo después de clase, está dedicada por completo al mobiliario. Hay allí todo tipo de habitaciones en exposición: dormitorios, comedores, salas de estar, estudios, bibliotecas, cuartos de juego, despensas, despachos, todos abiertos hacia el interior de la tienda. La invisible cuarta pared. Todos perfectos, limpios y alfombrados, llenos de muebles elegantes, y cargados de calor por la iluminación del local y la gran cantidad de lámparas. Por los altavoces ocultos llega el zumbido del ruido estático. Los clientes se adentran en los pasillos de linóleo apenas iluminados que discurren entre las habitaciones en exposición y las islas de penumbra que ocupan el centro del local: canapés y sofás dispuestos sobre alfombras, con lámparas de pie y plantas artificiales. Tranquilas islas de luz y color en la oscuridad rebosante de extraños.

—Es como un decorado —decía Evie—. Con todo listo para que alguien empiece a rodar el siguiente episodio. Y el público del estudio observándote desde la oscuridad.

Los clientes paseaban por el local mientras Evie y yo nos despatarrábamos en una cama con dosel rosado y llamábamos por el teléfono móvil para consultar nuestro horóscopo. O nos acurrucábamos en un sofá de cuadros para comer palomitas y ver nuestras series de televisión en un aparato en color. Evie se levantaba la camiseta para enseñarme un nuevo pendiente que se había puesto en el ombligo. Se bajaba la sisa de la blusa y me mostraba las cicatrices de sus implantes.

—Me siento muy sola en casa —decía Evie—. Y me fastidia que solo puedo

sentir de verdad cuando me están mirando.

—No vengo a Brumbach's en busca de intimidad —decía.

En mi apartamento estaba Manus con sus revistas. Sus revistas porno de chicos con chicos, que según él tenía que comprar para su trabajo. Todas las mañanas, mientras desayunábamos, me enseñaba fotos de tíos chupándosela a sí mismos. Enroscados con los codos enganchados por debajo de las rodillas y estirando el cuello hasta estrangularse, todos perdidos en su particular y reducido circuito cerrado. No os quepa la menor duda de que todos los hombres del mundo han intentado hacer lo mismo alguna vez. Y entonces Manus me decía:

—Esto es lo que quieren los tíos.

Dame enamoramiento.

Flash.

Dame rechazo.

Cada tío como un lazo cerrado y flexible, o con una polla tan grande que no necesita a nadie más en el mundo. Y Manus señalaba las fotos con su tostada y decía:

—Estos tíos no necesitan trabajar ni relacionarse. —Manus masticaba mientras miraba las revistas. Pinchaba con el tenedor la clara de los huevos revueltos y decía —: Podrías pasarte así la vida entera.

Luego yo iba a la Academia de Modelos de Taylor Robberts, en el centro de la ciudad, para perfeccionarme. Los perros se lamían el culo. Evie se automutilaba. Tanto mirarse el ombligo. Evie no tenía a nadie en casa, pero tenía toneladas de dinero de su familia. La primera vez que cogimos un autobús para ir a Brumbach's, Evie le ofreció al conductor su tarjeta de crédito y le pidió un asiento de ventanilla. Pensaba que su bolsa de mano era demasiado grande.

No sé quién de las dos lo pasaba peor en casa, si yo con Manus o ella sola.

Pero en Brumbach's, Evie y yo echábamos una cabezadita en alguno de los muchos dormitorios perfectos. Nos poníamos algodón entre los dedos de los pies y nos pintábamos las uñas en sillas forradas de chintz. Luego estudiábamos el manual para modelos de Taylor Robberts sentadas a una enorme y reluciente mesa de comedor.

—Esto es como las reproducciones de hábitats naturales que construyen en los zoos —decía Evie—. Ya sabes, esos iglús de hormigón y esas selvas tropicales hechas con árboles de cartón soldados entre sí y con aspersores.

Todas las tardes, Evie y yo nos sentábamos en nuestro propio hábitat artificial. Los empleados entraban a hurtadillas en los lavabos de caballeros para meterse su dosis de sexo. Todos chupábamos atención en nuestra pobre vida, que era como una modesta sesión de tarde.

Lo único que recuerdo de Taylor Robberts es cómo tengo que colocar la pelvis cuando camino. Los hombros hacia atrás. Para anunciar productos de distintos

tamaños, te enseñan a trazar una línea imaginaria entre tu persona y el objeto en cuestión. Si es un tostador, tienes que trazar una línea en el aire entre tu sonrisa y el tostador. Si es un horno, trazar la línea desde el pecho. Si es un coche nuevo, la línea invisible debe partir de la vagina. En resumidas cuentas, que ser modelo profesional significa recibir dinero a cambio de reaccionar exageradamente ante cosas como un pastelillo de arroz o unos zapatos.

Bebíamos Coca-Cola light tumbadas en una cama de Brumbach's. O nos sentábamos ante un tocador y usábamos maquillaje corrector para modificar los rasgos faciales mientras las tenues siluetas de la gente nos observaban desde la oscuridad a pocos metros de distancia. A veces las luces del suelo se reflejaban en las gafas de algún cliente. Teniendo en cuenta que hasta el menor movimiento, gesto o palabra nuestra llamaba la atención, era fácil sacarle jugo al escándalo que montábamos.

—Me siento tan segura y tranquila aquí. . . —decía Evie, alisando la colcha de satén rosa y ahuecando las almohadas—. Aquí no puede pasarte nada malo. No es como en la escuela. O como en casa.

Gente completamente desconocida se paraba a mirarnos, con los abrigos puestos. Igual que en esos programas de entrevistas de la televisión, donde resulta muy fácil ser sincero cuando tienes un buen público. Cuando te escucha un montón de gente, puedes decir lo que quieras.

—Evie, cielo —decía yo—. Hay montones de modelos muchísimo peores que tú en nuestra clase. Lo único que tienes que hacer es que no se te note la marca del colorete.

Nos mirábamos en el espejo de un tocador, observadas por tres filas de don nadies.

—Toma, bonita —le decía, y le daba una esponjita—. Extiéndelo.

Y Evie se echaba a llorar. Todas las emociones alcanzan su clímax ante una buena audiencia. O te ríes o lloras; no hay término medio. Seguro que los tigres del zoo viven todo el tiempo como si estuvieran actuando.

—No es que quiera ser una modelo famosa —decía Evie—. Es que me pongo muy triste cuando pienso que me estoy haciendo mayor. —Evie se tragaba las lágrimas. Apretaba la esponjita y decía—: Mis padres querían que yo hubiese sido chico. No quiero volver a pasarlo así de mal nunca más.

Otras veces llevábamos zapatos de tacón alto y fingíamos que nos dábamos patadas en la boca, peleándonos por un chico que nos gustaba a las dos. Algunas tardes nos confesábamos la una a la otra que éramos vampiros.

—Sí —decía yo—. Mis padres también me maltrataban.

Tenías que engatusar al público.

Evie se enredaba los dedos en el pelo y decía:

—Me voy a hacer un agujero en el perineo. Es la franja que está entre el ano y la vagina.

Yo me desplomaba en la cama, en el centro del escenario, me abrazaba a la almohada y levantaba la vista hacia la negra maraña de tubos y aspersores, intentando imaginar que era el techo de un dormitorio de verdad.

—No es que me pegasen o me hiciesen beber sangre satánica. Solo que querían más a mi hermano porque era deforme.

Y Evie se acercaba hasta el centro del escenario para eclipsarme.

—¿Tenías un hermano deforme? —preguntaba Evie.

Alguien del público tosía. A veces la luz se reflejaba en un reloj de muñeca.

—Sí, era bastante deforme, aunque para nada en plan sexy. Pero la historia tiene un final feliz. Ahora está muerto.

Y Evie preguntaba, con auténtica intensidad:

—¿Qué deformidad tenía? ¿Era tu único hermano? ¿Mayor o menor?

Yo saltaba de la cama y me sacudía el pelo.

—Lo siento. Me resulta muy doloroso.

—No, de verdad —decía Evie—. Lo digo en serio.

—Era un par de años mayor que yo. Le explotó un aerosol en la cara, y te aseguro que mis padres se olvidaron por completo de que tenían otra hija. —Me secaba los ojos con el borde de la almohada y me dirigía al público—: Y yo tenía que esforzarme muchísimo para ganarme el cariño de mis padres.

Evie miraba al vacío y decía:

—¡Qué mierda! ¡Qué mierda!

Y su interpretación era tan veraz que se me comía por completo.

—Sí —decía yo—. Él no tenía necesidad de trabajárselo. Para él era muy fácil. Le bastaba con estar quemado y lleno de cicatrices para acaparar toda la atención.

Evie se me acercaba y decía:

—¿Y dónde está tu hermano ahora? ¿Lo sabes?

—Muerto —decía yo, y me volvía hacia el público—. Murió de sida.

Y Evie decía:

—¿Por qué estás tan segura?

Y yo decía:

—¡Evie!

—No, en serio. Te estoy pidiendo una razón.

—No se hacen bromas con el sida.

Y Evie decía:

—Eso es casi imposible.

Y así es como la trama se desboca. Con todos los vendedores ávidos de un drama real; aunque a mí me parece que Evie está haciendo relleno.

—¿De verdad lo viste morir? —dice Evie—. ¿En serio? ¿O lo viste muerto? Dentro de un ataúd, ya sabes, y con música. ¿O has visto su certificado de defunción?

Todo el mundo nos observa.

—Completamente muerto.

Y Evie dice:

—¿Dónde?

—Esto es muy doloroso —digo, y cruzo el escenario en dirección a la sala de estar.

Evie viene detrás de mí, diciendo:

—¿Dónde?

Todo el mundo nos observa.

—En el hospicio.

—¿En qué hospicio?

Sigo cruzando el escenario hasta la siguiente sala de estar, el siguiente dormitorio, el siguiente estudio, el siguiente despacho, con Evie pisándome los talones y el público vacilante a nuestro alrededor.

—Ya sabes lo que pasa con estas cosas —digo—. Cuando dejas de ver a un homosexual durante mucho tiempo, es fácil suponerlo.

Y Evie dice:

—Entonces, ¿en realidad no sabes si está muerto?

Corremos por el siguiente dormitorio, la sala de estar, el comedor, la sala de juegos, y digo:

—Es el sida, Evie. Te vas apagando.

Y entonces Evie se detiene de repente y dice:

—¿Por qué?

Y el público me abandona, dispersándose en mil direcciones.

Porque lo que de verdad, de verdad, de verdad quiero es que mi hermano esté muerto. Porque mis padres quieren que esté muerto. Porque la vida es mucho más fácil si está muerto. Porque de esta manera, yo soy hija única. Porque ahora me toca a mí, joder. Me toca a mí.

Y la multitud se dispersa, y nos deja a las dos solas con las cámaras de seguridad vigilándonos, en lugar de Dios mirándonos para sorprendernos mientras follamos.

—¿Por qué te interesa tanto todo esto? —pregunto.

Pero Evie ya se está alejando de mí, dejándome sola, diciendo:

—Por nada. —Perdida en su propio circuito cerrado. Lamiéndose el ano, Evie dice—: No tiene importancia. Olvídalo.

# 6

En el planeta Brandy Alexander, el universo se rige por un sistema de dioses y diosas bastante complicado. Unos son malos. Otros son la bondad absoluta. Marilyn Monroe, por ejemplo. Luego están Nancy Reagan y Wallis Warfield Simpson. Algunos de estos dioses y diosas están muertos. Otros están vivos. Muchísimos son cirujanos plásticos.

El sistema cambia. Los dioses y las diosas van y vienen y juegan a la pídola para cambiar de estatus.

Abraham Lincoln está en su cielo para convertir nuestro coche en una burbuja flotante de aire con olor a coche nuevo, que se desliza suave como una octavilla. Estos días, Brandy dice que Marlene Dietrich es la encargada del tiempo. Estamos en el otoño de nuestro desencanto. Circulamos por la Interestatal 5 bajo cielos grisáceos, en un Lincoln azul alquilado. Seth va al volante. Así es como nos sentamos siempre: Brandy delante y yo detrás. Tres horas de belleza escénica entre Vancouver, en la Columbia Británica, y Seattle es lo que el camino ofrece. El asfalto y la combustión interna nos transportan con el Lincoln hacia el sur.

Viajar así es como ver el mundo por televisión. Las ventanillas electrónicas están completamente cerradas, de tal modo que en el planeta Brandy Alexander el ambiente es cálido, quieto, azul y silencioso. Hace treinta y cinco grados de temperatura, y el mundo exterior, con sus árboles y sus rocas, se desliza en miniatura tras los cristales convexos. Vivir vía satélite. Somos el pequeño universo de Brandy Alexander, que pasa a toda velocidad dejándolo todo atrás.

Conduciendo, conduciendo, Seth dice:

—¿Habéis pensado alguna vez que la vida es una metáfora de la televisión?

La regla es que mientras Seth conduce no se enciende la radio. Pero en ese momento está sonando una canción de Dionne Warwick, y Seth empieza a llorar de un modo increíble, a soltar enormes lagrimones de Diane, a estremecerse con grandes sollozos de Progevera. Si Dionne Warwick cantase una canción de Burt Bacharach, tendríamos que parar, pues de lo contrario nos estrellaríamos con total seguridad.

Las lágrimas, cómo la cara rechoncha de Seth perdía las sombras cinceladas que normalmente se le formaban bajo las cejas y los pómulos, cómo la mano se deslizaba para pellizcarse el pezón a través de la camisa y la mandíbula se descolgaba, y ponía los ojos en blanco, todo era por las hormonas. Los estrógenos, el Premarin, el estradiol, el etinilo de estradiol, todos se abrieron camino con un trago de Coca-Cola light. Claro que el riesgo hepático es alto teniendo en cuenta su nivel de sobredosis diaria. Ya podría tener insuficiencia hepática o cáncer o coágulos de sangre, o trombosis, pero yo estoy dispuesta a no dejar pasar la oportunidad. Claro que todo es por pura diversión. Ver cómo le crecen los pechos. Ver cómo su arrogancia de niño-

imán se convierte en grasa y verlo a él durmiendo la siesta por la tarde. Todo eso es fantástico, pero si estuviese muerto yo me sentiría libre para interesarme por otros asuntos.

Conduciendo, conduciendo, Seth dice:

—¿No creéis que en cierto modo la televisión nos convierte en Dios?

Esta reflexión es nueva. Se le ha aclarado la barba. Seguro que los antiandrógenos le inhiben la testosterona. Se olvida de la retención de líquidos. Del mal humor. Una lágrima se desliza desde un ojo por el retrovisor y resbala por su cara.

—¿Es que soy el único que se preocupa por estas cosas? —dice—. ¿Es que soy el único en este coche que siente algo real?

Brandy está leyendo una novelucha. Normalmente, Brandy lee folletos de cirugía plástica, impresos en papel satinado, sobre vaginas completas, con fotos en color que muestran la manera exacta de alinear la uretra para que la orina descienda como es debido. Otras fotos muestran cómo un clítoris de calidad debe tener forma de capucha. Son vaginas de cinco, diez y veinte mil dólares, mejores que las de verdad, y Brandy mira las fotos casi todos los días.

Pasemos a tres semanas antes, cuando estábamos en una casa enorme en Spokane, en Washington. Nos encontrábamos en un castillo de granito de South Hill, y Spokane se extendía bajo las ventanas del cuarto de baño. Yo estaba sacando el Oxycontin de su frasco marrón y metiéndolo en mi neceser. Brandy Alexander estaba buscando una lima limpia debajo del lavabo cuando encontró esta novela.

Ahora todos los demás dioses y diosas han quedado eclipsados por una nueva deidad.

Volvamos a Seth mirándome los pechos por el retrovisor.

—La televisión nos convierte en Dios —dice.

Dame tolerancia.

Flash.

Dame comprensión.

Flash.

Aunque llevamos ya varias semanas viajando juntos, los espléndidos y vulnerables ojos azules de Seth siguen sin cruzarse con los míos. Puede obviar estas ingeniosas reflexiones. Ya se le nota en los ojos el efecto de las pastillas, la córnea se le abomba tanto que no puede ponerse las lentillas. Debe de ser por los estrógenos que se bebe todas las mañanas con el zumo de naranja. Puede obviar todo eso.

Debe de ser por el Androcur que hay en su té helado a la hora de comer, aunque nunca se dará cuenta. Nunca me pillará.

Brandy Alexander, con los pies enfundados en unos calcetines de nailon y apoyados en el salpicadero, la reina suprema, sigue leyendo su novela.

—En las series dramáticas diurnas —me dice Seth—, es imposible fijarse en nadie. En cada canal hay una vida distinta, y las vidas cambian cada hora. Pasa lo mismo con esos vídeos en directo que se ven en las páginas web. Puedes ver lo que ocurre en el mundo entero sin que nadie se entere.

Brandy lleva tres semanas leyendo el mismo libro.

—La televisión te permite espiar hasta en los aspectos más sexy de las vidas de la gente —dice Seth—. ¿No te parece interesante?

Tal vez, pero solo cuando llevas encima 500 miligramos de progesterona micronizada todos los días.

Varios minutos de escenografía transcurren al otro lado de la ventanilla. Tan solo algunas montañas, antiguos volcanes apagados, las cosas que se ven al aire libre. Esas cosas intemporales y propias de la naturaleza. Materias primas en estado puro. Sin refinar. Ríos contaminados. Montañas en mal estado de conservación. Suciedad. Plantas que crecen entre la basura. Condiciones climáticas.

—Y si de verdad crees que tienes libre albedrío, entonces sabes que en realidad Dios no puede controlarnos —dice Seth. Seth aparta las manos del volante y las mueve para ilustrar este punto—. Y como Dios no puede controlarnos, se limita a observar y a cambiar de canal cuando se aburre.

En algún lugar del cielo, vives en un vídeo proyectado en una página web para que Dios practique el surfing.

Brandycámara.

Brandy, descalza, se humedece el dedo índice con la lengua y pasa la página despacio.

Pasan zumbando antiguos petroglifos aborígenes y basura.

—Lo que quiero decir —insiste Seth— es que es posible que la televisión te convierta en Dios. Y podría ser que no seamos más que la televisión de Dios.

Por el arcén de gravilla, un alce o algo así camina con dificultad.

—O Santa Claus —dice Brandy desde detrás de su libro—. Santa Claus lo ve todo.

—Santa Claus no es más que una leyenda —dice Seth—. Es solo un eslabón hacia Dios. Santa Claus no existe.

Pasemos a la caza de drogas en Spokane, hace tres semanas, cuando Brandy Alexander se tumbó a leer en el dormitorio de la dueña de la casa. Yo me llevé treinta y dos Nembutales. Treinta y dos Nembutales fueron a parar a mi bolso. Yo no me como la mercancía. Brandy seguía leyendo. Me probé todos los pintalabios en la mano, mientras Brandy seguía recostada sobre tropecientos almohadones de encaje

en el centro de una descomunal cama de agua. Leyendo.

Me guardo en el bolso un envase de estradiol caducado y un lápiz de labios azul Plumbago. La mujer de la inmobiliaria pregunta desde las escaleras si todo va bien.

Pasemos a la Interestatal 5, cuando pasamos junto a un cartel.

Comida limpia y precios familiares en el Karver Stage Stop Café.

Pasemos al nada de Arándano Incandescente ni Rosa Oxidado ni Sueños Berenjena en Spokane.

La mujer de la inmobiliaria dice que no quiere meternos prisa, que si queremos preguntarle algo. ¿Tenemos alguna duda?

Asomo la cabeza en el dormitorio y veo que sobre el edredón blanco de la cama está leyendo una Brandy Alexander casi tan muerta como viva.

Ah, dobladillos de satén lila cubiertos de cuentas de arroz perladas.

Ah, cachemir color ámbar con ribetes color topacio.

Ah, resbaladiza torera de visón de granja.

Teníamos que marcharnos.

Brandy se aferraba al libro abierto y apoyado sobre sus tetas como torpedos. La cara Rosa Oxidado enmarcada por el pelo caoba y los falsos almohadones de encaje, los ojos color berenjena con la mirada dilatada por una sobredosis de Thorazine.

Lo primero que quiero saber es qué droga se ha tomado.

En la cubierta del libro se ve a una rubia muy guapa. Flaca como un espagueti. Con una linda sonrisa. El pelo de la chica es una foto tomada por satélite del huracán Blonde arrasando la Costa Oeste de su rostro. La cara es la de una diosa griega, con largas pestañas, grandes ojos perfilados como los de Betty, Veronica y todas las demás chicas Archie de Riverdale High. Lleva perlas en los brazos y en el cuello. Aquí y allá brillan lo que podrían ser diamantes.

En la cubierta del libro pone *Miss Rona*.

Brandy Alexander, que con sus sandalias de cintas estaba poniendo perdido el edredón blanco de la cama de agua, dice:

—He descubierto quién es el Dios auténtico.

La mujer de la inmobiliaria se quedó diez segundos fuera.

Pasemos a las maravillas de la naturaleza que pasan borrosas ante nuestros ojos: conejos, ardillas y profundas cascadas. Eso es lo peor. Las ardillas de tierra cavan madrigueras subterráneas. Los pájaros anidan en sus nidos.

—La princesa B. A. es Dios —me dice Seth por el retrovisor.

Pasemos a cuando la mujer de la inmobiliaria de Spokane nos llamó desde las escaleras. Los propietarios del castillo de granito estaban llegando a la casa.

Brandy Alexander, con los ojos dilatados, sin respirar apenas en la cama de agua, dice:

—Rona Barrett. Rona Barrett es mi nuevo Ser Supremo.

Pasemos a Brandy en el Lincoln, diciendo:

—Rona Barrett es Dios.

A nuestro alrededor, la erosión y los insectos se comen el mundo, sin importarles ni la gente ni la contaminación. Todo se degrada biológicamente sin necesidad de nuestra intervención. Compruebo si llevo en el bolso suficiente Aldactone para el aperitivo vespertino de Seth. Pasamos junto a otro cartel:

Delicioso Salvado Mágico: Llévate algo bueno a la boca.

—En su autobiografía —comenta Brandy Alexander—, en el *Miss Rona* publicado por Bantam Books tras llegar a un acuerdo con la Nash Publishing Corporation de Sunset Boulevard en Los Ángeles. . . —Brandy respira hondo el aire con olor a coche nuevo—, copyright de mil novecientos setenta y cuatro, Miss Rona nos cuenta cómo empezó siendo una niña gorda y judía de Queens, con una nariz enorme y una extraña enfermedad muscular.

Brandy dice:

—Y esta morena gordita se recrea a sí misma hasta convertirse en una famosísima superestrella rubia, a quien un top sex symbol le suplica que le deje meterle el pene aunque solo sea un centímetro.

No tenemos lengua materna.

Otro cartel:

El próximo domingo, deguste la leche helada de Tooter’s.

—¡Lo que ha pasado esta pobre mujer! —se admira Brandy—. Aquí, en la página ciento veinticinco, casi se ahoga en su propia sangre. Rona acaba de operarse la nariz. Solo gana cincuenta pavos, pero ahorra lo suficiente para pagarse una operación de mil dólares. Ese es su primer milagro. El caso es que Rona está en el hospital, después de la operación, con la cabeza vendada como una momia, cuando un amigo viene y le dice que en Hollywood todos comentan que es lesbiana. ¡Miss Rona lesbiana! Eso no es verdad; para nada. La mujer es una diosa, y por eso se pone a gritar y a gritar hasta que casi le estalla una arteria en la garganta.

—Aleluya —dice Seth, otra vez ahogado en lágrimas.

—Y aquí —dice Brandy, mojándose el dedo índice y pasando unas cuantas páginas—, en la página doscientas veintidós, Rona vuelve a ser rechazada por su

siniestro novio de once años. Lleva semanas tosiendo, se toma un puñado de pastillas y la encuentran casi en coma y agonizando. Incluso el conductor. . .

—Ruégale a Dios —dice Seth.

Distintas variedades de plantas autóctonas crecen exactamente donde se les antoja.

—Seth, cariño —dice Brandy—. No me interrumpas. —Dicen sus labios Plumbago—: Incluso el conductor de la ambulancia piensa que nuestra Miss Rona no llegará al hospital con vida.

Nubes cargadas de vapor de aire cuelgan en el cielo.

Brandy dice:

—Ahora, Seth.

Y Seth dice:

—¡Aleluya!

Las margaritas silvestres y las castillejas que pasan zumbando no son más que los genitales de una forma de vida distinta.

Y Seth dice:

—¿Qué estás diciendo?

—En *Miss Rona*, copyright de mil novecientos setenta y cuatro, Rona Barrett, que a los nueve años ya tenía unas tetas enormes y quería cortárselas con tijeras, cuenta en el prólogo que es como un animal abierto en canal, con los órganos vitales al descubierto: el hígado y el intestino grueso. Todo latiendo y chorreando. De todos modos, está dispuesta a esperar hasta que alguien la cosa, pero sabe que nadie lo hará. Tiene que coger aguja e hilo y coserse ella sola.

—¡Qué burdo! —dice Seth.

—Miss Rona dice que nada es burdo —dice Brandy—. Miss Rona dice que el único modo de encontrar la verdadera felicidad es arriesgarse a que te abran de arriba abajo.

Bandadas de ensimismados pájaros parecen obsesionados por encontrar comida y atraparla con sus picos.

Brandy mueve el retrovisor hasta que me ve reflejada y dice:

—¿Bubba-Joan, cielo?

Es evidente que los pájaros autóctonos tienen que construir sus propios nidos con los materiales disponibles. Los palitos y las hojas aparecen como amontonados.

—Bubba-Joan —dice Brandy Alexander—. ¿Por qué no nos cuentas una historia?

Seth dice:

—¿Os acordáis de cuando estuvimos en Missoula y la princesa estaba tan hecha polvo que se comió los supositorios de Nebalino envueltos en papel metálico creyendo que eran Almond Roca? Háblanos de tus visitas al hospital semiinconsciente y casi sin vida.

Los pinos tienen piñas. Ardillas y mamíferos de todos los sexos se pasan el día intentando follar. O pariendo. O comiéndose a sus crías.

Brandy dice:

—¿Seth, cielo?

—Sí, mamá.

Lo que pasa por bulimia es en realidad el modo en que las águilas alimentan a sus polluelos.

Brandy dice:

—¿Por qué tienes que seducir a todo bicho viviente con el que te cruzas?

Otro cartel:

Nubby's es la barbacoa perfecta para saborear unas deliciosas alitas de pollo.

Otro cartel:

Delicias lácteas: chicle aromatizado con auténtico queso bajo en grasas.

Seth suelta una risita. Seth se sonroja y se retuerce un mechón de pelo con un dedo. Dice:

—Me haces parecer un obseso sexual.

Gracias. A su lado me siento hombruna.

—Cariño —dice Brandy—. No te acuerdas ni de la mitad de la gente con quien has estado. Espero poder olvidarlo.

Seth les dice a mis pechos por el retrovisor:

—La única razón por la que preguntamos a la gente qué tal le ha ido el fin de semana es para poder contar cómo nos ha ido el nuestro.

Supongo que con unos cuantos días más de progesterona micronizada a Seth le estallarán esas tetas tan bonitas. Entre los efectos secundarios que debo observar figuran: náuseas, vómitos, ictericia, migrañas, calambres abdominales y mareos. Uno se esfuerza por recordar los niveles de toxicidad exactos, pero para qué molestarse.

Pasamos junto a un cartel que dice: Seattle a 200 km.

—Venga, vamos a ver esas tripas brillantes y temblorosas, Bubba-Joan. Cuéntanos una cruda experiencia personal —ordena Brandy Alexander, diosa y madre de todos nosotros.

Ella dice:

—Ábrete en canal. Y vuelve a cerrarte. —Y me pasa un taco de recetas y un lápiz de ojos Sueños Berenjena.

# 7

Volvamos al último día de Acción de Gracias, antes de mi accidente, cuando fui a casa para cenar con mis padres. Eso era cuando aún tenía cara y podía ingerir alimentos sólidos. En la mesa del comedor, cubriéndola por completo, hay un mantel que no conozco, muy bonito, de damasco azul oscuro, con el borde de encaje. No esperaba que mi madre comprase una cosa así, de manera que le pregunto si se lo han regalado.

Mamá está poniendo la mesa y desdoblando las servilletas de damasco azul, mientras el vapor se interpone entre nosotros: ella, yo y mi padre. El ñame bajo su capa de caramelo. El pavo tostado. Los panecillos en una cestita acolchada y cosida en forma de gallina. Para sacar uno hay que levantar las alas. Hay una bandeja de cristal tallado con pepinillos dulces y ajo relleno de mantequilla de cacahuete.

—¿Si me han regalado qué? —dice mi madre.

El mantel nuevo. Es realmente bonito.

Mi padre suspira y clava un cuchillo en el pavo.

—Al principio no iba a ser un mantel —dice mi madre—. Tu padre y yo metimos la pata en nuestro proyecto original.

El cuchillo se mueve adelante y atrás, y mi padre se dispone a despiezar nuestra cena.

Mi madre dice:

—¿Sabes lo que es el tapiz del sida?

Pasemos a lo mucho que yo odio a mi hermano en ese momento.

—Compré esta tela porque me pareció bonita para hacerle un tapiz a Shane —dice mi madre—. Pero tuvimos problemas para coserla.

Dame amnesia.

Flash.

Dame unos padres nuevos.

Flash.

—Tu madre no quiere ofender a nadie —dice papá. Retuerce un muslo y sirve la carne en un plato.

—Hay que ser muy prudente con las cosas de los homosexuales, porque todo significa algo en su código secreto. Quiero decir que no queremos que nadie se haga una idea equivocada.

Mi madre se inclina para servirme un poco de ñame y dice:

—Tu padre quería ponerle un dobladillo negro, pero el negro sobre el azul significa que a Shane le excitaba el sexo con cuero, ya sabes, esclavitud y sumisión, sadismo y masoquismo. Estos tapices sirven para ayudar a los que nos quedamos.

—Cuando vengan personas desconocidas, verán el nombre de Shane —explica mi

padre—. No queríamos que pensaran cosas raras.

Los platos comienzan su lenta marcha alrededor de la mesa, en el sentido de las agujas del reloj. El relleno. Las aceitunas. La salsa de arándanos.

—Yo quería triángulos de color rosa, pero todos los tapices llevan triángulos de color rosa —dice mi madre—. Es el símbolo de los homosexuales nazis. Tu padre propuso que pusiéramos triángulos negros, pero eso significaría que Shane era lesbiana. Parecen un pubis femenino. Los triángulos negros.

Mi padre dice:

—Yo quería un dobladillo rojo, pero eso significa meter el puño. El marrón significa heces o lamer el ano, no estamos seguros.

—El amarillo —dice mi padre— alude al uso de la orina como parte del juego sexual.

—Un tono de azul más claro —dice mi madre— significa sexo oral.

—El blanco —dice mi padre— significa sexo anal. También podría significar que a Shane le excitaba la ropa interior masculina. No lo recuerdo exactamente.

Mi padre me pasa la cestita con los panecillos calientes.

Parece que vamos a cenar con el fantasma de Shane sentado a la mesa.

—Al final nos dimos por vencidos —dice mi madre—, y decidí usar la tela para hacer un mantel.

Entre los ñames y el relleno, mi padre dice mirando a su plato:

—¿Sabías lo de lamer el ano?

Sé que no es una conversación para tener en la mesa.

—¿Y lo del puño?

Digo que sí. No menciono a Manus y su afición a las revistas porno.

Y allí estamos los tres sentados, en torno al mantel azul y al pavo, que parece más que nunca un animal asado y muerto, en torno al relleno hecho con órganos aún reconocibles, el corazón, la molleja y el hígado, en torno a la salsa espesada con grasa y sangre. El centro de flores podría ser una urna.

—¿Me pasas la mantequilla? —dice mi madre. Y luego le pregunta a mi padre—: ¿Sabes lo que es trincar?

Esto es demasiado. Shane está muerto, pero es el centro de atención; más que nunca. Mis padres me preguntan por qué nunca voy a casa, y es por eso. Por esa repugnante conversación sobre sexo en la cena de Acción de Gracias. No puedo soportarlo. Que si Shane por aquí, que si Shane por allá. Es triste, pero yo no tuve la culpa de lo que le pasó a Shane. Lo cierto es que Shane destruyó esta familia. Shane era malo y mezquino, y está muerto. Yo soy buena y obediente, y se me desprecia.

Silencio.

Lo que ocurrió es que yo tenía catorce años. Alguien, por error, tiró un aerosol a la basura. Era Shane quien se encargaba de quemar la basura. Él tenía quince años.

Estaba echando la basura de la cocina a la incineradora mientras ardía la basura del cuarto de baño, y el aerosol explotó. Fue un accidente.

Silencio.

De lo que yo quería que hablasen mis padres era de mí. Me gustaría contarles que Evie y yo estábamos rodando un nuevo publirreportaje. Que mi carrera como modelo empezaba a despegar. Quería hablarles de mi nuevo novio, de Manus; pero nada. Da lo mismo que sea bueno o que sea malo, que esté vivo o que esté muerto, Shane sigue acaparando toda la atención. Lo que me produce es rabia.

—Escuchad —les digo. Me sale de repente—. Yo soy la única hija que os queda con vida, y deberíais prestarme un poco más de atención.

Silencio.

—Trincar —continúo, bajando la voz. Ya más tranquila—. Trincar es cuando un hombre te la mete por el culo sin condón. Se vacía dentro y luego te mete la lengua en el ano para chupar su propio esperma, además del lubricante y de las heces que pueda haber. Eso es trincar. A veces también te besa para pasarte el esperma y la materia fecal a la boca.

Silencio.

Dame control. Dame calma. Dame compostura.

Flash.

El ñame está justo como a mí me gusta, dulce y crujiente. El relleno está un poco seco. Le paso la mantequilla a mi madre.

Mi padre carraspea y dice:

—Creo que tu madre quería decir trinchar. Cortar el pavo en lonchas muy finas.

Silencio.

—Ah, lo siento —digo.

Comemos.

# 8

No esperéis que les diga a mis padres lo del accidente. Que ponga una conferencia y cuente entre sollozos lo de la bala y el hospital. No iríamos a ninguna parte. En cuanto estuve en condiciones de escribirles una carta, les dije que me iba a trabajar para Espre en Cancún.

Seis meses de diversión, arena y yo intentando chupar el limón del largo cuello de las botellas de cerveza mexicana. A los chicos les encanta que las chicas hagan eso. Se ponen estupendos. Los chicos.

Mi madre me escribe diciendo que le encanta la ropa de Espre. Dice que cuando salga en el catálogo de Espre a lo mejor le puedo conseguir un descuento para su pedido de Navidad.

Lo siento, mamá. Lo siento, Dios.

Vuelve a escribir: «Bueno, ponte guapa para nosotros. Besos y abrazos».

Casi siempre resulta muchísimo más fácil que el mundo no se entere de lo que está mal. Mis padres me llaman Bola. Yo era la bola que estuvo nueve meses en el vientre de mi madre; me llamaban Bola ya antes de nacer. Viven a dos horas en coche, pero nunca voy a verlos. Lo que quiero decir es que no tienen por qué saber hasta el último detalle.

En una de las cartas, mi madre dice:

«En el caso de tu hermano, al menos sabemos si está vivo o muerto».

Mi hermano muerto, el rey de los maricones. El mejor en todo. El rey del baloncesto hasta que cumplió los dieciséis años, cuando su infección de garganta se convirtió en gonorrea. Solo sé que yo lo odiaba.

«No es que no te queramos, solo que no lo demostramos», dice mi madre en una de sus cartas.

Además, la histeria solo es posible cuando tienes público. Todos sabemos lo que tenemos que hacer para conservar la vida. La gente no hace más que joderte cuando reacciona como si todo lo que pasa fuera horrible. Primero los que esperaban en urgencias y te cedían el turno. Luego la monja franciscana gritando. Luego la policía con batas de hospital.

Pasemos a cómo era la vida cuando eras un bebé y solo podías tomar alimentos infantiles. Te acercas tambaleándote hasta la mesita del café. Te pones en pie y tienes que mantener el equilibro sobre unas piernas que son como salchichas de Viena, o caer. Luego llegas hasta la mesa y te das con la esquina en la tierna cabeza infantil.

Caes al suelo y, joder, cómo duele. Pero la tragedia no empieza hasta que llegan mamá y papá.

Ah, pobrecita, qué valiente.

Y entonces te pones a llorar.

Pasemos a Brandy, Seth y yo, subiendo al Space Needle en Seattle. Es nuestra primera parada después de la frontera canadiense, salvo cuando nos detuvimos para que yo fuese corriendo para comprarle a Seth un café con leche con azúcar y Climen y una Coca-Cola con Estracomb sin hielo. Son las once, el Space Needle cierra a medianoche, y Seth dice que en el mundo hay dos clases de personas. La princesa Alexander quería encontrar primero un buen hotel, un lugar con aparcacoches y baños alicatados. Tendríamos tiempo de echar una cabezadita antes de que ella saliese a vender las pastillas.

—Imaginad que estáis en un programa concurso —dice Seth, refiriéndose a sus dos clases de personas. Seth ya ha salido de la autopista y circulamos entre almacenes oscuros, girando cada vez que atisbamos el Space Needle—. Y lo ganáis, y os dan a elegir entre un conjunto de muebles de Broyhill para el cuarto de estar de tres mil dólares o un viaje de diez días para descubrir los encantos de la vieja Europa.

Seth dice que la mayoría de la gente elige los muebles.

—Es porque todo el mundo quiere demostrar su esfuerzo —dice Seth—. Como los faraones y sus pirámides. En un caso así, muy pocos elegirían el viaje, aunque ya tuvieran un cuarto de estar bien bonito.

No hay coches aparcados en los alrededores del Seattle Center; la gente está en casa viendo la televisión, o siendo televisión, en el caso de los que creen en Dios.

—Quiero enseñaros dónde terminó el futuro —dice Seth—. Quiero que seamos de los que eligen el viaje.

Según Seth, el futuro terminó en 1962, en la Feria Mundial de Seattle. Ahí termina todo lo que debíamos heredar: el hombre llegó a la luna en esa década del milagro del amianto, de la energía nuclear y el combustible fósil; la era espacial, cuando podías subir a visitar el apartamento-platillo volante de los Supersónicos y montarte en el monorraíl para ir hasta el centro de la ciudad y comprarte una gorrita de moda, de esas tan divertidas.

Todas esas esperanzas, investigaciones, ciencia y glamour están ahora en ruinas:

El Space Needle.

El Centro de la Ciencia, con sus cúpulas caladas y sus globos colgando.

El monorraíl, que pasa como un rayo cubierto de aluminio pulido.

Así es como se suponía que iban a ser nuestras vidas.

Vayamos. Hagamos el viaje, dice Seth. Se os romperá el corazón, porque los Supersónicos, con su criada robot, Rosie, y sus coches voladores y sus camas tostadoras que te tiran al suelo por la mañana, es como si le hubiesen subarrendado el Space Needle a los Picapiedra.

—Os acordáis, ¿verdad? —dice Seth—. De Pedro y Vilma. El cubo de la basura es un cerdo que vive debajo del fregadero. Y los muebles están hechos con huesos y

piedras, y las lámparas son de piel de tigre. La aspiradora de Vilma es un bebé elefante. Su hijita se llama «Pebbles».

Aquí estaba nuestro futuro de comida de queso y aerosoles, de polietileno y Club Med en la luna, de rosbif servido en un tubo de pasta de dientes.

—El Tang —dice Seth—, el desayuno de los astronautas. Y ahora la gente viene aquí con sandalias de cuero hechas por ellos mismos. Sus hijos se llaman Jonás o Moisés, como en el Antiguo Testamento. Las lentejas son como de otro mundo.

Seth se sorbe los mocos y se seca las lágrimas de los ojos con una mano. Es el Estrace. Debe de estar poniéndose premenstrual.

—La gente que ahora va al Space Needle tiene puestas las lentejas en remojo en casa y pasea entre las ruinas del futuro como los bárbaros cuando encontraron las ruinas griegas y pensaron que seguramente las había construido Dios.

Seth aparca bajo una de las tres grandes patas de acero del Space Needle. Salimos y miramos las patas que suben hasta el Space Needle, el restaurante de abajo, el de arriba que gira, y la terraza mirador en lo alto. Luego las estrellas.

Pasemos al triste momento en que compramos nuestros tíquets y nos metemos en el gran ascensor de cristal que asciende por el centro del Space Needle. Nos encontramos en el interior de esta jaula de cristal y latón que sube hasta las estrellas, como esas donde se meten los gogós para bailar. Mientras subimos me entran ganas de escuchar música hipoalergénica Telestar, no contaminada por las manos humanas. Música producida por ordenador e interpretada por un sintetizador Moog. Quiero bailar el frug en un vuelo de la TWA con destino a la luna, donde un montón de tíos y tías estupendos preparan el puré de patata en condiciones de gravedad cero y comen deliciosas píldoras como aperitivo.

Es lo que quiero.

Se lo cuento a Brandy Alexander, y ella va muy decidida hacia las cajas de cristal y latón y baila el frug incluso antes de subir, igual que los cuerpos especiales de la policía bailan el frug en Marte, donde pesas cuatrocientos kilos.

Lo más triste es cuando el tipo del uniforme de plástico que maneja el ascensor se olvida por completo del futuro. Y echa a perder la diversión del momento, mirándonos como si fuésemos cachorritos de esos que se ven en los escaparates de las tiendas de animales de los centros comerciales. Cachorritos que rezuman un líquido amarillento por los ojos y por el culo, y uno sabe que nunca más volverán a evacuar nada sólido, pero aun así siguen a la venta por seiscientos dólares. Los cachorritos están tan tristes que incluso las chicas gordas que llevan permanentes baratas se pasan horas dando golpecitos al cristal del escaparate y diciendo: «Te quiero, pequeñín. Mamita te quiere, cosita».

El futuro ya está arruinado para algunos.

Pasemos al mirador que hay en lo alto del Space Needle, desde donde no se ven las patas de acero y parece que planeas sobre Seattle en un platillo volante donde se venden un montón de recuerdos. La mayoría no son recuerdos del futuro. Son camisetas ecológicas y batiks y telas teñidas con pigmentos naturales que no se pueden lavar con otras prendas, porque destiñen. Casetes de ballenas que cantan mientras hacen el amor. Otras cosas que detesto.

Brandy se va a buscar reliquias y artefactos del futuro. Acrílicos. Plexiglás. Aluminio. Polietileno. Radio.

Seth se acerca a la barandilla, se inclina sobre la red antisuicidios y escupe. El escupitajo cae al siglo XXI. El viento me agita el pelo en la oscuridad, y Seattle y mis manos se aferran con fuerza a la barandilla de acero, donde un millón de manos antes que las mías han estropeado la pintura.

Tal como va vestido, en lugar de la masa muscular que antes me volvía loca, ahora la grasa hace que se le suba la camisa por encima del cinturón. Es por el Premarin. Esa sombra suya de las cinco en punto, tan sexy, se desvanece por culpa del Progevera. Hasta se le hinchan los dedos alrededor del anillo.

El fotógrafo dice en mi cabeza:

Dame paz.

Flash.

Dame liberación.

Flash.

Seth tira de su cuerpo hinchado por la retención de líquidos para sentarse en la barandilla. Sus mocasines de borlas cuelgan por encima de las redes. Su corbata vuela directamente hacia la nada y la oscuridad.

—No tengo miedo —dice. Estira una pierna y deja que uno de los mocasines cuelgue de la punta de los dedos.

Yo me ciño con fuerza el velo alrededor del cuello para que la gente que no me conoce piense, como mis padres, que sigo siendo feliz.

Seth dice:

—La última vez que me asusté fue la noche en que me sorprendiste cuando intentaba matarte.

Y contempla las luces de Seattle, sonriendo.

Yo también sonreiría, si tuviera labios.

En el futuro, con el viento, con la oscuridad del mirador que hay sobre el Space Needle, Brandy Alexander, la auténtica reina suprema, se nos acerca con recuerdos del futuro. Ha comprado postales. Brandy Alexander nos ofrece a Seth y a mí un taco de postales descoloridas, dobladas, manoseadas y despreciadas que han sobrevivido

durante años en un expositor giratorio. Son fotos del futuro con cielos limpios y blancos al amanecer detrás del Space Needle. Del monorraíl lleno de bebés sonrientes y enfundados en sus monos de mohair, con tres enormes botones forrados de tela delante. Niños con camisetas de rayas y tripulaciones de astronautas rubias que pasean por un Centro de la Ciencia donde todas las fuentes funcionan.

—Cuéntale al mundo qué es lo que más miedo te da —dice Brandy.

Nos da a cada uno un lápiz de cejas color Sueños Berenjena, y dice:

—Dale algún consejo útil para el futuro.

Seth escribe en el dorso de una tarjeta y se la entrega a Brandy para que la lea.

«En los programas concurso, algunos eligen el viaje a Francia, aunque la mayoría prefiere una lavadora-secadora. »

Brandy estampa un gran beso Plumbago en el cuadradito donde se pega el sello y deja que el viento arrastre la tarjeta hacia las torres del centro de Seattle.

Seth le entrega otra tarjeta, y Brandy lee:

«La función de los programas concurso es que nos sintamos mejor cuando pensamos en todos esos datos aleatorios e inútiles que es lo único que nos queda de la educación que hemos recibido».

Un beso, y la tarjeta emprende su camino hacia el lago Washington.

Otra de Seth:

«¿En qué momento el futuro dejó de ser una promesa para convertirse en una amenaza?».

Un beso, y allá va, volando hacia Ballard.

«Cuando hayamos destruido este planeta, Dios nos dará otro. Se nos recordará más por lo que destruimos que por lo que creamos. »

La Interestatal 5 serpentea en la distancia. Desde el mirador del Space Needle, los carriles que se dirigen hacia el sur son una hilera de luces rojas, y los que se dirigen hacia el norte son una hilera de luces blancas. Tomo una tarjeta y escribo:

«Quiero tanto a Seth Thomas que tengo que destruirlo. Lo compensaré venerando a la reina suprema. Seth nunca me querrá. Nadie volverá a quererme nunca».

Brandy está esperando para coger la tarjeta y leerla en voz alta. Esperando para contarle al mundo mis peores temores, pero no le doy la tarjeta. La beso con los labios y no necesito que el viento me la arrebate de las manos. La tarjeta sube y sube y sube hacia las estrellas, y luego cae y aterriza sobre la red antisuicidios.

Mientras veo mi futuro atrapado en la red antisuicidios, Brandy lee otra tarjeta de Seth.

«Todos somos abono orgánico. »

Escribo sobre el futuro en otra tarjeta, y Brandy la lee.

«Cuando no sabemos a quién odiar, nos odiamos a nosotros mismos. »

Un golpe de viento arranca mis peores temores de la red antisuicidios y se los

lleva volando.

Seth escribe y Brandy lee.

«Uno tiene que reciclarse a sí mismo continuamente. »

Yo escribo y Brandy lee.

«Nada en mí es original. Soy el esfuerzo combinado de todas las personas a las que he conocido. »

Yo escribo y Brandy lee.

«La persona a la que quieres y la persona que te quiere nunca son la misma persona. »

Pasemos a nosotros volviendo a casa desde la luna en un vuelo rápido de la TWA. A Brandy, Seth y yo bailando en nuestra fiesta en el ascensor de cristal y latón, como una jaula de gogós, con gravedad cero. Brandy aprieta la mano enorme y repleta de anillos y le dice al droide de servicio vestido de plástico que intenta detenernos que se congele si no quiere morir allí mismo.

De vuelta en la tierra, en el siglo XXI, nuestro Lincoln de alquiler con su interior azul aguarda para llevarnos a un buen hotel. Hay un papelito pegado al parabrisas, pero cuando Brandy se abalanza sobre él para romperlo, resulta ser una postal del futuro.

Acaso mis peores miedos.

Para que Brandy le lea a Seth en voz alta. *Quiero tanto a Seth que tengo que destruirlo*. . .

Por más que lo compense, nadie volverá a quererme. Ni Seth. Ni mis padres. Es imposible besar a alguien que no tiene labios. Ah, ámame, ámame, ámame, ámame, ámame, ámame, ámame, ámame. Seré quien tú quieras que sea.

Brandy Alexander coge la postal con su enorme mano. La reina suprema la lee en silencio y se la guarda en el bolso. La princesa Princesa dice:

—A este paso no llegaremos nunca al futuro.

# 9

Volvamos al día en que Brandy me tira por encima de la cabeza un puñado de nada resplandeciente, y la consulta de la logopeda, donde nos encontramos, se vuelve de oro.

Brandy dice:

—Esto es gasa de algodón.

Lanza otro puñado de niebla, y el mundo se desdibuja tras una cortina dorada y verde.

—Seda georgette —dice Brandy.

Lanza un puñado de chispas sobre mí y sobre el mundo; Brandy sentada frente a mí, su cesto de costura abierto y apoyado en el regazo. Estamos solas. Encerradas en la consulta de la logopeda. El cartel del gatito sobre la pared de hormigón. Todo se filtra con estrellas hasta quedar suave y brillante, hasta que todas las aristas duras se borran o se confunden detrás del verde y del dorado, y la luz fluorescente estalla en montones de fragmentos.

—Velos —dice Brandy, mientras los colores se van posando sobre mí—. Tiene que parecer que guardas muchos secretos. Si piensas salir al mundo exterior, señorita Saint Patience, no puedes dejar que te vean la cara.

—Puedes ir a donde quieras —continúa Brandy.

Pero no puedes dejar que nadie sepa quién eres.

—Puedes llevar una vida completamente normal —dice.

Pero no puedes dejar que nadie se te acerque demasiado y descubra la verdad.

—En dos palabras: necesitas velos.

Hay que decir que, siendo como es una princesa, Brandy Alexander no me pregunta mi nombre real. Mi nombre de pila. La señorita Mandona me asigna directamente un nombre nuevo, un pasado nuevo. Inventa para mí otro futuro sin relaciones, salvo con ella; un culto enteramente dedicado a su persona.

—Te llamas Daisy Saint Patience —me dice—. Eres la heredera perdida de la Casa de Saint Patience, el salón de moda de alta costura, y esta temporada estamos haciendo sombreros. Sombreros con velos.

Le pregunto:

—¿*Jsfssjf ciacb sxi*?

—Eres una aristócrata francesa.

—¿*Ggudcn aixa gklgfnv*?

—Te criaste en París y fuiste a un colegio de monjas —dice Brandy.

Concentrada en su trabajo, haciendo planes como la estilista que es, Brandy Alexander empieza a sacar el tul de su bolso, tul rosa, encaje y ganchillo, y a ponérmelo en la cabeza.

Dice:

—No necesitas usar maquillaje. No necesitas lavarte. Un buen velo es el equivalente de unas gafas de sol de espejo para tu cabeza.

Un buen velo es como no salir de casa, me dice Brandy. Enclaustrada. En la intimidad. Saca un trozo de chiffon amarillo. Me cubre con una tela de nailon estampada. Tal como es el mundo en que vivimos, todos apiñados, un mundo donde la gente te cala al primer vistazo, un buen velo es como una limusina con las lunas tintadas. El número no registrado de tu rostro. Bajo un buen velo puedes ser cualquiera. Una estrella de cine. Una santa. Un buen velo dice:

«No nos han presentado debidamente».

Eres el premio oculto tras la puerta número tres.

Eres la dama o el tigre.

En nuestro mundo, donde ya nadie sabe guardar secretos, un buen velo dice:

«Gracias por no compartir».

—No te preocupes —dice Brandy—, otros rellenarán los espacios en blanco.

Lo mismo que hacen con Dios, dice.

Lo que nunca le he contado a Brandy es que me crié cerca de una granja. Era una granja de cerdos. Daisy Saint Patience volvía a casa por las tardes en los días de sol y tenía que ir con su hermano a dar de comer a los cerdos.

Dame nostalgia.

Flash.

Dame un anhelo nostálgico de la infancia.

Flash.

¿Qué es lo contrario del glamour?

Brandy nunca me ha preguntado por mis padres; si están vivos o muertos y por qué no estaban aquí, rechinando los dientes.

—Tu padre y tu madre, Rainier y Honoraria Saint Patience, fueron asesinados por terroristas de la moda —dice.

Mi padre llevaba a los cerdos al mercado cuando llegaba el otoño. Su secreto consistía en pasarse el verano recorriendo con la camioneta Idaho y los estados limítrofes situados arriba a la izquierda, deteniéndose en todas las antiguas panaderías donde se vendían productos caducados, tartaletas de frutas y pasteles rellenos de crema, pequeñas rebanadas de bizcocho esponjoso inyectadas con nata artificial y porciones de tarta de chocolate cubiertas de caramelo y espolvoreadas con coco teñido de rosa. Viejas tartas de cumpleaños que no llegaban a venderse. Pasteles rancios que deseaban Felicidades. Feliz día de la Madre. Sé mi Valentín. Mi padre lo trae todo a casa, en un montón grande y pegajoso, o envuelto en papel de celofán. Esa es la peor parte, abrir los miles de residuos y echárselos a los cerdos.

Mi padre, de quien Brandy no quiere oír hablar, tenía el secreto de alimentar a los

cerdos con estos pasteles y tartas dos semanas antes de llevarlos al mercado. Como son productos que no alimentan, los cerdos los devoran hasta que no queda un solo trozo en mil kilómetros a la redonda.

Este tipo de comida no aporta fibra; por eso, todos los otoños, cada cerdo de ciento cincuenta kilos llega al mercado con un peso adicional de cuarenta kilos en el colon. Mi padre consigue una fortuna en la subasta, y quién sabe cuánto tiempo después, los cerdos expulsan una enorme cagada de azúcar cuando ven que los han llevado al matadero.

Yo digo:

—*Kguvne guivnugu fgu sojaoa*.

—No —dice Brandy, y levanta un dedo índice, largo como un pie y adornado con seis anillos, y me aprieta la boca con la salchicha enjoyada en cuanto intento decir algo.

—Ni una palabra —dice Brandy—. Sigues estando demasiado atada a tu pasado. Es inútil que digas nada.

Brandy saca de su cesto de costura una cinta blanca y dorada; es un acto mágico, un trozo de seda blanco puro estampado con un dibujo griego dorado, y me cubre la cabeza con él.

Bajo otro velo más, el mundo real parece estar mucho más lejos.

—¿A que no sabes cómo hacen el dibujo dorado? —pregunta Brandy.

La tela es tan fina que se agita con mi respiración; la seda me cubre las pestañas sin doblarlas. Mi cara, que es donde llegan todas las terminaciones nerviosas del cuerpo, no es capaz de sentirla.

Hace falta un equipo de niños indios, dice Brandy, niños de cuatro o cinco años que se pasan el día sentados en bancos de madera y son vegetarianos y retuercen trillones de hilos dorados para hacer ese dibujo.

—Es raro ver a niños de más de diez años haciendo este trabajo —dice Brandy—, porque la mayoría se quedan ciegos.

El velo que Brandy acaba de sacar del costurero mide por lo menos tres metros cuadrados. La preciosa visión de esos niños encantadores se pierde. Los días preciosos de su frágil infancia transcurren retorciendo hilos de seda.

Dame piedad.

Flash.

Dame empatía.

Flash.

Ah, me gustaría que me estallara el corazón.

Digo:

—*Vsguf sigus cm eiuvn sincs*.

Brandy dice que no pasa nada. No quiere recompensar a nadie por explotar a los

niños. Lo ha comprado.

Enjaulada bajo mi seda, instalada bajo mi nube de organdí y georgette, la idea de no poder compartir mis problemas con otras personas hace que sus problemas me importen un carajo.

—Ah, y no te preocupes —dice Brandy—. Seguirás llamando la atención. Tienes unas tetas que son pura dinamita y un culo espléndido. Lo único es que no puedes hablar con cualquiera.

La gente no soporta no saber algo, me dice. Sobre todo los hombres; no soportan no poder escalar cualquier montaña, explorar cualquier territorio. Etiquetarlo todo. Mear en todos los árboles que se encuentran y no volver a llamar nunca más.

—Detrás de un velo eres la gran desconocida —dice—. Todos los tíos se pelearán por conocerte. Algunos negarán que eres una persona real y otros harán como si no existieras.

El fanático. El ateo. El agnóstico.

Solo con ver a alguien que lleva un parche en el ojo, ya te entran ganas de mirar. Para ver si es de mentira. El hombre de la camisa Hathaway. O para ver el horror que hay debajo.

El fotógrafo dice en mi cabeza:

Dame una voz.

Flash.

Dame una cara.

La respuesta de Brandy fueron sombreros pequeños con velos. Y sombreros grandes con velos. Sombreros como tortitas y sombreros como pastilleros con volantes de nubes de tul y gasa. Seda de paracaídas, crep pesado o una malla densa y cubierta de pompones de felpilla.

—Lo más aburrido del mundo es la desnudez —dice Brandy.

Lo segundo más aburrido del mundo es la honestidad, dice.

—Piensa que esto es una broma. Que es lencería para tu cara —dice—. Un camisón transparente con el que cubres por completo tu identidad.

Lo tercero más aburrido del mundo es tu triste pasado. Por eso Brandy nunca hace preguntas. Aunque puede ser una bruja, una apisonadora, volvemos a encontrarnos una y otra vez en la consulta de la logopeda. Y Brandy me dice todo lo que necesito saber acerca de mí misma.

# 10

Pasemos a Brandy Alexander metiéndome en una cama en Seattle.

Es la noche del Space Needle, la noche en que el futuro no ocurre. Brandy lleva metros y metros de tul negro enrollados en las piernas, atados alrededor de su cintura fina como un reloj de arena. El velo negro le cruza las tetas como torpedos y termina enrollándose en el pelo caoba. Todo ese brillo inclinado junto a mi cama bien podría ser la maqueta del cielo original en las noches de verano.

Pequeños abalorios, no de esos de plástico que producen en las fábricas de Calcuta, sino de los auténticos de cristal austríaco tallados por los elfos de la Selva Negra, salpican por completo el tul negro de estrellitas. La cara de la reina suprema es la luna en el cielo nocturno que se inclina para darme un beso de buenas noches. Mi habitación de hotel está oscura; la televisión que hay a los pies de mi cama está encendida, de manera que las estrellitas parpadean lanzando destellos de todos los colores que rebotan en la pantalla.

Seth tiene razón; la televisión me convierte en Dios. Puedo ver cómo es cualquiera por dentro y cómo cambian las vidas en cuestión de horas. Aquí, en el mundo real, esto no siempre es así.

—Siempre te querré —dice la reina de la noche. Y sé qué postal ha encontrado.

Las sábanas del hotel son como las del hospital. Hemos recorridos miles de kilómetros desde que nos conocimos, y los grandes dedos de Brandy siguen alisando las mantas justo por debajo de donde antes estaba mi barbilla. Mi cara es lo último que los chicos y las chicas gogós quieren ver cuando se adentran en un callejón oscuro para comprar drogas.

Brandy dice:

—Volveremos en cuanto lo hayamos vendido todo.

La silueta de Seth se dibuja en el umbral de la puerta del pasillo. Desde mi cama parece el perfil maravilloso de un superhéroe sobre el fondo de hojas tropicales de neón verde, gris y rosa del papel pintado del pasillo. Su abrigo, ese abrigo de cuero largo que lleva Seth, está bien ceñido en la cintura, pero luego se abre y parece una capa.

Puede que cuando le besa el real culo a la princesa Brandy Alexander no esté fingiendo. Puede que los dos estén enamorados cuando yo no estoy delante. No sería esta la primera vez que lo he perdido.

La cara cubierta de velo negro que se inclina sobre mí es toda una sorpresa de color. La piel es un montón de rosa alrededor de una boca azul Plumbago, y los ojos tienen demasiado berenjena. Incluso estos colores resultan ahora demasiado estridentes, demasiado saturados, demasiado intensos. Chabacanos. Te recuerdan a una caricatura. Las muñecas de moda tienen la piel del mismo tono rosa, como

vendas de plástico. Color carne. Los ojos demasiado berenjena, los pómulos demasiado definidos por el colorete Rosa Oxidado. No dejan nada a la imaginación.

A lo mejor es esto lo que les gusta a los tíos. Lo único que quiero es que Brandy Alexander se vaya.

Quiero el cinturón de Seth alrededor de mi cuello. Quiero sus dedos en mi boca y sus manos separándome las rodillas mientras los dedos húmedos me suplican que me abra.

—Si te apetece leer algo, tienes el libro de Miss Rona Barrett en mi habitación. Si quieres te lo traigo.

Quiero que Seth me irrite la piel con su barba hasta sentir dolor al orinar.

Seth dice:

—¿Vienes?

Una mano repleta de anillos arroja el mando del televisor sobre la cama.

—Vamos, princesa Princesa —dice Seth—. La noche ya no es tan joven.

Y quiero a Seth muerto. Peor que muerto. Lo quiero gordo, hinchado de líquidos, inseguro y emocional. Si Seth no me desea, yo quiero no desearlo.

—Si viene la policía o pasa cualquier cosa —me dice la luna—, todo el dinero está en mi neceser.

El hombre al que quiero ya se ha marchado para calentar el coche.

La mujer que me querrá siempre dice:

—Que duermas bien. —Y cierra la puerta al salir.

Pasemos a una vez, hace mucho tiempo, cuando Manus, mi prometido, que me dejó tirada, Manus Kelley, el detective de la policía, me dijo que los padres son como Dios, porque a todos nos gusta saber que están ahí y que aprueban nuestra vida, aunque solo recurramos a ellos cuando estamos en crisis y necesitamos algo.

Volvamos a mí en la cama, en Seattle, a solas con el mando del televisor, cuando aprieto un botón y dejo el aparato mudo.

En la pantalla aparecen tres o cuatro personas, sentadas en un plató frente al público que asiste al programa. Es como un publirreportaje, pero cuando la cámara se acerca a cada persona para tomar un primer plano, aparece un rótulo en el pecho de cada una. Cada rótulo de cada primer plano es un apellido seguido de tres o cuatro palabras, de un apodo, como los que se ponen los indios, solo que, en lugar de Brezo que Corre con Bisonte o Trisha Cazada por un Rayo de Luna, estos dicen:

Cristy Bebió Sangre Humana.

Roger Vivió con su Madre Muerta.

Brenda se Comió a su Bebé.

Cambio de canal.

Cambio de canal.

Cambio de canal y veo a otras tres personas:

Gwen Trabaja como Prostituta.

Neville fue Violado en la Cárcel.

Brent se Acostaba con su Padre.

La gente va por el mundo contando su tragedia y cómo su vida se reduce a superar esta experiencia. Sus vidas están más centradas en el pasado que en el futuro. Aprieto el botón para darle sonido a Gwen Trabaja como Prostituta y escuchar su historia.

Gwen modela las palabras con las manos mientras habla. Se inclina hacia delante en la silla. Sus ojos miran a algo situado arriba y a la derecha, lejos de la cámara. Sé que es el monitor. Gwen se está mirando mientras cuenta su historia.

Gwen tiene todos los dedos encogidos, menos el índice, y retuerce lentamente las manos mientras habla para mostrar los dos lados de la uña.

—. . . para protegerse, la mayoría de las chicas de la calle llevan un trozo de cuchilla pegada debajo de la uña. La pintan para que parezca una uña normal.

Gwen ve algo en el monitor. Frunce el ceño y retira el pelo rojizo de lo que parecen ser unos pendientes de perlas.

—Cuando las meten en la cárcel —sigue contándose Gwen a sí misma en el monitor— o cuando ya no son atractivas, algunas se cortan las venas con la cuchilla.

Vuelvo a dejar muda a Gwen Trabaja como Prostituta.

Cambio de canal.

Cambio de canal.

Cambio de canal.

Dieciséis canales después, una chica muy guapa, con un vestido de lentejuelas, sonríe mientras arroja restos animales en una fábrica de aperitivos.

Evie y yo hicimos este publirreportaje. Es uno de esos anuncios que parecen un programa, pero solo duran treinta minutos. La cámara pasa a otra chica con un vestido de lentejuelas; esta pasea entre un público de cocainómanos y turistas del Medio Oeste. La chica ofrece a una pareja que celebra sus bodas de oro y viste la misma camisa hawaiana una selección de canapés en una bandeja de plata, pero la pareja, como todos los demás, miran hacia arriba y a la derecha, a algo situado fuera de cámara.

Ya sabéis que se trata del monitor.

Es extraño, pero lo cierto es que la gente se mira en el monitor cómo se miran a sí mismos en el monitor cómo se miran a sí mismos en el monitor, y así sucesivamente, atrapados en un nudo de realidad que no termina nunca.

La chica de la bandeja tiene los ojos desesperados por unas lentillas demasiado

verdes y los labios demasiado rojos y agrandados más allá de su contorno natural. El pelo rubio es denso y está cardado para que los hombros no resulten demasiado huesudos. Los canapés que pasea bajo esas narices viejas son galletas saladas hechas con levadura química y productos derivados de la carne. La chica deambula entre el público pasando la bandeja, con los ojos demasiado verdes y el pelo demasiado cardado. Es mi mejor amiga: Evie Cottrell.

Tiene que ser Evie, porque de pronto aparece Manus, tan guapo, dando un paso al frente para salvarla. Manus, el agente especial de la brigada antivicio, coge uno de los canapés y se lo coloca entre los dientes postizos. Luego mastica. Echa hacia atrás la cara, atractiva y con la mandíbula cuadrada, y cierra los ojos. Manus cierra sus intensos ojos azules, vuelve la cabeza exageradamente a uno y otro lado y traga.

Manus, con su pelo denso y negro, te recuerda que el pelo de la gente no es más que un vestigio del pelo animal, peinado con espuma. Manus es un perro de pelo sexy.

La mandíbula cuadrada desciende para mirar a la cámara con los ojos muy abiertos y una expresión de amor y satisfacción total. Típico. Esa expresión era exactamente la misma que Manus me ofrecía cuando me preguntaba si había llegado al orgasmo.

Manus se vuelve entonces para mirar a Evie exactamente con la misma expresión, mientras el público del estudio mira hacia otro lado, mientras todos se miran mirándose a sí mismos mirándose a sí mismos mirando la sonrisa de amor y satisfacción total que Manus le ofrece a Evie.

Evie le devuelve la sonrisa a Manus con los labios agrandados más allá de su perfil natural, mientras que yo soy una minúscula silueta que centellea en segundo plano. Estoy justo detrás del hombro de Manus, diminuta, sonriendo como una calefacción y arrojando residuos animales al tubo de plexiglás de la fábrica de aperitivos.

Cómo he podido ser tan tonta.

«Vamos a navegar. »

Estupendo.

Debería haberme dado cuenta de lo que había entre Manus y Evie.

Y hoy, un año después de que la historia haya terminado, tumbada en esta cama de hotel, todavía aprieto los puños. Debería haberme dado cuenta, al ver ese ridículo publirreportaje, de que entre Manus y Evie había una relación malsana y atormentada que ellos querían tomar por verdadero amor.

Vale, lo vi. Vale, lo vi cerca de cien veces, pero solo me fijaba en mí. En el nudo de la realidad.

La cámara vuelve a enfocar a la primera chica, la que está en escena, a mí. Y soy hermosísima. En la televisión, demuestro lo limpia que está la fábrica de aperitivos, y

soy hermosísima. Saco las paletas del tubo de plexiglás y lavo con agua los residuos animales triturados. Y, uau, qué guapa soy.

La desmembrada voz en off dice en ese momento que la fábrica de aperitivos emplea productos derivados de la carne, lo que sea —lenguas, corazones, labios o genitales—, los mastica, los condimenta y los convierte en una espada o en un diamante o en un trébol, para que cada cual elija el que más le guste.

Y lloro en esta cama.

A Bubba-Joan le arrancaron la mandíbula.

Tantos miles de kilómetros después, tantas personas diferentes como he sido, y todo sigue siendo igual. ¿Por qué uno se siente imbécil si se ríe a solas, y sin embargo resulta normal que termine llorando? ¿Cómo es posible que no paremos de mutar y al mismo tiempo sigamos siendo el mismo virus mortal?

# 11

Volvamos a cuando salí del hospital, sin trabajo, sin novio y sin casa, y tuve que dormir en casa de Evie, en su casa de verdad, donde ni siquiera a ella le gustaba vivir, porque era un sitio aislado, como metido en un bosque sin nadie alrededor.

Pasemos a mí en la cama de Evie, tumbada boca arriba esa primera noche, sin poder dormir.

El viento agita los visillos de encaje. Los muebles de Evie son de estilo afrancesado y provinciano, llenos de florituras, pintados de blanco y dorado. No hay luna, pero el cielo está repleto de estrellas, y todo —la casa de Evie, los rosales, las cortinas del dormitorio, el dorso de mis manos sobre la colcha—, todo es negro o gris.

La casa de Evie es la típica que compraría una chica de Texas si sus padres le diesen diez millones de dólares a todas horas. Es como si los Cottrell supieran que Evie nunca despegará profesionalmente. Por eso Evie vive allí. No en NuevaYork. No en Milán. Sino en la periferia, en la nada de las modelos profesionales. Esto está muy lejos de lo que significa lucir las colecciones de París. Estar atrapada en medio de la nada es la excusa que Evie necesita; vivir aquí es lo ideal para una chica de huesos grandes que nunca tendrá un gran momento de éxito.

Las puertas están cerradas. El gato está dentro. Miro, y el gato me mira como miran los perros y algunos gatos cuando la gente dice que sonríen.

Esa misma tarde, Evie me llamó por teléfono para suplicarme que saliera del hospital y me instalase en su casa.

La casa de Evie era muy grande: blanca, con las contraventanas verdes, una casa colonial de tres plantas, con grandes columnas en el porche. La hiedra y los rosales trepadores —de rosas amarillas— ascendían hasta cinco metros del suelo por cada una de las columnas. Es fácil imaginarse aquí a Ashley Wilkes cortando el césped, o a Rhett Butler cerrando las ventanas cuando hay tormenta, pero Evie solo cuenta con un servicio de laosianos que reciben un salario mínimo y se niegan a vivir allí.

Pasemos al día anterior, cuando Evie va a buscarme y me saca del hospital. Evie es en realidad Evelyn Cottrell, Inc. En serio. Ahora es una marca registrada. El fracaso favorito de todo el mundo. Los Cottrell hicieron una oferta privada de compra de acciones para su carrera cuando Evie tenía veintiún años, y todos los parientes, con sus tierras en Texas y su dinero del petróleo, invirtieron importantes sumas en el fracaso de Evie como modelo.

Normalmente era muy desagradable ir con Evie a los castings de modelos. Yo siempre conseguía el trabajo, pero el director artístico o el estilista se ponían a gritar

que no, que en su opinión de expertos Evie no daba la talla perfecta. Normalmente algún ayudante del estilista terminaba empujando a Evie para que saliera por la puerta. Evie gritaba por encima del hombro y me preguntaba a gritos cómo les dejaba que la tratasen como a un montón de carne. Yo tenía que marcharme con ella.

—Que les den por el culo —gritaba Evie llegado este punto—. Que les den por el culo a todos.

Yo no me enfado. Voy enfundada en un increíble corsé de cuero de Poopie Cadole y pantalones de cuero de Chrome Hearts. La vida era fantástica por aquel entonces. Trabajaba tres horas al día, como mucho cuatro o cinco.

En la puerta del estudio de fotografía, antes de que la expulsen del rodaje, Evie empuja al ayudante del estilista contra el marco, y el pobrecillo se queda arrugado a los pies de Evie. Y entonces Evie grita:

—Podéis chuparme todos la mierda de mi precioso culo texano.

Luego se mete en su Ferrari y espera allí tres o cuatro o cinco horas, para llevarme a casa.

Evie, esa Evie, era mi mejor amiga en el mundo entero. En momentos así, Evie era divertida y extravagante, casi parecía tener una vida propia.

Vale, el caso es que no me enteré de lo de Evie y Manus y de su absoluto y total amor y satisfacción. Por lo tanto, matadme.

Pasemos a antes de eso, cuando Evie me llama por teléfono al hospital y me suplica, por favor, que pida el alta y me vaya a vivir con ella, por favor, que se siente muy sola.

Mi seguro de vida tenía una cobertura de dos millones de dólares, y ha ido menguando a medida que pasaba el verano. Ningún asistente social tuvo agallas para trasladarme a Dios sabe dónde.

Suplicándome por teléfono, Evie me dice que ha reservado unos billetes de avión. Que se va a Cancún para hacer un catálogo, y me ruega, por favor, que cuide de la casa en su ausencia.

Cuando viene a recogerme, escribo en mi cuaderno:

¿ese top es mío?, lo estás dando de sí.

—Lo único que tienes que hacer es darle de comer al gato —dice Evie.

no me gusta vivir sola tan lejos de la ciudad, escribo. no sé cómo puedes vivir allí.

Evie dice:

—No estás sola si guardas una escopeta debajo de la cama.

Yo escribo:

conozco a chicas que decían lo mismo de sus consoladores.

Y Evie dice:

—¡Qué bestia! Yo no hago esas cosas con mi escopeta.

Así que pasemos a cuando Evie se marcha a Cancún y yo voy a mirar debajo de su cama, donde guarda la escopeta del calibre treinta y ocho. En los armarios encuentro lo que queda de mi ropa, deformada y torturada hasta morir, colgada de perchas de alambre, muerta.

Pasemos a mí en la cama de Evie esa noche. Es medianoche. El viento agita los visillos de encaje, y el gato se sube de un salto al alféizar de la ventana para ver quién acaba de subir por el paseo de gravilla. De espaldas a las estrellas, el gato me mira. Abajo se oye cómo se rompe el cristal de una ventana.

# 12

Volvamos a las últimas Navidades antes de mi accidente, cuando voy a casa para abrir los regalos con mis padres. Mis padres ponen todos los años el mismo árbol de Navidad artificial, de un verde áspero, que huele a plástico caliente y produce un ligero dolor de cabeza cuando las luces llevan demasiado tiempo encendidas. El árbol es todo magia y brillo, repleto de adornos de cristal rojos y dorados, con esas cintas de plástico plateado cargadas de electricidad estática que la gente llama carámbanos. En la copa del árbol veo el mismo ángel raído con cara de muñeca de goma. Sobre la chimenea veo el mismo cabello de ángel de fibra de vidrio que se te mete en la piel y te produce sarpullido si te atreves a tocarlo. En el estéreo suena el mismo disco navideño de Perry Como. Eso era cuando yo todavía tenía cara, y podía cantar villancicos.

Mi hermano Shane sigue muerto, y no aspiro a que me hagan mucho caso, solo a pasar unas Navidades tranquilas. Para entonces, Manus, mi novio, empezaba a decir cosas raras, que había perdido su trabajo en la policía y que yo necesitaba unos días de descanso. Mi padre, mi madre y yo habíamos acordado no comprar grandes regalos ese año. Solo cosas pequeñas, dicen mis padres, un detalle.

Perry Como está cantando «Esto empieza a parecerse mucho a la Navidad».

Los calcetines de fieltro rojo que mi madre ha cosido para todos, para Shane y para mí, cuelgan de la chimenea, con nuestros nombres escritos con letras de fieltro blanco. Están cargados de regalos. Es la mañana de Navidad y todos estamos sentados alrededor del árbol; mi padre se dispone a cortar las cintas con una navaja. Mi madre lleva una bolsa de la compra de papel marrón y dice:

—Antes de que lo desperdiguemos todo, meted aquí el papel de regalo.

Mi padre y mi madre se sientan en sus mecedoras. Yo me siento en el suelo, delante de la chimenea, junto a los calcetines. La escena siempre se repite. Ellos sentados con su café, inclinados sobre mí, atentos a mi reacción. Yo, sentada en el suelo como los indios. Todos en pijama y albornoz.

Perry Como está cantando «Volveré a casa por Navidad».

Lo primero que saco del calcetín es un koala de peluche, muy pequeño, de los que se agarran al lápiz con las manos y los pies. Eso es lo que mis padres piensan que soy. Mi madre me pasa una taza de chocolate caliente con caramelos flotando. Y yo le doy las gracias. Saco una caja que hay debajo del koala.

Mis padres no hacen nada, se inclinan sobre sus tazas de café y me observan.

Perry Como canta «Venid, todos los fieles».

La caja contiene condones.

Sentado junto a nuestro centelleante y mágico árbol de Navidad, mi padre dice:

—No sabemos cuántas parejas tienes al cabo del año, pero no queremos que

corras riesgos.

Me guardo los condones en el bolsillo del albornoz y observo cómo se derriten los caramelos en el chocolate. Les doy las gracias.

—Son de látex —dice mi madre—. Hay que usarlos con un lubricante al agua. Eso si a tu edad necesitas un lubricante. No se puede usar gelatina de petróleo ni mantequilla, ni ningún tipo de loción. No te hemos comprado los que se hacen con tripas de cordero porque tienen poros que pueden permitir la transmisión del sida.

Dentro de mi calcetín hay otra cajita. Son más condones. La marca de la caja dice «Nude». Parece redundante. Junto a la marca, pone: «Insípido e inodoro».

Podría contároslo todo sobre la insipidez.

—Según un estudio, una encuesta telefónica realizada entre los homosexuales de las zonas urbanas con alta incidencia de sida, el treinta y cinco por ciento de los infectados se sienten incómodos a la hora de comprar sus propios condones —dice mi padre.

¿Y es mejor que te los traiga Santa Claus?

—Lo entiendo —digo.

—No es solo por el sida —dice mi madre—. También por la gonorrea. Y la sífilis. Y el virus del papiloma humano. Y el herpes genital. Sabes que hay que ponerse el condón en cuanto el pene está erecto, ¿verdad? —Y añade—: He pagado una fortuna por unos plátanos, fuera de temporada, para que practiques en caso necesario.

Es una trampa. Si digo «Ah, sí, me paso la vida poniendo condones en penes erectos», mi padre dirá que soy una guarra. Pero si digo que no, nos pasaremos el día de Navidad practicando.

Mi padre dice:

—Hay muchas más enfermedades que el sida. El herpes simple de tipo dos, que produce dolorosas ampollas que te estallan en los genitales. —Y mira a mi madre.

—Dolores corporales —dice ella.

—Sí, produce dolor corporal —dice mi padre— y fiebre. Te produce supuración vaginal. Y duele al orinar. —Mira a mi madre.

Perry Como está cantando «Santa Claus llega a la ciudad».

Debajo de la siguiente caja de condones hay otra caja de condones. Tres cajas deberían durarme hasta la menopausia.

Pasemos a cuánto me gustaría en este momento que mi hermano estuviera vivo, para poder matarlo por estropearme las Navidades. Perry Como está cantando «Arriba en el desván».

—Y está también la hepatitis B —dice mi madre, preguntándole acto seguido a mi padre—: ¿Cuáles eran las otras?

—La clamidia —dice mi padre—. Y el linfogranuloma.

—Sí —corrobora mi madre—, y la cervicitis purulenta y la uretritis no

gonocócica.

Mi padre mira a mi madre y dice:

—Pero eso normalmente se produce por alergia al condón de látex o al espermicida.

Mi madre bebe un poco de café. Se mira las manos, colocadas alrededor de la taza, y luego me mira a mí.

—Lo que tu padre intenta decir —dice— es que ahora nos damos cuenta de los errores que cometimos con tu hermano. Y queremos que tú no corras riesgos.

Hay una cuarta caja de condones en mi calcetín. Perry Como está cantando «Sucedió una noche de luna». En la caja dice: «Seguros y resistentes incluso en caso de penetración anal prolongada».

—Y está también el granuloma inguinal —le dice mi padre a mi madre—, y la vaginitis bacteriana. —Abre una mano y cuenta los dedos, los vuelve a contar y añade—: Y el *molluscum contagiosum*.

Algunos condones son blancos. Otros son de colores. Los hay estriados, como cuchillos de cortar el pan. Los hay extragrandes. Algunos brillan en la oscuridad. Todo esto resulta halagador, aunque también escalofriante. Mis padres deben de pensar que tengo un éxito rotundo.

Perry Como está cantando «Ven, ven, Emmanuel».

—No queremos alarmarte —dice mi madre—, pero eres joven. No podemos esperar que te quedes en casa todas las noches.

—Y si alguna vez no puedes dormir —dice mi padre—, podría ser que tienes parásitos intestinales.

Mi madre dice:

—No queremos que te pase lo mismo que a tu hermano; eso es todo.

Mi hermano está muerto, pero sigue teniendo un calcetín lleno de regalos, y podéis estar seguros de que no son condones. Está muerto, pero seguro que en este momento se está partiendo de risa.

—Lo que pasa con las lombrices intestinales —dice mi padre— es que las hembras descienden por el colon hasta la zona del perineo para poner allí sus huevos durante la noche. Si sospechas que puedes tener lombrices, lo mejor es sellarse el recto con cinta adhesiva y luego mirarla con una lupa. Las lombrices miden unos ocho milímetros.

Mi madre dice:

—Cállate, Bob.

Mi padre se inclina hacia mí y dice:

—El diez por ciento de los hombres de este país pueden contagiarte este tipo de parásitos. Tenlo en cuenta.

Casi todo lo que hay en mi calcetín son condones. En cajas, en pequeñas fundas

de pan de oro, en tiras largas de cien con perforaciones, para poder separarlos. Los otros regalos son un silbato antivioladores y un aerosol de defensa personal, en tamaño de bolsillo. Podría parecer que estoy preparada para lo peor, pero no me atrevo a preguntar si hay más. Podría haber un vibrador para que me quede soltera y en casa todas las noches. Podría haber protectores dentales, en caso de cunnilingus. Plástico de envolver. Guantes de goma.

Perry Como está cantando «Locos por la Navidad».

Miro el calcetín de Shane, repleto de regalos, y pregunto:

—¿Habéis comprado regalos para Shane?

Si son condones, llegan demasiado tarde.

Mi madre y mi padre intercambian una mirada. Mi padre le dice a mi madre:

—Díselo tú.

—Esos son los regalos que te hace tu hermano. Míralos.

Me siento desconcertada a más no poder.

Dame claridad. Dame razones. Dame respuestas.

Flash.

Me incorporo para descolgar el calcetín de Shane de la chimenea; está lleno de papel de seda arrugado.

—Sigue buscando —dice mi padre.

Junto al papel de seda hay un sobre cerrado.

—Ábrelo —dice mi madre.

Dentro del sobre hay una tarjetita que dice «Gracias».

—En realidad, es un regalo para nuestros dos hijos —dice mi padre.

No doy crédito a lo que estoy leyendo.

—En lugar de comprarte un buen regalo —dice mi madre—, hemos hecho un donativo en tu nombre a la Fundación Mundial para la Investigación sobre el Sida.

Dentro del calcetín hay otra tarjeta; la saco.

—Ese es el regalo que te hace Shane —dice mi padre.

Esto ya es demasiado.

Perry Como está cantando «He visto a mamá besando a Santa Claus».

Digo:

—Mi querido hermano es muy considerado. No debería haberse molestado. De verdad que no debería haberse tomado tantas molestias. Debería dejar de negar la realidad y aceptar que está muerto. A lo mejor reencarnarse. Eso de pretender que aún está vivo no puede ser sano.

Echo pestes por dentro. Lo que de verdad esperaba este año era un bolso de Prada. No fue culpa mía que a Shane le explotase un aerosol en la cara. Bum, y que entrase en casa tambaleándose, con la frente negra y azul. Durante el largo viaje hasta el hospital, con un ojo completamente cerrado y la cara cada vez más hinchada, con

todas las venas rotas y sangrando por debajo de la piel, Shane no dijo ni una palabra.

No fue culpa mía que los asistentes sociales del hospital echasen un vistazo a la cara de Shane y se plantasen delante de mi padre. Con la sospecha de malos tratos. De negligencia criminal. De intervención familiar. Nada de eso fue culpa mía. Las declaraciones de la policía. Un asistente social estuvo entrevistando a nuestros vecinos, a los compañeros del colegio, a los profesores, hasta que todo el mundo empezó a tratarme como, «Pobrecita, qué valiente».

Esta mañana de Navidad, con todos estos regalos, necesito un pene para disfrutar. Nadie se entera de nada.

Cuando al fin concluyeron las investigaciones de la policía, sin que fuera posible demostrar nada, nuestra familia ya estaba destrozada. Y todo el mundo sigue pensando que fui yo quien tiró el aerosol. Y como fui yo la que lo empezó todo, todo fue culpa mía. La explosión. La policía. La huida de Shane. Su muerte.

Y no fue culpa mía.

—La verdad —digo—, si Shane quería hacerme un regalo, habría regresado de entre los muertos y me habría comprado toda la ropa que me debe. Eso me habría hecho pasar unas Navidades felices. Y habría podido darle las gracias.

Silencio.

Mientras pesco el segundo sobre, mi madre dice:

—Te hemos «registrado» oficialmente.

—En nombre de tu hermano —dice mi padre—, te hemos hecho miembro del PAGL.

—¿Cómo? —pregunto.

—Padres y Amigos de Gays y Lesbianas —dice mi madre.

Perry Como está cantando «Nada como estar en casa en Navidad».

Silencio.

Mi madre se levanta de la silla y dice:

—Voy corriendo por los plátanos. Para quedarnos tranquilos, tu padre y yo queremos ver que pruebas nuestros regalos.

# 13

Pasemos a esa noche en casa de Evie, cuando Seth Thomas intenta matarme.

Ahora que no tengo mandíbula, mi garganta termina en una especie de agujero, con la lengua colgando. Alrededor del agujero, el tejido es pura cicatriz: bultos de color rojo oscuro y brillantes, como cuando te comes la tarta de cereza en un concurso de comer tartas. Si dejo colgar la lengua, se me ve el paladar, rosado y liso como el interior del caparazón de un cangrejo, y del paladar cuelgan las vértebras blancas en forma de herradura de los dientes que me quedan arriba. Hay momentos para llevar velo y momentos para no llevarlo. Aparte de eso, me quedo de piedra cuando veo a Seth Thomas irrumpiendo en la enorme casa de Evie a medianoche.

Lo que ve Seth al bajar por la gran escalera de caracol que hay en el vestíbulo es a mí con una bata de Evie, de seda y encaje, de color rosa-melocotón. La bata de Evie es el número Zsa Zsa retro color rosa-melocotón que me oculta como un celofán oculta un pavo congelado. En los puños y en la pechera de la bata hay una neblina como de ozono rosa-melocotón de plumas de avestruz a juego con las chinelas de tacón que llevo puestas.

Seth está congelado al pie de la escalera de Evie y lleva en la mano el mejor cuchillo de cocina de Evie, de quince centímetros. Lleva en la cabeza unas medias de Evie con compresa de control. La compresa de algodón cruza la cara de Seth. Las piernas de las medias cuelgan como las orejas de un cocker spaniel sobre el pecho de su ropa militar de faena.

Y yo soy una visión. Bajando peldaño a peldaño hacia la punta del cuchillo, con el lento paso-pausa-paso de una corista en un espectáculo de Las Vegas.

Soy así de magnífica. Mobiliario sexual.

Seth está de pie, mirando hacia arriba, pasando miedo por primera vez en su vida, porque llevo en la mano la escopeta de Evie. La culata está apoyada en mi hombro y sostengo el cañón con las dos manos, apuntando. El punto de mira está justo en el centro de la compresa de Evie Cottrell.

Estamos solos, Seth y yo, en el vestíbulo de Evie, con sus ventanas de cristal biselado rotas junto a la puerta principal y una araña de cristal austríaco que centellea como un traje cubierto de joyas y excesivo para andar por casa. El único detalle adicional es un escritorio de estilo francés provenzal, blanco y dorado.

Sobre el pequeño escritorio francés hay un teléfono *très oh-la-la*, con el auricular grande como un saxofón dorado y apoyado en un soporte dorado sobre una caja de marfil. En el centro de la esfera hay un camafeo. Seguro que a Evie le parece muy chic.

Seth dice, blandiendo el cuchillo:

—No voy a hacerte daño.

Yo sigo bajando las escaleras paso-pausa-paso.

Seth dice:

—Vamos a intentar que no muera nadie.

Y todo me resulta *déjà vu*.

Exactamente así es como Manus Kelley me preguntaría si había alcanzado el orgasmo. No por las palabras, sino por el tono de voz.

A través de la compresa de Evie, Seth dice:

—Solo quería acostarme con Evie.

Completamente *déjà vu*.

«Vamos a navegar. » Exactamente la misma voz.

Seth deja caer el cuchillo y la punta se clava como una estaca justo al lado de sus botas de combate, en el parquet del vestíbulo de Evie.

Seth dice:

—Evie miente si dice que fui yo quien te disparó.

En el escritorio, junto al teléfono, hay un taco de papel de notas y un lápiz, para anotar los recados.

Seth dice:

—En cuanto supe que estabas en el hospital, me di cuenta de que todo había sido obra de Evie.

Balanceando la escopeta con una mano, escribo en el papel de notas:

quítate las medias.

—No puedes matarme —dice Seth, tirando de la cintura de las medias—. Yo soy la razón por la que Evie te disparó.

Recorro paso-pausa-paso los últimos cinco metros hasta Seth y engancho la punta del cañón de la escopeta en la cinturilla de las medias para arrancárselas a Seth de la cara cuadrada. A Seth Thomas, el que sería Alfa Romeo en Vancouver, en la Columbia Británica. A Alfa Romeo, que antes fue Nash Rambler y antes Bergdorf Goodman, y antes Neiman Marcus, y antes Saks Fifth Avenue, y antes Christian Dior.

A Seth Thomas, que mucho antes se llamaba Manus Kelley y era mi prometido cuando rodamos el publirreportaje. No podía contaros esto antes, porque quería que sintierais cuán revelador resultó este descubrimiento. En mi corazón. Mi prometido quería matarme. Aunque sea un capullo de mucho cuidado, yo lo amaba. Sigo amando a Seth. Un cuchillo, era como un cuchillo, y descubrí que, a pesar de todo lo ocurrido, yo seguía teniendo un potencial infinito para que me hicieran daño.

Fue esa noche cuando enfilamos la carretera juntos y Manus Kelley se convirtió en Seth Thomas. Entre un lugar y otro, en Santa Bárbara y San Francisco, en Los Ángeles y Reno, en Boise y en Salt Lake City, Manus fue otros hombres. Entre aquella noche y esta noche, ahora que estoy en la cama y sigo enamorada de él, Seth ha sido Lance Corporal y Chase Manhattan. Ha sido Dow Corning y Herald Tribune

y Morris Code.

Todo por cortesía del Proyecto de Reencarnación de Brandy Alexander, como ella lo llama.

Distintos nombres, pero todos aquellos hombres empezaron siendo Manusquierematarme.

Distintos hombres, pero siempre ese atractivo tan especial del policía antivicio. Los mismos ojazos azules. No dispares. Vamos a navegar. La misma voz. Distintos cortes de pelo, pero siempre la misma mata de pelo de perro sexy.

Seth Thomas es Manus. Manus me la pegó con Evie, pero yo sigo amándolo tanto que le echaré en la comida todos los estrógenos que encuentre. Tanto que haré cualquier cosa para destruirlo.

¿Pensáis que ahora soy más lista por tener. . . qué? Mil seiscientos créditos universitarios. Debería ser más lista. Podría ser médico.

Lo siento, mamá. Lo siento, Dios.

Pasemos a cuando yo me siento completamente imbécil, intentando ponerme en la oreja uno de los teléfonos de Evie, como saxofones dorados. Brandy Alexander, la inoportuna reina, no figura en la guía telefónica. Lo único que sé de ella es que vive en el hotel Congress, en una suite, con tres compañeras de habitación.

Kitty Litter.

Sofonda Peters.

Y la vivaz Vivienne VaVane.

Alias las hermanas Rhea, tres travestis que adoran a la reina deluxe, pero que se matarían las unas a las otras por más espacio en el armario. La reina Brandy me lo ha contado.

Debería llamar a Brandy, pero llamo a mis padres. Lo que ha pasado es que he encerrado a mi prometido asesino en el armario, y cuando lo abro para meterlo allí veo más de mis preciosas ropas, pero todas agrandadas por lo menos tres tallas. Esa ropa era hasta el último centavo que había ganado. El caso es que tengo que llamar a alguien.

Por muchas razones, de ninguna manera puedo volver a la cama. Por eso llamo por teléfono, y la llamada cruza montañas y desiertos, hasta que mi padre responde, y, con mi mejor voz de ventrílocuo, evitando las consonantes para las cuales es imprescindible tener mandíbula digo:

—*Gflerb sorlfd qortk, erd sairk. Srd. Erd. ¿Korts derk sairk? ¡Kirdo*!

El teléfono ya no es mi amigo.

Y mi padre dice:

—Por favor, no cuelgue. Espere, que llamo a mi mujer.

Alejado del teléfono, le oigo decir:

—Leslie, despierta. Al final estamos recibiendo amenazas telefónicas.

Y oigo a lo lejos la voz de mi madre, diciendo:

—No hables con ellos. Diles que queríamos y respetábamos a nuestro hijo muerto, que era homosexual.

Aquí es medianoche. Seguramente estaban durmiendo.

—*Lot. Ordilij* —digo—. *Serta ish ka alt. ¡Serta ish ka alt*!

—Venga —dice mi padre, mientras su voz se aleja—. Leslie, dales lo que pidan.

El teléfono dorado, como un saxofón, es pesado y teatral, una pieza de atrezo, como si esta llamada necesitase aún más dramatismo. Seth grita desde el interior del armario:

—Por favor. No llames a la policía hasta que hables con Evie.

Alguien al otro lado del teléfono dice «¿Hola?». Es mi madre.

—El mundo es lo suficientemente grande para amarnos los unos a los otros —dice—. En el corazón de Dios hay espacio para todos sus hijos. Gays, lesbianas, bisexuales y transexuales. Practicar el sexo anal no significa que no haya amor.

Y añade:

—Percibo mucho dolor en ti. Quiero ayudarte a salir del apuro.

Y Seth grita:

—No pensaba matarte. He venido para consolar a Evie por lo que te hizo. Solo intentaba protegerme.

Al otro lado del teléfono, a dos horas en coche de aquí, se oye tirar de la cadena, y luego la voz de mi padre:

—¿Sigues hablando con esos lunáticos?

Y mi madre:

—Es muy emocionante. Uno de ellos dice que va a matarnos.

Y Seth grita:

—Tuvo que ser Evie quien te disparó.

Luego se pone al teléfono mi padre, gritando tanto que tengo que apartarme el auricular de la oreja, y dice:

—Sois vosotros quienes deberíais estar muertos. Vosotros matasteis a mi hijo, malditos pervertidos.

Y Seth grita:

—Entre Evie y yo solo había sexo.

Podría no estar en la habitación, o pasarle el teléfono a Seth.

Seth dice:

—No pienses ni por un momento que iba a apuñalarte mientras dormías.

Y mi padre grita, a través del teléfono:

—Atrévete, señorito. Tengo un arma cargada, y la llevo encima día y noche. Estamos dispuestos a permitir que nos tortures. Estamos orgullosos de tener un hijo

homosexual que ha muerto.

Y Seth grita:

—Por favor, cuelga el teléfono.

Y yo digo:

—¡*Aht! ¡Oahk*!

Pero mi padre cuelga.

El inventario de personas que pueden salvarme se reduce a mí misma. Ni mi mejor amiga. Ni mi ex novio. Ni los médicos, ni las monjas. Tal vez la policía, pero de momento tampoco. No es hora de convertir todo este embrollo en un proceso legal y continuar con esta vida que es menos que vida. Espantosa e invisible para siempre, recogiendo pedazos.

La situación sigue estando muy complicada y en el aire, pero aún no estoy preparada para afrontarla. Mi espacio de comodidad crecía por momentos. El umbral de mi dramatismo estallaba en pedazos. Era el momento de apretar. Me sentía capaz de cualquier cosa, y eso que solo estaba empezando.

Tenía una escopeta cargada, y tenía a mi primer rehén.

# 14

Volvamos a la última vez que estuve en casa para ver a mis padres. Fue mi último cumpleaños antes del accidente. Y como Shane seguía muerto, yo no esperaba ningún regalo. No esperaba una tarta. Esta vez voy a casa solo para verlos. Eso era cuando aún tenía boca y no me intimidaba la idea de soplar las velas.

La casa, el sofá marrón de la sala de estar y las mecedoras, todo está igual que siempre, con la única diferencia de que mi padre ha puesto grandes X de cinta adhesiva en el interior de todas las ventanas. El coche de mamá no está en la entrada, donde suelen aparcarlo. Está en el garaje. En la puerta principal hay un cerrojo muy grande, que no recuerdo haber visto antes. En la verja de la entrada hay un letrero que dice «Cuidado con el perro» y otro más pequeño de la empresa de seguridad.

Cuando llego a casa, mamá me saluda rápidamente, me hace pasar y dice:

—No te acerques a las ventanas, Bola. El índice de criminalidad ha ascendido un sesenta y siete por ciento desde el año pasado. Cuando se haga de noche, no dejes que tu sombra se perfile en las persianas y se vea desde fuera.

Prepara la cena a la luz de una linterna. Cuando abro el horno o el frigorífico, a mi madre le asalta el pánico, me aparta a un lado de un empujón y cierra de inmediato lo que he abierto.

—Es por la luz —dice—. La violencia antigay ha subido un cien por cien en los últimos cinco años.

Mi padre vuelve a casa y aparca el coche a una manzana de distancia. Sus llaves arañan la cerradura nueva mientras mamá se queda paralizada en la puerta de la cocina, impidiéndome salir. Las llaves dejan de hacer ruido, y mi padre llama; tres golpes rápidos, luego dos lentos.

—Es él —dice mamá—, pero hay que mirar por la mirilla de todos modos.

Mi padre entra, mirando hacia atrás por encima del hombro, la calle vacía, observando. Pasa un coche, y dice:

—Romeo Tango Foxtrot seis siete cuatro. Rápido, anótalo.

Mi madre lo escribe en el taco de notas que hay junto al teléfono.

—¿Color? ¿Modelo? —pregunta.

—Azul mercurio —dice mi padre.

Mamá dice:

—Ya está apuntado.

Yo digo que a lo mejor están exagerando.

Y mi padre dice:

—No subestimes la situación.

Pasemos al gran error que fue ir a casa. Pasemos a lo que Shane pensaría de esto, de lo raros que están nuestros padres. Mi padre apaga la lámpara que yo he encendido

en la sala de estar. Las cortinas del ventanal están cerradas y sujetas en el centro. Ellos reconocen todos los muebles en la oscuridad, pero yo tropiezo con todas las sillas y las esquinas de las mesas. Tiro al suelo un platito de caramelos, lo rompo, y mi madre grita y se tira sobre el suelo de linóleo de la cocina.

Mi padre sale de su escondite, detrás del sofá, y dice:

—Tienes que disculpar a tu madre. Esperamos un atentado en cualquier momento.

Mamá grita desde la cocina:

—¿Ha sido una piedra? ¿Hay fuego?

Y mi padre responde a voces:

—No aprietes el botón del pánico, Leslie. Otra falsa alarma y tendremos que empezar a pagarles.

Ahora sé por qué colocan un faro en algunos tipos de aspiradoras. Primero recojo los trozos de cristal en la oscuridad. Luego le pregunto a mi padre dónde hay vendas. Estoy inmóvil, con la mano cortada en alto, y espero. Mi padre sale de la oscuridad con alcohol y vendas.

—Todos los miembros del PAGL estamos en guerra.

El PAGL. Padres y Amigos de Gays y Lesbianas. Lo sé. Lo sé. Lo sé. Gracias, Shane.

—No deberíais estar en el PAGL. Vuestro hijo gay está muerto, y ya no cuenta para nada. —Mis palabras son hirientes, pero lo cierto es que estoy sangrando. Añado —: Lo siento.

Las vendas están muy tensas. Huelo el alcohol en la oscuridad, y mi padre dice:

—Los Wilson pusieron un cartel del PAGL en el jardín. Dos noches más tarde, alguien se metió con el coche en el césped y lo destrozó todo.

Mis padres no tienen carteles del PAGL.

—Hemos quitado los carteles —dice mi padre—. Tu madre tiene una pegatina del PAGL en el coche, por eso lo guardamos en el garaje. El orgullo por tu hermano nos ha colocado en primera línea de fuego.

Desde la oscuridad, mi madre dice:

—No te olvides de los Bradford. Prendieron fuego a una bolsa llena de heces de perro en la puerta de su casa. Podría haber ardido la casa entera mientras dormían; y todo porque tenían una veleta del PAGL en forma de calcetín en el jardín de atrás. Ni siquiera en el delantero, sino en el de atrás.

—Estamos rodeados de odio, Bola. ¿Lo sabías? —dice mi padre.

—Vamos, soldados. Es la hora del rancho —anuncia mi madre.

La cena es un guiso del libro de recetas del PAGL. Está buena, pero solo Dios sabe a qué se parece. Dos veces tiro el vaso en la oscuridad. Me echo la sal por encima. Cada vez que abro la boca, mis padres me ordenan callar. Mi madre

pregunta:

—¿Habéis oído algo? ¿Venía de fuera?

Con un susurro, pregunto si recuerdan qué día es mañana. Solo para asegurarme de que se acuerdan, con tanta tensión. No porque espere una tarta con velas y un regalo.

—Mañana. Claro que lo sabemos. Por eso estamos tan nerviosos —dice mi padre.

—Queríamos hablarte de mañana —dice mi madre—. Sabemos que sigues estando muy enfadada con tu hermano, y hemos pensado que te sentaría bien participar con nuestro grupo en el desfile.

Pasemos a la nueva y extraña decepción que se perfila en el horizonte.

Pasemos a mí, desmoronada por la gran compensación de mis padres, por su penitencia de tantos años, mientras mi padre grita:

—No sabemos qué cochinas enfermedades estás trayendo a esta casa, señorito. De modo que más vale que vayas buscando un sitio donde dormir esta noche.

A esto lo llamaban amor duro.

Esta es la misma mesa donde mamá le dijo a Shane:

—Ha llamado el doctor Peterson.

Y a mí me dijo:

—¿Por qué no te vas a tu habitación y lees un rato, jovencita?

Podría haberme ido a la luna y habría oído los gritos igualmente.

Shane y mis padres estaban en el comedor. Yo estaba detrás de la puerta de mi dormitorio. Mi ropa, la mayor parte de mi ropa de ir al colegio, estaba tendida en el patio. Mi padre decía:

—No es faringitis lo que tienes, y nos gustaría saber dónde has estado y qué has hecho.

—Aceptaríamos que se tratara de drogas —dice mi madre.

Shane no dice ni una palabra. Aún tiene la cara brillante y repleta de cicatrices.

—Aceptaríamos que hubieras dejado embarazada a una chica.

Ni una palabra.

—Según el doctor Peterson, solo hay un modo de contraer la enfermedad que tú tienes. Pero yo le dije que no era posible, que nuestro hijo no, que tú no, Shane.

Mi padre dice:

—Hemos llamado al entrenador Ludlow, y nos ha dicho que dejaste el baloncesto hace dos meses.

—Mañana tienes que ir al centro de salud —dice mi madre.

—No te queremos en casa esta noche —dice mi padre.

Nuestro padre.

Estas mismas personas son buenas, amables, compasivas y comprometidas, y buscan su identidad y su realización en la lucha por la igualdad y la dignidad

personal, por la igualdad de derechos para su hijo muerto. Estas mismas personas son las que oigo gritar a través de la puerta de mi dormitorio.

—No sabemos qué cochinas enfermedades estás trayendo a esta casa, señorito. De modo que más vale que vayas buscando un sitio donde dormir esta noche.

Recuerdo que me entraron ganas de salir, recoger mi ropa, plancharla, doblarla y guardarla.

Dame un poco de sensación de control.

Flash.

Recuerdo que la puerta principal se abrió y se cerró, sin portazos. Con la luz de mi habitación, lo único que veía era mi reflejo en la ventana. Cuando apagué la luz vi a Shane, quieto al otro lado de la ventana, mirándome. Su cara despedazada y deformada, como un monstruo de película, negra y endurecida por el estallido del aerosol.

Dame terror.

Flash.

Que yo supiera, Shane no fumaba. Pero encendió un cigarrillo y se lo llevó a la boca. Tocó con los nudillos en la ventana.

—Eh, déjame entrar —dijo.

Dame rechazo.

—Eh, hace frío.

Dame ignorancia.

Encendí la luz, para ver solo mi reflejo en la ventana. Luego cerré las cortinas. No volví a ver a Shane nunca más.

Esta noche, con las luces apagadas, con las cortinas echadas y la puerta principal cerrada con llave, con Shane desaparecido, pero con su fantasma aún presente, pregunto.

—¿Qué desfile?

Mi madre dice:

—El desfile del Orgullo Gay.

Mi padre dice:

—Desfilamos con los del PAGL.

Y quieren que vaya con ellos. Quieren que me siente allí, a oscuras, y finja que nos protegemos del mundo exterior. Un extraño lleno de odio nos acecha en la noche. Alguna enfermedad venérea desconocida y mortal. Les gustaría pensar que quien les aterroriza es un homófobo fanático. No tienen la culpa de nada. Les gustaría pensar que tengo algo que compensar.

Yo no tiré el envase de laca. Lo único que hice fue apagar la luz del dormitorio. Los coches de bomberos se acercaban. Vi un resplandor anaranjado a través de las cortinas, y cuando salí de la cama para ver qué pasaba, vi que mi ropa estaba

ardiendo. Tendida y seca en la cuerda. Vestidos, faldas, pantalones y blusas; todos en llamas y arrastrados por el viento. Todo lo que amaba se esfumó en cuestión de segundos.

Flash.

Saltemos unos cuantos años hacia delante, cuando ya soy adulta y me voy de casa. Dame un nuevo comienzo.

Pasemos a una noche, cuando alguien llama desde una cabina telefónica y les pregunta a mis padres si son los padres de Shane McFarland. Mis padres dicen que tal vez. El que llama no dice dónde, pero dice que Shane ha muerto.

Otra voz, junto al que habla, dice: «Cuéntales todo lo demás».

Otra voz, junto al que habla, dice: «Diles que la señorita Shane odiaba sus odiosas entrañas y que sus últimas palabras fueron: “Esto aún no ha terminado, no basta con un disparo”». Y alguien se echa a reír.

Pasemos a nosotros tres aquí, solos, cenando.

Mi padre dice:

—Entonces, ¿desfilarás con tu madre y conmigo, cielo?

Mi madre dice:

—Es muy importante para los derechos de los homosexuales.

Dame coraje.

Flash.

Dame tolerancia.

Flash.

Dame sabiduría.

Flash.

Pasemos a la verdad. Y yo digo:

—No.

# 15

Pasemos a eso de la una de la madrugada en la enorme y silenciosa casa de Evie, cuando Manus deja de gritar y al fin puedo pensar.

Evie está en Cancún, probablemente a la espera de que la policía llame para decirle que su compañera de piso, el monstruo sin mandíbula, ha matado de un tiro a su amante secreto cuando este entró en la casa con un cuchillo de cocina.

Es de suponer que Evie está completamente despierta en este momento. En la habitación de cualquier hotel mexicano, pensando si la diferencia horaria entre su casa, donde me matan a puñaladas, y Cancún, donde se supone que ella está rodando, es de tres o cuatro horas. No puede decirse que Evie haya entrado en la categoría de los grandes cerebros. Nadie rueda en Cancún en plena temporada, y mucho menos con chicas vaqueras de huesos grandes, como Evie Cottrell.

Pero el hecho de que yo haya muerto abre todo un mundo de posibilidades.

Soy un ser invisible, sentado en un sofá de damasco blanco, frente a otro sofá blanco, y en el centro hay una mesa que parece un bloque de malaquita de los de la clase de geología.

Evie se ha acostado con mi prometido, y yo no puedo hacer nada.

En el cine, cuando alguien de repente se vuelve invisible —por la radiación nuclear o por la receta de un científico chiflado—, uno se pregunta: ¿Qué haría yo si fuera invisible. . . ? Por ejemplo, meterse en los vestuarios de los chicos en el gimnasio Gold's, o mejor aún en el Oakland Raiders'. Cosas así. Investigar. Ir a Tiffany's y robar diademas de diamantes.

Precisamente por ser tan tonto, Manus podría haberme apuñalado esta noche, creyendo que yo era Evie, creyendo que Evie me había disparado, mientras yo dormía en la oscuridad, en su cama.

Mi padre le contaría a todo el mundo en mi funeral que estaba a punto de volver a la universidad para terminar mis estudios de fisioterapeuta y que luego estudiaría medicina. Papá, papá, papá, papá, papaíto. No fui capaz de enfrentarme al feto del cerdo en biología. Y ahora soy el cadáver.

Evie estaría junto a mi madre, junto al féretro abierto. Se tambalearía, apoyándose en Manus. Y seguro que encontraría en la funeraria algo grotesco para amortajarme. Evie abraza a mi madre y Manus no es capaz de alejarse rápidamente del féretro abierto, y yo estoy allí, tendida en esa caja de terciopelo azul, como el interior de un Lincoln Town. Sin duda alguna, gracias, Evie. Llevo un quimono de concubina, de seda china amarilla, abierto hasta la cintura, con medias negras de red y dragones rojos bordados en la región pélvica y en el pecho.

Y zapatos de tacón rojos. Y no tengo mandíbula.

Desde luego, Evie le dice a mi madre:

—Le encantaba este vestido. Este quimono era su favorito. —La sensible Evie diría—: Supongo que a usted le sorprende.

Me gustaría matarla.

Pagaría para que le mordieran las serpientes.

Evie llevaría su traje de cóctel negro y corto, con una falda de seda asimétrica y un top sin tirantes de Rei Kawakubo. Los hombros y las mangas serían de chiffon negro. Ya sabéis que Evie tiene joyas, grandes esmeraldas para sus ojos demasiado verdes y un par de accesorios en su bolso de mano negro, para cambiarse luego, cuando vaya a bailar.

La odio.

Yo me pudro, después de haberme desangrado, con esa ropa de concubina travesti de Suzie Wong Tokyo Rose que me han sujetado con alfileres en la espalda para que se me ajuste mejor.

Parezco una mierda, muerta.

Parezco mierda muerta.

Apuñalaría a Evie ahora mismo por teléfono.

No, en realidad, le diría a la señora Cottrell, mientras colocamos la urna de Evie en el nicho familiar de algún lugar de mala muerte de Texas, que Evie quería que la incinerasen.

Yo, en el funeral de Evie, llevaría mi minivestido negro de Gianni Versace, ajustado como un torniquete, con metros y metros de guantes de seda negra amontonados en los brazos. Me sentaría al lado de Manus, en el asiento trasero del Caddy fúnebre, y llevaría puesto un sombrero de Christian Lacroix negro y grande como una rueda de tren, con un velo negro que luego podría quitarme para ir a una subasta inflada o a una venta pública o algo por el estilo, y luego a almorzar.

Evie, Evie estaría sucia. Vale, cenizas.

Sola en su cuarto de estar, cojo una pitillera de cristal de la mesa, que parece un bloque de malaquita, y coloco rápidamente este pequeño tesoro sobre los ladrillos de la chimenea. Por todas partes se oye un estrépito de cigarrillos y cerillas.

Aunque soy una chica burguesa muerta, de pronto me entran ganas de desprenderme de todo, y me arrodillo y me dispongo a recogerlo todo. El cristal y los cigarrillos. Pero Evie. . . una pitillera. Es demasiado de última generación.

Y cerillas.

Siento un ligero tirón en el dedo, y me corto con un trocito de cristal tan pequeño y transparente que resulta invisible.

Es deslumbrante.

Cuando la sangre perfila de rojo el trozo de cristal, entonces veo lo que me ha cortado. Lo que saco es mi sangre en el cristal roto. Mi sangre en un librillo de cerillas.

No, señora Cottrell. No, de verdad que Evie quería que la incinerasen.

Me alejo del lío que he organizado y me marcho, dejando sangre en los interruptores y en las lámparas a medida que las voy apagando. Paso junto al armario, y Manus me dice: «Por favor». Pero se me ha ocurrido una idea apasionante. Apago todas las luces de la planta baja, y Manus me llama. Dice que tiene que ir al cuarto de baño. «Por favor. »

La gran mansión colonial de Evie, con sus columnas en el porche, está completamente a oscuras, mientras regreso a tientas al comedor. Siento el marco de la puerta y cuento hasta diez, despacio, avanzando a ciegas sobre la alfombra oriental hasta la mesa, con su mantel de encaje.

Enciendo una cerilla. Enciendo una de las velas del gran candelabro de plata.

Sí, todo es como de novela gótica, pero enciendo las cinco velas del candelabro de plata, y pesa tanto que necesito las dos manos para levantarlo.

Con mi bata de seda y mis plumas de avestruz, no soy más que el fantasma de una chica guapa muerta que sube la larga escalera circular de Evie con el candelabro en la mano. Paso junto a los óleos y llego al pasillo del segundo piso. En la habitación principal, la hermosa chica fantasma con su seda iluminada por las velas abre los armarios llenos de ropa suya, completamente deformada por el demonio gigante de Evie Cottrell. Los torturados cuerpos de los vestidos y los jerséis, de los pantalones y los vestidos, de los vaqueros y los trajes, de los zapatos y los vestidos, todos mutilados y deformados, suplicando que alguien los saque de su miseria.

El fotógrafo dice en mi cabeza:

Dame rabia.

Flash.

Dame venganza.

Flash.

Dame una retribución total y absolutamente justificada.

Flash.

El fantasma que soy, muerto, lo que no ocurre, la nada todopoderosa e invisible en la que me he convertido, pasa el candelabro junto a todas esas ropas y:

Flash.

Lo que encontramos es el gigantesco infierno de la moda de Evie.

Es impresionante.

¡Es divertido a rabiar! Toco la colcha, de encaje belga antiguo, y empieza a arder.

Las pantallas de las lámparas arden.

Vaya mierda. El chiffon que llevo puesto también arde. Me sacudo las plumas ardiendo y, caminando hacia atrás, salgo del horno que es el dormitorio de Evie y me adentro por el pasillo del segundo piso.

Hay otras diez habitaciones y varios cuartos de baño, y voy de habitación en

habitación. Las toallas arden. ¡El infierno en el cuarto de baño! El Chanel Número Cinco arde. Los óleos de caballos de carreras y faisanes muertos arden. Las alfombras orientales arden. Los adornos de flores secas de Evie arden, como pequeños infiernos. ¡Qué monada! La muñeca Katty Kathy de Evie se derrite, y luego arde. La colección de peluches es un holocausto de pieles. Dulcísimo. Precioso.

De vuelta en el baño, cojo una de las pocas cosas que no está ardiendo.

Un frasco de Valium.

Me dispongo a bajar la gran escalera de caracol. Cuando entró para matarme, Manus dejó la puerta principal abierta, y el infierno del segundo piso succiona la brisa fresca de la noche, envolviéndome. Apagando las velas. Ahora no hay más luz que la del infierno, un gigantesco calefactor que me sonríe desde arriba, y yo completamente chamuscada con mis once hierbas y especias de chiffon quemado.

Tengo la sensación de haber recibido un importante premio por una gran hazaña vital.

Como: «Con ustedes, la señorita América».

Bajo.

Y me sigue entusiasmando ser el centro de atención.

En la puerta del armario, Manus pregunta lloriqueando por qué huele a humo, y suplica, por favor, por favor, que no le deje morir. Como si a estas alturas pudiese importarme.

No, de verdad. Manus quería que lo incinerasen.

En el taco de notas del teléfono, escribo:

abriré la puerta dentro de un minuto, pero aún tengo la escopeta. antes te meteré unos cuantos valium por debajo de la puerta: cómetelos o te mato.

Y meto la nota por debajo de la puerta.

Salimos hacia su coche. Yo lo voy arrastrando. Hará todo lo que yo quiera, bajo la amenaza de decirle a la policía cómo entró en la casa. Fue el quien prendió fuego y usó la escopeta para secuestrarme. Lo contaré todo sobre Manus y Evie y su enfermiza historia de amor.

La palabra «amor» suena como un tapón de cera cuando pienso en Manus y Evie.

Golpeo la puerta del armario con la culata de la escopeta, y esta se dispara. Un par de centímetros y estaría muerta. Muerta junto al armario cerrado, y Manus se quemaría.

—Sí —grita Manus—. Haré lo que quieras. Pero, por favor, no me dispares ni dejes que me queme. Lo que quieras, pero ¡abre la puerta!

Empujo con el zapato los Valium por debajo de la puerta del armario. Apuntando con la escopeta, abro la puerta y me retiro. Con la luz del fuego que llega desde el piso de arriba, se ve que la casa está llena de humo. Manus sale tambaleándose, los ojos azules desorbitados, las manos en alto, y le obligo a dirigirse hacia el coche, con

el cañón de la escopeta en la espalda. Incluso en la punta de una escopeta, la piel de Manus resulta tersa y sexy. No tengo ningún plan. Lo único que sé es que por el momento no quiero resolver nada. No sé cómo terminaremos, pero no pienso volver a la normalidad.

Encierro a Manus en el maletero de su Fiat Spider. Un coche bonito, muy bonito, rojo, descapotable. Cierro el maletero con la culata de la escopeta.

Mi cargamento amoroso no dice nada. Me pregunto si aún tendrá ganas de orinar.

Tiro la escopeta en el asiento del pasajero y vuelvo al infierno colonial de Evie. En el vestíbulo hay una chimenea, un túnel de viento que se forma con el aire frío que entra por la puerta principal y asciende hacia la luz y el calor del piso de arriba. El vestíbulo sigue teniendo esa mesita con el teléfono en forma de saxofón dorado. Hay humo por todas partes, y el coro de sirenas antiincendios es tan agudo que hace daño.

Es mezquino tener a Evie despierta en Cancún tanto tiempo a la espera de sus buenas noticias.

Y llamo al número que ha dejado. Como podréis imaginar, Evie responde a la primera llamada.

Y dice:

—¿Hola?

Solo se oye el ruido de lo que he hecho, los detectores de humo y las llamas, el tintineo de la araña movida por la brisa; eso es lo único que se oye a este lado del teléfono.

Evie dice:

—¿Manus?

En alguna parte, puede que en el comedor, el techo se desploma, y las chispas y las brasas se esparcen por el suelo del vestíbulo.

Evie dice:

—Manus, no me gastes bromas. Si eres tú, ya te he dicho que no quiero verte más.

Y acto seguido:

Crash.

Un semitono de luz blanca, centelleante, de afilado cristal austríaco, y la araña cae del centro del techo y se estrella demasiado cerca.

Un par de centímetros más, y estaría muerta.

Cómo no reírme. Ya estoy muerta.

—Escucha, Manus —dice Evie—. Te dije que si me llamabas le contaría a la policía que has dejado a mi mejor amiga sin cara. ¿Lo has entendido?

Evie dice:

—Has ido demasiado lejos. Estoy dispuesta a conseguir una orden de detención.

No sé a quién creer, si a Manus o a Evie. Solo sé que mis plumas están ardiendo.

# 16

Volvamos a una sesión fotográfica en un desguace de coches, donde Evie y yo tenemos que trepar por los montones de chatarra con unos bañadores de Hermaun Mancing tan estrechos que tienes que ponerte un esparadrapo en el coño, y Evie empieza a decir:

—Hablando de tu hermano mutilado. . .

No es mi fotógrafo ni mi director artístico favorito.

Yo me vuelvo hacia Evie y, mientras me concentro en sacar mucho el trasero, digo:

—¿Sí?

Y el fotógrafo dice:

—Evie, eso no es un mohín.

Cuanto más feas son las prendas, peores son los lugares donde tenemos que posar para que resulten bonitas. Desguaces. Mataderos. Plantas de tratamiento de residuos. Es el truco de la novia fea, donde una resulta guapa por comparación. En una sesión de fotos para Industry JeansWar, posamos besando cadáveres.

Los coches desguazados están llenos de agujeros oxidados y bordes cortantes, y yo estoy casi desnuda, intentando recordar cuándo me puse la antitetánica por última vez. El fotógrafo baja la cámara y dice:

—Mientras no os decidáis a meter la tripa, estoy gastando película en balde.

Ser guapa es un esfuerzo cada vez mayor. El simple tacto de la cuchilla te da ganas de llorar. La depilación con cera para el biquini. Cuando le inyectaron colágeno en los labios, Evie salió diciendo que no quería volver a pasar un infierno así en la vida. Lo peor es cuando Manus te arranca el esparadrapo del coño, si no te has depilado bien.

Hablando del infierno, le digo a Evie:

—Mañana posamos allí.

Y el director artístico dice en ese momento:

—Evie, ¿podrías subir un par de coches más arriba?

Y eso con zapatos de tacón, pero Evie sube. Hay pequeños diamantes de cristal desperdigados por todas partes, y es fácil caer.

Sin perder su gran sonrisa de foto, Evie dice:

—¿Qué le pasó a tu hermano, exactamente?

Es imposible mantener una sonrisa real tanto tiempo; al cabo de un rato todo son dientes.

El director artístico sube con su esponjita en la mano y me retoca el trasero en las zonas donde el bronceador se ha deteriorado.

—Fue por culpa de un frasco de laca que alguien tiró en la incineradora. Explotó

mientras quemaba la basura.

Y Evie dice:

—¿Alguien?

Y yo digo:

—Por cómo gritaba y cómo intentaba detener la hemorragia, cualquiera diría que fue mi madre.

Y el fotógrafo dice:

—Chicas, ¿podéis poneros un momento de puntillas?

Evie continúa:

—¿Un envase de laca grande? Seguro que le arrancó media cara.

Nos ponemos de puntillas.

Yo sigo diciendo:

—No fue para tanto.

—Esperad un momento —dice el director artístico—. No juntéis tanto los pies. —Y añade—: Más separados. —Y luego—: Un poco más, por favor. —Después nos pasa unas herramientas niqueladas para que las sostengamos.

La mía pesa por lo menos ocho kilos.

—Es un martillo de bola —dice Evie—, y lo estás agarrando mal.

—Cariño —le dice el fotógrafo a Evie—, ¿puedes acercarte la motosierra un poco más a la boca, por favor?

El sol calienta la chapa de los coches, con los techos hundidos bajo el peso de la chatarra. Hay coches con los parachoques delanteros torcidos, porque nadie se apartó de ellos. Coches con laterales reforzados en los que murieron familias enteras. Coches de tres cuerpos con los asientos clavados en el salpicadero. Coches de antes de que existieran los cinturones de seguridad. Coches de antes del airbag. De antes de los servicios de urgencia. Coches destrozados por la explosión del depósito de gasolina.

—Llevo toda la vida luchando para, al final, llegar a un sitio como este.

El director artístico dice que nos echemos hacia delante y apoyemos los pechos en los coches.

—Todo el tiempo, mientras me hacía mayor, pensaba que ser mujer no sería. . . tan decepcionante —dice Evie.

Yo solo quería ser hija única.

El fotógrafo dice:

—Perfecto.

# 17

Las hermanas Rhea son tres hombres blancos de carne y hueso que se pasan el día sentadas en una suite del hotel Congress, con enaguas de nailon, los tirantes caídos en un hombro o en el otro, sus zapatos de tacón, y fumando sin parar. Kitty Litter, Sofonda Peters y la vivaz Vivienne VaVane, con mascarillas faciales de clara de huevo, escuchan esa música de chachachá que ya solo se escucha en los ascensores. Las hermanas Rhea llevan el pelo corto y liso, peinado con gomina y sujeto con horquillas, pegado a la cabeza. A veces, cuando no es verano, llevan una peluca en forma de casquete encima de las horquillas. Normalmente no saben en qué época del año viven. Nunca abren las persianas, y tienen por lo menos doce discos de chachachá apilados en el cambio automático del tocadiscos.

Todos los muebles son dorados, igual que la gran consola del tocadiscos RCA Philco, con sus cuatro patas. Se podría arar un campo con la vieja aguja del estéreo, y el brazo de metal pesa casi medio kilo.

Permitidme que os las presente:

Kitty Litter.

Sofonda Peters.

La vivaz Vivienne VaVane.

De nombre artístico las hermanas Rhea, son la familia de Brandy Alexander, según ella me contó en el despacho de la logopeda. No la primera vez que nos vimos; no fue entonces cuando lloré y le conté a Brandy cómo había perdido la cara. Tampoco fue la segunda vez, cuando Brandy llevó su costurero lleno de ideas para ocultar mi monstruosidad. Fue una de los muchos miles de veces que nos vimos a escondidas mientras yo estaba en el hospital. No nos veíamos solo en la consulta de la logopeda.

—Normalmente —me dice Brandy—, Kitty Litter se pasa el día decolorándose y depilándose el vello facial. Esa pelusa invisible puede tenerla horas metida en el cuarto de baño, pero Kitty lleva puestas sus Ray-Ban al revés, porque le encanta mirar su propio reflejo.

Las hermanas Rhea han hecho de Brandy lo que es. Brandy se lo debe todo.

Brandy cerraba la puerta del despacho de la logopeda, y si alguien llamaba, fingíamos escandalosos orgasmos. Gritábamos, jadeábamos y dábamos golpes en el suelo. Yo daba palmas con las manos para producir ese ruido como de zurra que todo el mundo conoce. Y quien llamaba, se marchaba rápidamente.

Luego volvíamos a quedarnos sentadas, maquillándonos y charlando.

—Sofonda —me contaba Brandy—, Sofonda Peters, es el cerebro de las tres. La señorita Peters se pasa el día con las uñas de porcelana metidas en el marcador esférico del teléfono de princesa, hablando con un agente o un promotor, vendiendo,

vendiendo, vendiendo.

Alguien llamaba a la puerta, y yo aullaba como un gato y me daba una palmada en el muslo.

Brandy me decía que si no fuera por las hermanas Rhea estaría muerta. Cuando conocieron a la princesa reina suprema, usaba una talla treinta y seis y cantaba en playback a micrófono abierto en locales nocturnos para aficionados. Cantaba en playback «Thumbelina».

Su pelo, su cara, su movimiento de caderas al andar, todo lo inventaron las hermanas Rhea.

Pasemos a cuando me cruzo con dos coches de bomberos mientras circulo por la autopista en dirección a la ciudad, alejándome de la casa de Evie, que está en llamas. Por el retrovisor del Fiat Spider de Manus, la casa de Evie es una hoguera cada vez más pequeña. El dobladillo rosa-melocotón de la bata de Evie se ha pillado con la puerta del coche, y las plumas de avestruz me hacen cosquillas, movidas por el fresco aire de la noche que se cuela alrededor del parabrisas del descapotable.

Huelo a humo de arriba abajo. La escopeta que hay en el asiento del conductor apunta hacia el suelo.

Mi cargamento amoroso, oculto en el maletero, no dice una sola palabra.

Y solo queda un sitio al que ir.

No puedo llamar por teléfono y pedir que me pongan con Brandy. La operadora no me entendería; por eso vamos camino del hotel Congress.

Pasemos a cómo todo el dinero que tienen las hermanas Rhea sale de una muñeca llamada Katty Kathy. Esa es otra de las cosas que Brandy me contó mientras fingíamos orgasmos en la consulta de la logopeda. Katty Kathy es una muñeca, una de esas muñecas de color carne con medidas imposibles. Si fuera una mujer de verdad mediría 115-40-66. Si fuera una mujer de verdad, Katty Kathy tendría que hacerse la ropa a medida. Seguro que habéis visto esta muñeca. Se vende desnuda, envuelta en plástico de burbujas, y cuesta solo un dólar, pero su ropa vale una fortuna. Así de realista es la cosa. Puedes comprar cerca de cuatrocientos vestiditos independientes que se mezclan y combinan para crear tres elegantes conjuntos. En este sentido, la muñeca se parece increíblemente a la vida. Incluso da miedo.

Fue Sofonda Peters quien tuvo la idea. Se inventó a Katty Kathy, hizo el prototipo, vendió la muñeca y cerró los tratos. Sofonda está como casada con Kitty y Vivienne, pero hay dinero suficiente para las tres.

Katty Kathy se vende de maravilla porque es una muñeca que habla, pero en lugar de una cuerdecita lleva una cadena de oro en la espalda. Cuando tiras de la cadena,

dice:

«Ese vestido es muy bonito, si es que a ti te gusta tener ese aspecto».

«Tu corazón es mi piñata. »

«¿Vas a ponerte eso?»

«Creo que sería bueno para nuestra relación que viésemos a otras personas. »

«Bésame, bésame. »

«No me toques el pelo. »

Las hermanas Rhea ganaron un pastón. La torerita de Katty Kathy la mandaron coser en Camboya por diez centavos, y la venden en Estados Unidos por dieciséis dólares. La gente los paga.

Pasemos a cuando estoy aparcando el Fiat, con mi cargamento amoroso en el maletero, en una calle lateral, y subo por Broadway hacia el portero del hotel Congress. Soy una mujer con media cara que llega a un hotel de lujo, a uno de esos enormes palacios de terracota construidos hace cien años, donde los porteros llevan chaqués con galones dorados en los hombros. Yo llevo puesto un salto de cama y una bata. Voy sin velos. La mitad de la bata, pillada con la puerta del coche, ha ido arrastrándose por la autopista durante treinta kilómetros. Las plumas de avestruz huelen a humo, y hago lo posible por ocultar que llevo una escopeta debajo del brazo.

Además, he perdido un zapato, una de las chinelas de tacón.

El portero, con su chaqué, ni siquiera me mira. Me veo el pelo reflejado en la gran placa de bronce que dice hotel Congress. El aire fresco de la noche me ha chafado mi peinado estilo mantequilla batida, y tengo el pelo hecho un asco.

Pasemos a mí, en el mostrador del hotel, intentando poner ojitos seductores. Dicen que la gente se fija antes que nada en los ojos. Tengo la atención del auditor de noche, del conserje, del director y de un empleado. La primera impresión es muy importante. Debe de ser por cómo voy vestida, o por la escopeta. Sirviéndome del agujero que tengo en la garganta, con la lengua colgando y la cara entera una pura cicatriz, digo:

—*Gerl terk nahdz gah ssid*.

Todos se quedan congelados por mis cautivadores ojos.

No sé cómo, pero de pronto la escopeta está sobre el mostrador, sin apuntar a nadie en particular.

El director se acerca con su chaqueta de marinero azul y su chapita de latón donde pone «Señor Baxter», y dice:

—Podemos darle todo el dinero que hay en el cajón, pero nadie sabe abrir la caja fuerte de la oficina.

La escopeta apunta directamente a la chapita del señor Baxter, lo cual no pasa desapercibido. Chasqueo los dedos y señalo un trozo de papel, para que me lo pase.

Con la pluma sujeta a una cadena, escribo:

¿cuál es la suite de las hermanas Rhea? no me hagan llamar a todas las puertas de la planta quince. es medianoche.

—Es la suite quince G —dice el señor Baxter, con las manos llenas de dinero que yo no quiero, inclinado hacia mí sobre el mostrador—. Los ascensores se encuentran a su derecha.

Pasemos a cuando yo soy Daisy Saint Patience, el primer día que Brandy y yo pasamos juntas. El día del pavo congelado, cuando llevo todo el verano esperando a que alguien me pregunte qué me ha pasado en la cara, y se lo cuento todo a Brandy.

Brandy me sentó en la silla, aún caliente donde ella había posado el culo, cerró la puerta de la logopeda y me bautizó con el nombre de mi futuro. Daisy Saint Patience. Y no quiso saber cuál era mi nombre antes de entrar por la puerta. Yo era la legítima heredera de la casa de moda internacional, la Casa de Saint Patience.

Brandy no paraba de hablar. Nos estábamos quedando sin aire, porque hablaba mucho; y no me refiero solo a Brandy y a mí, sino al mundo entero. El mundo se quedaba sin aire, por lo mucho que Brandy hablaba. La Amazonia no daba abasto.

—Quién seas tú, momento a momento, no es más que una historia —decía Brandy.

Lo que yo necesitaba era una nueva historia.

—Déjame hacer por ti lo que las hermanas Rhea hicieron por mí —decía Brandy.

Dame coraje.

Flash.

Dame corazón.

Flash.

Así que pasemos a mí cuando soy Daisy Saint Patience y subo en ese ascensor, y a Daisy Saint Patience recorriendo el ancho pasillo alfombrado hasta la suite 15-G. Daisy llama y nadie contesta. A través de la puerta se oye el chachachá.

La puerta se abre quince centímetros, pero con la cadena puesta.

Tres caras blancas aparecen en la abertura, una encima de la otra: Kitty Litter, Sofonda Peters y la vivaz Vivienne VaVane, con la piel brillante de tan hidratada. Llevan el pelo corto y oscuro, completamente alisado con horquillas y pelucas.

Las hermanas Rhea.

No sé quién es quién. El tótem de las drag-queen dice a través de la abertura de la puerta:

—No nos quites a la reina suprema.

—Es lo único que tenemos en la vida.

—Aún no está terminada. No hemos hecho ni la mitad, y aún nos queda mucho trabajo con ella.

Hago aparecer y desaparecer rápidamente la escopeta entre la tela de chiffon rosa, y la puerta se cierra de golpe.

Se oye cómo retiran la cadena. Y la puerta se abre por completo.

Pasemos a una noche, bastante tarde, viajando desde ningún lugar en Wyoming hasta quién sabe dónde en Montana, cuando Seth dice que cuando nacemos nuestros padres se sienten Dios. Les debemos la vida y pueden controlarnos.

—Luego, la pubertad te convierte en Satán —dice—, solo porque quieres algo mejor.

Pasemos al interior de la suite 15-G, con sus muebles dorados y la música de bossa nova y chachachá y el humo de tabaco, y a las hermanas Rhea revoloteando por la habitación con sus enaguas de nailon, con las cintas caídas sobre uno u otro hombro. Lo único que tengo que hacer es señalar la escopeta.

—Sabemos quién eres, Daisy Saint Patience —dice una de ellas, encendiendo un cigarrillo—. Con una cara así, Brandy no sabe hablar de otra cosa.

La habitación está llena de ceniceros grandes, grandes ceniceros de cristal glaseado, tan grandes que basta con vaciarlos una vez cada dos años.

La que tiene un cigarrillo encendido, extiende una mano larga con las uñas de porcelana y dice:

—Soy Pio Rhea.

—Yo soy Dia Rhea —dice otra, que está junto al estéreo.

La que lleva el cigarrillo, Pio Rhea, dice:

—Son nuestros nombres artísticos. —Señala a la tercera de las Rhea, que está en el sofá, comiendo comida china en un envase de cartón—. Esa —dice, señalando— es la señorita Se Come A Sí Misma Para Engordar; puedes llamarla Gono Rhea.

Con la boca llena de algo nada agradable para la vista, Gono Rhea dice:

—Encantada.

Poniendo el cigarrillo en todas partes menos en la boca, Pio Rhea dice:

—La reina no necesita tus problemas esta noche. Esa chica estupenda no necesita más familia que nosotras.

Sobre el tocadiscos hay una fotografía, con marco de plata, de una chica muy guapa delante de una pantalla reflectora, sonriendo a una cámara invisible, con un fotógrafo invisible que le dice:

Dame pasión.

Flash.

Dame alegría.

Flash.

Dame juventud y energía, inocencia y belleza.

Flash.

—La primera familia de Brandy, su familia de verdad, no la quería; por eso la adoptamos —dice Dia Rhea.

Señalando con su largo dedo hacia la sonriente fotografía de la rubia encima del tocadiscos, Dia Rhea dice:

—Su verdadera familia cree que está muerta.

Pasemos a una vez, cuando yo tenía cara, y salí en portada de la revista *BabeWear*.

Volvamos a la suite 15-G y a la fotografía de la rubia encima del tocadiscos: soy yo, es mi portada, la portada de la revista *BabeWear* colocada en un marco, y a Dia Rhea señalándome con un dedo.

Volvamos a nosotras en la consulta de la logopeda, con la puerta cerrada, cuando Brandy habla de la suerte que ha tenido al encontrar a las hermanas Rhea. No todo el mundo tiene la oportunidad de nacer por segunda vez y crecer por segunda vez, y esta vez en una familia que le ofrezca cariño.

—Kitty Litter, Sofonda y Vivienne —dice Brandy—. Se lo debo todo.

Pasemos a la suite 15-G y a Gono Rhea señalándome con sus palillos chinos y diciendo:

—No se te ocurra alejarla de nosotras. Aún no hemos terminado con ella.

—Si Brandy se va contigo —dice Pio Rhea—, tendrá que pagarse sus estrógenos. Y su vaginoplastia. Y su labioplastia. Por no hablar de su electrólisis del escroto.

Dirigiéndose a la fotografía del tocadiscos, a la estúpida cara sonriente que hay en el marco de plata, Dia Rhea dice:

—Y eso no es nada barato. —Dia Rhea coge la fotografía, la sostiene delante de mí, mirandóme a los ojos, y dice—: Así es como quería ser Brandy, para parecerse a la zorra de su hermana. Esto era hace dos años, antes de que le hicieran la cirugía láser para afinarse las cuerdas vocales y alisarse la tráquea. Hizo que le retirasen tres centímetros el cuero cabelludo para que el nacimiento del pelo quedase en el lugar exacto. Le pagamos una operación de cejas, para que le limasen el hueso frontal por encima de los ojos para quitarle a la señorita Macho el caballete que tenía. Le

pagamos el contorno de la mandíbula y la feminización de la frente.

Y —añade Gono Rhea, con la boca llena de comida china— cada vez que volvía del hospital con la frente rota y recompuesta, o con la nuez limada hasta que no se notase en absoluto, ¿quién crees que cuidaba de ella durante dos años?

Pasemos a mis padres durmiendo en su cama, separados de mí por desiertos y montañas. Pasemos a ellos y a su teléfono, hace años, cuando un loco, un pervertido asqueroso, los llama para decirles a gritos que su hijo ha muerto. Su hijo que no querían, Shane, había muerto de sida, y ese hombre no dijo dónde ni cuándo; solo se rió a carcajadas y colgó.

Volvamos al interior de la suite 15-G y a Dia Rea agitando delante de mí una fotografía mía y diciendo:

—Así es como quería ser, y así es como es ahora, después de haber vendido diez mil dólares de muñecas Katty Kathy.

Gono Rhea dice:

—Joder, Brandy está mucho mejor que la de la foto.

—Nosotras somos las que queremos de verdad a Brandy Alexander —dice Pio Rhea.

—Pero ella te quiere a ti, porque la necesitas —dice Dia Rhea.

Gono Rhea dice:

—Nunca, jamás, la persona a quien tú quieres y la persona que te quiere son la misma persona. Brandy nos abandonará si piensa que tú la necesitas, pero nosotras también la necesitamos.

La persona a quien yo quiero está encerrada en el maletero de un coche, en la puerta del hotel, con el estómago lleno de Valium, y pienso si aún tendrá ganas de orinar. Mi hermano, a quien odio, ha regresado de entre los muertos. Que Shane hubiese muerto era demasiado bueno para ser verdad.

Primero, la explosión del bote de laca no logró matarlo.

Luego, nuestra familia no pudo olvidarlo.

Y ahora, hasta el virus mortal del sida me ha fallado.

Mi hermano no es más que una puta decepción tras otra.

Se oyen puertas que se abren y se cierran en distintos puntos; otra puerta, luego otra, y allí está Brandy, diciendo:

—Daisy, cariño. —Se adentra en el humo y en la música de chachachá con un increíble traje de viaje de Bill Blass, estilo primera dama, de color verde pistacho, con ribetes blancos, zapatos de tacón verdes y un bolso verde elegantísimo. Lleva en el pelo un estrafalario montón de plumas de loro verdes, a modo de sombrero, y dice

—: Daisy, cariño, no apuntes con un arma a la gente que quiero.

Las enormes manos de Brandy, repletas de anillos, sostienen una llamativa bolsa de viaje blanca de American Tourister.

—Que alguien nos eche una mano. Aquí van las hormonas reales. La ropa que necesito está en la otra habitación.

Brandy le dice a Sofonda:

—Señorita Pio Rhea, tengo que marcharme.

A Kitty le dice:

—Señorita Dia Rhea, de momento he hecho todo lo que podemos hacer. Estirarme el cuero cabelludo, subirme las cejas y quitarme el caballete. Hemos limado la nuez, modelado la nariz y la barbilla y recompuesto la frente. . .

No es de extrañar que no reconociese a mi deforme hermano.

A Vivienne, Brandy le dice:

—Señorita Gono Rhea, aún me quedan muchos meses de aprendizaje para la vida real, y no puedo pasarlos encerrada en este hotel.

Pasemos a nosotras en el Fiat Spider, abarrotado de maletas. Imaginemos a un grupo de refugiados de Beverly Hills, desesperados, con diecisiete maletas a juego, cruzando la frontera para empezar una nueva vida en el Medio Oeste, en Oklahoma. Todo muy elegante y de muy buen gusto, una de esas vacaciones épicas, como la huida de la familia Joad en *Las uvas de la ira*, solo que hacia atrás. Dejando un reguero de accesorios desechados, de zapatos, guantes, gargantillas y sombreros para aligerar su carga y poder así cruzar las Rocosas, y esas somos nosotras.

Esto fue después de que llegase la policía, porque el director del hotel llamó diciendo que un psicópata deforme, armado con una escopeta, había amenazado a todo el mundo en la planta quince. Y después de que las hermanas Rhea bajasen todas las maletas de Brandy por la escalera de incendios. Después de que Brandy dijera que tenía que marcharse, que necesitaba pensar en muchas cosas que habían ocurrido antes de su cirugía. Ya sabéis. De la transformación.

Esto es después de que yo siga mirando a Brandy y preguntándome: ¿Shane?

—Ser una chica es un gran compromiso —dice Brandy—. Para siempre.

Tomar hormonas. Durante el resto de su vida. Las pastillas, los parches, las inyecciones, para el resto de su vida. ¿Y si hubiese alguien, una sola persona, que la amase, que pudiese hacerla feliz, tal como era ella, sin hormonas, sin maquillaje, sin esa ropa y esos zapatos, sin cirugía? Al menos tenía que buscar por el mundo. Brandy explica todo eso, y las hermanas Rhea empiezan a llorar y a decir adiós y a meter las maletas en el coche.

La escena es como para romperle el corazón a cualquiera, y yo también me echaría a llorar si no supiese que Brandy es mi hermano muerto y que la persona que

él quiere que lo quiera soy yo, su odiosa hermana, que ya ha planeado matarlo. Sí. Me planifico, planifico matar a Brandy Alexander. No tengo nada que perder, y planifico mi gran venganza a la luz de los focos.

Dame violentas fantasías de venganza como mecanismo compensatorio.

Flash.

Dame solo mi primera oportunidad.

Flash.

Brandy, sentada al volante, se vuelve hacia mí, con una telaraña de lágrimas y rímel en los ojos, y dice:

—¿Sabes lo que son las normas Benjamin?

Brandy arranca el coche y mete la marcha. Sube la barrera del aparcamiento y alarga el cuello para ver el tráfico y dice:

—Tengo que tomar hormonas durante un año más antes de mi vaginoplastia. Eso se llama aprendizaje para la vida real.

Brandy se adentra en la calle, y ya casi hemos escapado. Patrullas de policías, con sus elegantes trajes negros, provistos de gases lacrimógenos y armas semiautomáticas, entran en el hotel pasando junto al portero, que sostiene la puerta con sus galones dorados. Las hermanas Rhea corren detrás de nosotras, diciendo adiós con la mano, tirando besos y portándose como damas de honor feas, hasta que tropiezan y caen, en la calle, por culpa de los tacones.

Hay una luna en el cielo. Los edificios de oficinas forman altos cañones a ambos lados de la calle. Manus sigue en el maletero, y nos distanciamos cada vez más de mi persona y de mi detención.

Brandy me pone una mano grande en la pierna y aprieta.

Incendio, secuestro, creo que ya estoy preparada para el asesinato. Puede que todo esto merezca un poco la atención de los demás; no de la buena, de la gloriosa, pero al menos sí de la media nacional.

«Chica monstruo asesina a hermano secreto travestido. »

—Aún me quedan ocho meses para completar mi año de aprendizaje de la vida real —dice Brandy—. ¿Crees que serás capaz de mantenerme ocupada durante los próximos ocho meses?

# 18

Llevo media vida escondida en los cuartos de baño de los ricos.

Volvamos a Seattle, a cuando Brandy, Seth y yo estamos en la carretera, robando drogas. Pasemos al día siguiente, a la noche que estuvimos en el Space Needle, donde ahora mismo Brandy está tendida en el suelo del cuarto de baño. Primero le quito la chaqueta y le desabrocho la blusa; estoy sentada en el váter, metiéndole una sobredosis de Valium en la boca azul Plumbago como en la tortura china de la gota. Lo que tiene el Valium, dice Brandy, es que no quita el dolor, pero al menos no te jode tener dolor.

—Enchúfame —dice Brandy, poniendo boca de pez.

Lo malo de Brandy es que tiene tal tolerancia a las drogas que matarla costará una eternidad. Eso, y que es muy grande, todo músculo, y harán falta montones de frascos de lo que sea.

Le meto un Valium. Un Valium pequeño, azul bebé, otro Valium azul polvo, otro azul claro Tiffany's, como un regalo, y el Valium cae en el interior de Brandy.

El traje que le ayudo a quitarse es de Pierre Cardin, estilo era espacial, blanco puro, con la falda recta impecable y estéril, justo por encima de las rodillas, la chaqueta atemporal y clínica, de corte sencillo y mangas tres cuartos. Debajo lleva una blusa sin mangas. Lleva unas botas de vinilo blancas, de punta cuadrada. Es un traje para complementar con un contador Geiger en lugar de con un bolso.

En el centro comercial, cuando sale del probador andando como si estuviese en una pasarela, no puedo menos que aplaudir. La semana que viene tendrá depresión posparto, cuando vaya a comprarse el mismo traje negro.

Pasemos al desayuno de esta mañana, cuando a Brandy y a Seth se les salía por las orejas el dinero ganado vendiendo droga, y hemos llamado al servicio de habitaciones, y Seth dice que Brandy podría viajar en el tiempo hasta Las Vegas en otro planeta, en la década de 1950, y no desentonar en absoluto. Al planeta Krylon, dice, donde te hacen la liposucción para quitarte la grasa con parásitos sintéticos y te reconstruyen de arriba abajo.

Y Brandy dice:

—¿Qué grasa?

Y Seth dice:

—Me encanta que puedas visitar el futuro lejano en la década de mil novecientos sesenta.

Y pongo más Premarin cuando Seth se sirve café. Más Darvon en el champán de Brandy.

Volvamos a nosotras en el cuarto de baño. A Brandy y a mí.

—Enchúfame —dice Brandy.

Tiene los labios flácidos y dilatados, y le dejo caer otro regalito de Tiffany's.

El baño en el que estamos escondidas está decorado de un modo muy curioso. El conjunto semeja una gruta submarina. Hasta el teléfono de la princesa es acuático, pero cuando miras por los grandes ojos de buey de bronce, ves Seattle desde la cima de la colina del Capitolio.

El váter en el que estoy sentada, solo sentada, con la tapa cerrada debajo del culo, gracias, es una enorme concha de caracol de cerámica, fijada a la pared. El lavabo es media almeja enorme sujeta a la pared.

Brandylandia, el campo de juegos sexuales hacia las estrellas, dice:

—Enchúfame.

Pasemos a cuando llegamos aquí y el agente de la propiedad inmobiliaria era todo dientes. Uno de esos universitarios cejijuntos que han obtenido una beca de fútbol y se olvidan por completo de obtener un solo crédito en cualquier asignatura.

Como si yo, con mil seiscientos créditos, pudiese hablar.

Y aquí está el agente del club del millón de dólares, que consiguió su trabajo gracias a un ex alumno generoso que solo buscaba un yerno capaz de mantenerse despierto durante seis o siete partidas de petanca los días de fiesta. Pero a lo mejor estoy siendo demasiado sentenciosa.

Brandy estaba preocupadísima por la humedad femenina. Y aquí está ese tío, con un cromosoma Y de más, vestido con un traje de sarga azul cruzado en el pecho, un tío con unas zarpas que hasta las manazas de Brandy parecen pequeñas a su lado.

—Señor Parker —dice Brandy, con la mano escondida en la zarpa del agente inmobiliario; en los ojos de Brandy se adivina la romántica banda sonora de Hank Mancini—, hemos hablado esta mañana.

Estamos en la sala de estar de una vivienda, en la colina del Capitolio. Otra casa de ricos, donde todo es exactamente lo que parece. Las elaboradas rosas Tudor talladas en los techos son de escayola, no de hojalata, ni de fibra de vidrio. Los maltrechos torsos griegos son de mármol, no de yeso revestido. Las cajas de la estantería no son de esmalte que imita a Fabergé. Son de Fabergé, y hay once en total. El encaje que hay debajo de las cajas no es hecho a máquina.

No solo los lomos, sino también la cubierta y la contracubierta de todos los libros de todos los estantes de la biblioteca, están encuadernados en piel, y las páginas está cortadas. No hace falta coger un solo libro para darse cuenta.

El agente, el señor Parker, tiene el culo escurrido. Por delante, en una de las

perneras del pantalón, un bulto insinúa que lleva calzoncillos tipo boxer, en lugar de slips.

Brandy asiente y me mira:

—Esta es la señorita Arden Scotia, de los Denver River Logging y Paper Scotia. —Otra víctima del Proyecto de Reencarnación de Brandy Alexander.

La manaza de Parker se traga mi mano por completo, el pez grande al chico.

La almidonada camisa de Parker recuerda a una comida sobre un mantel limpio, tan lisa y protuberante que podrías servir copas en la repisa de su pecho.

—Este —dice Brandy, refiriéndose a Seth— es el hermanastro de la señorita Scotia, Ellis Island.

El pez grande de Parker se come al pez chico de Ellis.

Brandy dice:

—A la señorita Scotia y a mí nos gustaría ver la casa a solas. Ellis está un poco desequilibrado, mental y emocionalmente.

Ellis sonríe.

—Hemos pensado que podría usted vigilarlo —dice Brandy.

—Claro —dice Parker—. No se preocupen.

Ellis sonríe y tira con dos dedos de la manga de la chaqueta de Brandy. Ellis dice:

—No me dejes demasiado tiempo solo. Si no me tomo mis pastillas, me dará uno de mis ataques.

—¿Ataques? —pregunta Parker.

Ellis dice:

—A veces la señorita Alexander se olvida de que estoy esperando, y no me da mi medicación.

—¿Tiene usted ataques? —pregunta Parker.

—Esto es nuevo para mí —dice Brandy, y sonríe—. No tendrás ningún ataque. Te prohíbo que tengas un ataque, Ellis —le dice Brandy a mi hermanastro.

Pasemos a nosotras acampadas en la gruta submarina.

—Enchúfame.

El suelo, bajo la espalda de Brandy, es de baldosas frías, con forma de pez, y dispuestas de tal modo que encajan unas con otras; una cola de pez entre las cabezas de dos peces, como las sardinas enlatadas, así en todo el cuarto de baño.

—Le meto un Valium entre los labios azul Plumbago.

—¿Te he contado alguna vez cómo mi familia me echó de casa? —dice Brandy, después de tragarse la pastilla azul—. Me refiero a mi familia verdadera. A la de nacimiento. ¿Te he contado alguna vez esa historia tan complicada?

Meto la cabeza entre las rodillas y miro hacia abajo, a la reina suprema, que tiene la cabeza entre mis pies.

—Me estuvo doliendo la garganta unos días, y no iba al colegio —dice Brandy—. ¿Señorita Arden? ¿Hola?

La miro. Resulta muy fácil imaginarla muerta.

—Señorita Arden, por favor. ¿Me enchufa?

Le meto otro Valium.

Brandy se lo traga.

—Estuve varios días sin poder tragar. Tenía la garganta en carne viva. Apenas podía hablar. Mis padres, claro está, pensaron que era faringitis.

La cabeza de Brandy está justo casi debajo de la mía. Pero tiene la cara al revés. Mis ojos miran directamente al interior oscuro de la boca Plumbago, mientras la oscura humedad se introduce en sus órganos y en todo lo que se encuentra al otro lado de la escena. Los bastidores de Brandy Alexander. Al revés, podría ser alguien totalmente extraño.

Y Ellis estaba en lo cierto cuando decía que solo le preguntas a la gente cómo está para poder contar cómo estás tú.

—El cultivo que me hicieron para ver lo que tenía en la garganta dio positivo en gonorrea. Ya sabes, como la tercera de las hermanas Rhea. Gono Rhea. Ese gonococo minúsculo. Yo tenía dieciséis años y tenía gonorrea. Mis padres no se lo tomaron bien.

No, no se lo tomaron nada bien.

—Se quedaron flipados —dice Brandy.

Y lo echaron de casa.

—Empezaron a gritar y a decir que estaba enfermo —dice Brandy.

Y luego lo echaron de casa.

—Cuando decían «enfermo», creo que querían decir «maricón» —dice.

Luego lo echaron de casa.

—Señorita Scotia —dice—. Enchúfame.

Y la enchufo.

—Y luego me echaron de la puta casa.

Pasemos al señor Parker en la puerta del cuarto de baño, diciendo:

—¿Señorita Alexander? Soy yo, señorita Alexander. ¿Señorita Scotia? ¿Están ahí?

Brandy empieza a incorporarse y se apoya en un codo.

—Es Ellis —dice el señor Parker a través de la puerta—. Creo que debería usted bajar, señorita Scotia. A su hermano le está dando un ataque.

Hay fármacos y cosméticos desperdigados por todas las superficies de la gruta submarina, y Brandy está tumbada en el suelo, medio desnuda, bajo una ducha de píldoras, cápsulas y comprimidos.

—Es su hermanastro —corrige Brandy.

El pomo de la puerta se mueve.

—¡Tienen que ayudarme! —dice Parker.

—¡No se mueva, señor Parker! —grita Brandy, y el pomo de la puerta deja de girar—. ¡Tranquilícese! No entre aquí. Lo que tiene que hacer —explica Brandy, mirándome mientras habla—, lo que tiene que hacer es inmovilizar a Ellis en el suelo, para que no se haga daño. Enseguida bajo.

Brandy me mira y sonríe formando un enorme arco con los labios Plumbago.

—¿Parker? ¿Me ha oído?

—Dese prisa, por favor —se oye decir a través de la puerta.

—Cuando lo haya inmovilizado en el suelo, manténgale la boca abierta con algo. ¿Tiene usted una billetera?

Hay una pausa.

—Es de piel de anguila, señorita Alexander.

—Debe de estar usted muy orgulloso de ella —dice Brandy—. Tendrá que metérsela entre los dientes para mantenerle la boca abierta. Siéntese encima de él si es necesario —dice Brandy, que en ese momento es el mal personificado, sonriendo a mis pies.

A través de la puerta se oye un ruido de cristales rotos en el piso de abajo.

—¡Rápido! —grita Parker—. ¡Lo está rompiendo todo!

Brandy se chupa el labio.

—Cuando haya conseguido abrirle la boca, Parker, métale la mano y sujétele la lengua. Si no lo hace, se ahogará, y se encontrará usted sentado encima de un cadáver.

Silencio.

—¿Me ha oído?

—¿Que le agarre la lengua?

Algo más, auténtico y caro, se rompe a lo lejos.

—Señor Parker, querido, espero que esté usted preparado —dice la princesa Alexander, con la cara congestionada de aguantarse la risa—. Sí, agárrele la lengua a Ellis. Inmovilícelo en el suelo, manténgale la boca abierta y tírele de la lengua todo lo que pueda, hasta que yo baje a ayudarlo.

El pomo gira.

Todos los velos están encima del tocador, lejos de mi alcance.

La puerta se abre lo suficiente para chocar contra el zapato de tacón de Brandy, que está tirada en el suelo, muerta de risa y casi llena de Valium, medido desnuda y drogada. Estoy demasiado lejos para ver la cara de Parker con su única ceja, y demasiado lejos para que esa cara me vea sentada encima del váter.

Brandy grita:

—Estoy ayudando a la señorita Arden Scotia.

Ante la alternativa de sujetarle la lengua a un extraño y ver a un monstruo salir de una concha de caracol gigante, la cara retrocede y cierra la puerta de un portazo.

Por el pasillo resuenan las pisadas de un universitario con una beca de fútbol.

Luego retumban escaleras abajo.

Ese gran diente que es Parker cruza el vestíbulo en dirección a la sala de estar.

El grito de Ellis, real, inesperado y lejano, llega a través del suelo desde el piso de abajo. Y cesa de pronto.

—Bueno —dice Brandy—, ¿dónde estábamos?

Vuelve a tumbarse, con la cabeza entre mis pies.

—¿Has vuelto a pensar en la cirugía plástica? —pregunta Brandy. Y luego dice —: Enchúfame.

# 19

Cuando sales con un borracho, te fijas en cómo te llena la copa para que él pueda vaciar la suya. Mientras bebes, beber está bien. Dos son compañía. Beber es divertido. Si hay una botella, aunque no tengas la copa vacía, el borracho siempre te pone un poquito en el vaso antes de rellenar el suyo.

Esto parece generosidad.

Esa Brandy Alexander está todo el día a vueltas con el tema de la cirugía plástica. Por qué no me parezco a lo que tengo delante. Con los pechos de silicona, las caderas liposuccionadas, sus medidas de reloj de arena Katty Kathy 11640-66, el hada madrina, *my fair lady*, Pigmalión, mi hermano resucitado de entre los muertos, Brandy Alexander está muy puesta en cuestiones de cirugía plástica.

Conversación de cuarto de baño.

Brandy sigue tumbada en el frío suelo de baldosas, en la cima de la colina del Capitolio, en Seattle. El señor Parker ha venido y se ha marchado. Brandy y yo hemos pasado la tarde solas. Sigo sentada en el borde de una enorme concha de caracol de cerámica adosada a la pared. Intentando matarla a mi estúpida manera. La melena caoba de Brandy está entre mis pies. Pintalabios y Dolantina, colorete y Oxycontin 5, Sueños Berenjena y pentotal yacen desperdigados por todas las superficies aguamarina del tocador.

He pasado tanto tiempo con un puñado de Valium en la mano que la palma se me ha puesto azul Tiffany's. Brandy y yo solas, toda la tarde, con el sol cada vez más bajo entrando por los ojos de buey.

—Mi cintura —dice Brandy. La boca Plumbago resulta demasiado azul, azul Tiffany's claro, para ser más exactos. Sobredosis de azul bebé—. Sofonda decía que mi cintura tenía que medir cuarenta centímetros. Y yo le decía: «Señorita Sofonda, tengo los huesos grandes. Mido un metro ochenta. Para mí es imposible tener una cintura de cuarenta centímetros».

Sentada en la concha de caracol, solo escucho a medias.

—Sofonda dice que es posible, pero que tengo que confiar en ella. Que cuando me despierte en el hospital, tendré una cintura de cuarenta centímetros.

Ya he oído la misma historia en otros doce cuartos de baño. Otro frasco en la repisa; es Bilax. Lo busco en el vademécum.

Bilax. Un laxante.

A lo mejor debería meter unas cuantas pastillas en esa boca que no para de hablar entre mis pies.

Pasemos a Manus en el rodaje de aquel anuncio. Éramos guapísimos. Yo tenía cara.

Él no estaba atiborrado de estrógenos.

Creo que nuestra relación era de amor verdadero. Al menos en mi caso. Yo estaba completamente instalada en el amor, aunque en realidad todo era sexo y podía terminar en cualquier momento, pues en el sexo de lo que se trata es de llegar. Manus cerraba sus intensos ojos azules, movía la cabeza a uno y otro lado, y tragaba saliva.

Y yo le decía a Manus que sí, que había llegado justo al mismo tiempo que él.

Conversación de almohada.

Casi siempre te dices que quieres a alguien cuando en realidad lo estás utilizando.

Y eso parece amor.

Pasemos a Brandy en el suelo del cuarto de baño, diciendo:

—Sofonda, Vivienne y Kitty estuvieron conmigo en el hospital. —Sus manos se levantan un poco de las baldosas y se mueven arriba y abajo por los costados de su blusa—. Las tres llevaban esos trajes sueltos de color verde maleza, y redecillas sobre las pelucas, con broches estilo duquesa de Windsor en las solapas de los trajes —dice Brandy—. Revoloteaban detrás del cirujano y de las luces, y Sofonda me decía que contase hacia atrás desde cien. Ya sabes: noventa y nueve. . . noventa y ocho. . . noventa y siete. . .

Los ojos de color Sueños Berenjena se cierran. Brandy, respirando hondo y de manera regular, dice:

—Estuve dos meses sin poder sentarme en la cama, pero tenía una cintura de cuarenta centímetros. Y sigo teniendo una cintura de cuarenta centímetros.

Una de las manos de Brandy se abre como una flor y se desliza sobre la tierra plana donde su blusa se hunde bajo la cinturilla de la falda.

—Me quitaron dos costillas, y nunca más volví a verlas. En la Biblia dicen algo de quitarse las costillas.

La creación de Eva.

—No sé por qué les dejé que me hicieran eso —dice Brandy.

Y se queda dormida.

Volvamos a la noche en que Brandy y yo emprendimos este viaje, a la noche en que salimos del hotel Congress y Brandy conducía como solo se puede conducir a las dos y media de la mañana en un descapotable, con una escopeta cargada y un rehén drogado. Brandy oculta los ojos detrás de unas RayBan, para tener un poco de intimidad. Con un glamour de otro planeta en la década de 1950, Brandy se cubre el pelo con un pañuelo de Hermès, que se ata debajo de la barbilla.

Solo veo mi cara reflejada en las Ray-Ban de Brandy, diminuta y horrible. Todavía estirada y azotada por el aire frío de la noche que se cuela alrededor del

parabrisas. La bata pillada con la puerta del coche. Si tocaras mi cara destrozada por un disparo y cubierta de cicatrices, jurarías que estabas tocando trozos de cáscara de naranja y cuero.

Mientras conducimos hacia el este, no estoy segura de saber de qué estamos huyendo. Si de Evie o de la policía o del señor Baxter o de las hermanas Rhea. O de nadie. O del futuro. O del destino. Creciendo, envejeciendo. Recogiendo los pedazos. Como si por el hecho de huir no tuviésemos que seguir adelante con nuestras vidas. Y ahora mismo estoy con Brandy porque no soy capaz de huir de esto sin ayuda de Brandy. Porque en este momento la necesito.

No es que la quiera. A él. A Shane.

La palabra «querer» me suena cada vez más hueca.

Con el pañuelo de Hermès en la cabeza, con las gafas puestas, con la cara maquillada, miro a la reina suprema entre el flash-flash y flash-flash y flash-flash de los faros de los coches con los que nos cruzamos. Y lo que veo al mirar a Brandy es lo que vio Manus cuando me llevó a navegar.

En este momento, captando destellos de Brandy a mi lado, en el coche de Manus, sé qué es lo que amaba en ella. Me amaba a mí misma. Brandy Alexander es exactamente igual a como era yo antes del accidente. ¿Por qué no? Es mi hermano. Shane. Shane y yo teníamos casi la misma estatura, nos llevábamos solo un año. Teníamos la misma piel. Los mismos rasgos. El mismo pelo, solo que el pelo de Brandy está en mejor estado.

Sumémosle a eso su liposucción, su silicona, su nuez limada, sus cejas limadas, su cuero cabelludo recolocado, su frente remodelada, su rinoplastia y su maxilocirugía para contornear la barbilla. Sumémosle a todo eso los años de electrólisis y un puñado de hormonas y antiandrógenos diarios, y no es de extrañar que no la reconociese.

Además de que creía que mi hermano llevaba varios años muerto. Nadie espera encontrarse con los muertos.

Lo que amo es a mí misma. Era preciosa.

Mi cargamento de amor, Manusencerradoenelmaletero, Manusquehaintentadomatarme. . . ¿cómo puedo seguir pensando que quiero a Manus? Manus fue el último hombre que pensó que yo era hermosa. Que me besó en los labios. Que me tocó. Manus es el último hombre que me dijo que me amaba.

Si repasas los hechos, resulta de lo más deprimente.

Solo puedo comer alimentos infantiles.

Mi mejor amiga se follaba a mi prometido.

Mi prometido casi me mata a puñaladas.

Le he prendido fuego a una casa y me he pasado la noche apuntando con una escopeta a personas inocentes.

Mi hermano, al que odio, ha regresado de entre los muertos para eclipsarme.

Soy un monstruo invisible, y soy incapaz de amar a nadie. No se sabe lo que es peor.

Pasemos a mí humedeciendo una toalla en el lavabo. En la gruta submarina, hasta las toallas y los trapos son de color aguamarina, con una cenefa de conchas en el borde. Pongo la toalla fría y húmeda en la frente de Brandy y la despierto, para que pueda seguir tomando pastillas. Para que muera en el coche en lugar de en ese cuarto de baño.

La ayudo a ponerse en pie y vuelvo a enfundarla en su chaqueta.

Tenemos que sacarla de allí antes de que alguien la vea en ese estado.

Vuelvo a ponerle los zapatos de tacón. Brandy se apoya en mí. Se apoya en la repisa. Coge un puñado de Bilax y lo mira bizqueando.

—La espalda me está matando —dice—. ¿Por qué consentiría que me pusieran estas tetas enormes?

La reina suprema parece dispuesta a tragarse un montón de pastillas de lo que sea.

Sacudo la cabeza. No.

Brandy me mira bizqueando.

—Las necesito.

Le muestro en el vademécum que el Bilax es un laxante.

—Ah. —Brandy vuelve la mano para meterse el Bilax en el bolso, y unas pastillas caen pero otras se le quedan pegadas a la palma de la mano sudorosa—. Cuando te ponen las tetas, los pezones se quedan torcidos y demasiado altos; entonces te los cortan con un bisturí y te los recolocan.

Eso dice.

Recolocar.

El Programa de Recolocación de Pezones de Brandy Alexander.

Mi hermano muerto, el difunto Shane, sacude la mano húmeda para desprenderse de los últimos laxantes. Y dice:

—No tengo sensibilidad en los pezones.

Cojo los velos de la repisa y me cubro la cabeza con ellos.

«Gracias por no compartir. »

Paseamos un rato por los pasillos del segundo piso, hasta que Brandy anuncia que está lista para bajar las escaleras. Paso a paso, despacio, bajamos al vestíbulo. Mientras cruzamos el vestíbulo, a través de la puerta corredera del salón, cerrada, se oye la voz profunda del señor Parker, repitiendo suavemente lo mismo una y otra vez.

Brandy se apoya en mí y emprendemos de puntillas una lenta carrera a tres piernas por el vestíbulo, desde las escaleras hasta la puerta del salón. Abrimos la puerta unos centímetros y asomamos la cabeza.

Ellis está tumbado en la alfombra.

El señor Parker está sentado en el pecho de Ellis, con las manos enormes plantadas a los lados de la cabeza de Ellis.

Las manos de Ellis azotan el gran trasero de Parker, se clavan en la espalda de la chaqueta cruzada. La abertura de la chaqueta de Parker está rasgada por la costura desde el centro de la espalda hasta el cuello.

Una de las manos de Parker aprieta una billetera de piel de anguila, vieja y raída, entre los dientes postizos de Ellis.

Ellis tiene la cara brillante y de color rojo oscuro, como cuando te comes la tarta de cerezas en el concurso de tartas. Un desastre de cuadro pintado con el dedo a base de sangre de la nariz y lágrimas, de mocos y babas.

El señor Parker tiene el pelo caído sobre los ojos. La otra mano es un puño situado a diez centímetros de la lengua de Ellis.

Ellis le da manotazos al señor Parker entre las piernas gruesas y lo agarra con fuerza.

Jarrones Ming rotos y otros objetos de colección yacen por el suelo.

El señor Parker dice:

—Eso es. Así. Muy bien. Relájese.

Brandy y yo los miramos.

Yo, que quiero ver a Ellis destruido, pienso que todo es demasiado perfecto como para echarlo a perder.

Tiro de Brandy. Brandy, cariño. Será mejor que volvamos a subir. Que descanses un rato. Te daré un buen puñado de Centraminas.

# 20

Hablando de cirugía plástica, durante todo un verano fui propiedad del Hospital Memorial de La Paloma, y estudié lo que la cirugía plástica podía hacer por mí.

Había cirujanos a montones, y estaban los libros que compraban. Con fotos. Las fotos que veía eran en blanco y negro, gracias a Dios, y los cirujanos me explicaban qué aspecto tendría tras años de dolor.

La cirugía plástica suele empezar por algo llamado pedículo. Hay que seguir las pautas.

Esto se pondrá horripilante. Incluso aquí, en blanco y negro.

Con todo lo que he aprendido, podría ser médico.

Perdón, mamá. Perdón, Dios.

Manus dijo una vez que los padres eran Dios. Que los querías y querías hacerles felices, pero siguiendo tus propias reglas.

Los cirujanos decían que podías quitarte un trozo de piel de un sitio y ponértelo en otro. Pero no es como injertar un árbol. La sangre, las venas y los capilares no están conectados para mantener el injerto vivo. Y la piel acaba muriendo y desprendiéndose.

Da miedo, pero ahora, cuando veo que alguien se ruboriza, no pienso: Ay, qué tierno. El rubor solo me recuerda que la sangre se oculta bajo la superficie de todas las cosas.

La dermoabrasión, según me explicó este cirujano, equivale más o menos a rayar un tomate maduro. Por lo que más pagas es por el lío que se organiza.

Para hacer un injerto de piel, para reconstruir una mandíbula, tienes que quitarte una buena franja de piel del cuello. Cortar desde la base del cuello sin que el corte afecte a la piel de arriba.

Imaginad una especie de estandarte o de tira de piel que cuelga del cuello pero sigue sujeta a la cara. Como la piel sigue sujeta a la carne, recibe el flujo sanguíneo. Esta tira de piel sigue viva. Luego se coge la tira de piel y se enrolla hasta formar un cilindro o una columna. Se deja enrollada hasta que se cura y se convierte en un trozo de carne que cuelga en la parte posterior del rostro. Tejido vivo. Lleno de carne, de sangre sana, que cuelga caliente y te roza el cuello. Esto es un pedículo.

Solo la recuperación de la piel puede llevar meses.

Volvamos al Fiat rojo, con Brandy parapetada tras sus gafas de sol y Manus encerrado en el maletero. Brandy nos lleva hasta la cima de Rocky Butte, hasta las ruinas de un fuerte de vigilancia donde los estudiantes del turno de noche de los institutos de Parkrose y Grant y Madison se reúnen para romper botellas de cerveza y

practicar el sexo sin ningún tipo de precaución.

Los viernes por la noche, la colina está llena de jóvenes que dicen: «Mira, allí se ve mi casa. Esa luz azul de la ventana son mis padres viendo la tele».

Las ruinas no son más que un montón de bloques de piedra amontonados unos sobre otros. Dentro de las ruinas, el terreno es plano y pedregoso, está cubierto de cristales rotos y malas hierbas. Alrededor, en todas las direcciones menos en la de la carretera que sube, los acantilados de Rocky Butte ascienden desde la retícula luminosa de la ciudad.

Podrías ahogarte con tanto silencio.

Necesitamos un sitio donde estar. Hasta que se me ocurra qué hacer a continuación. Hasta que consigamos algo de dinero. Tenemos dos o tres días hasta que Evie vuelva a casa. Supongo que entonces llamaré a Evie y le haré chantaje.

Evie me debe un montón de cosas.

Puedo seguir adelante con mi plan.

Brandy conduce el Fiat a toda velocidad por la zona más oscura de las ruinas, luego apaga los faros y pisa el freno. Nos detenemos tan bruscamente que si no fuera por los cinturones de seguridad saldríamos disparadas contra el salpicadero.

En el coche suena un tintineo y un repiqueteo de metal y chatarra.

—Lo siento —dice Brandy—. Hay cosas en el suelo; se han metido debajo del pedal del freno cuando intenté parar.

Una música brillante como la plata sale rodando de debajo de nuestros asientos. Servilleteros y cucharillas de plata tropiezan contra nuestros pies. Brandy lleva candelabros de plata entre los pies. Una resplandeciente fuente de plata asoma por debajo del asiento de Brandy, entre sus largas piernas.

Brandy me mira. Con la barbilla hacia abajo, Brandy se coloca las Ray-Ban en la punta de la nariz y arquea las cejas perfiladas con lápiz.

Me encojo de hombros, y salgo para liberar mi cargamento amoroso.

Abro el maletero, pero Manus no se mueve. Tiene las rodillas contra los codos, las manos apretadas contra la cara, los pies metidos por debajo del trasero; Manus podría ser un feto con ropa de faena. No me había dado cuenta. He pasado tanta tensión esta noche que debéis perdonarme por no haberlo visto en casa de Evie, pero Manus está rodeado de objetos de plata. Un botín pirata en el maletero de su Fiat, y otras cosas.

Reliquias.

Una vela larga y blanca; hay una vela.

Brandy sale del coche dando un portazo y se acerca a mirar.

—Joder —dice, y pone los ojos en blanco—. Joder.

Hay un cenicero; no, es un objeto en forma de mano, junto al trasero inconsciente de Manus. Es un molde de esos que haces en el colegio, apoyando la mano en un

bloque de yeso húmedo, para el día de la Madre.

Brandy aparta el pelo de la frente de Manus.

—Es una auténtica monada —dice—, pero creo que se va a quedar tarado.

Es demasiado difícil explicárselo todo a Brandy por escrito, pero que Manus se quedase tarado carecería de importancia.

Lástima que sea solo por el Valium.

Brandy se quita las Ray-Ban para ver mejor. Se quita el pañuelo de Hermès y sacude la cabeza, mordiéndose los labios, humedeciéndolos con la lengua por si Manus se despierta.

—A los chicos monos es preferible darles barbitúricos —dice Brandy.

Te aseguro que lo tendré en cuenta.

Incorporo a Manus hasta sentarlo en el maletero con las piernas colgando sobre el parachoques. Los ojos de Manus, intensamente azules, parpadean, guiñan, parpadean, guiñan.

Brandy se inclina para observarlo atentamente. Mi hermano se dispone a quitarme el novio. Llegado este punto, lo que deseo es ver a todo el mundo muerto.

—Despierta, cariño —dice Brandy, apoyando la mano bajo la barbilla de Manus.

Y Manus bizquea y dice:

—¿Mami?

—Despierta, cariño —dice Brandy—. No pasa nada.

—¿Ahora?

—No pasa nada.

Se oye un sonido como de ráfaga; el sonido de la lluvia en el techo de una tienda de campaña o de un descapotable cerrado.

—¡Dios mío! —exclama Brandy, retrocediendo—. ¡Cristo bendito!

Manus parpadea y mira a Brandy; luego se mira el regazo. Una de las perneras de sus pantalones de faena se oscurece cada vez más, en dirección a la rodilla.

—Es monísimo, pero acaba de mearse en los pantalones —dice Brandy.

Volvamos a la cirugía plástica. Pasemos al feliz día de la curación. Llevas ese colgajo de piel en el cuello durante varios meses; pero no hay solo una tira. Normalmente son media docena de pedículos, para que el cirujano disponga de mayor cantidad de tejido.

Para la reconstrucción, tienes que pasarte dos meses con esos colgajos en el cuello.

Dicen que lo primero en lo que se fija la gente es en los ojos. Renunciarás a esa esperanza. Pareces un derivado cárnico triturado y procesado en una fábrica de aperitivos.

Una mamá se deshace en la lluvia.

Una piñata rota.

Las tiras de piel caliente que te cuelgan del cuello están sanas; son tejido vivo y sano. El cirujano las levanta todas y te coloca el extremo sano en la cara. Así es como el tejido se traslada y adhiere a tu piel sin dejar de recibir el flujo sanguíneo. Luego levantan toda la piel suelta y hacen con ella un montón, hasta darle la forma de una mandíbula. En el cuello, donde antes había piel, ahora solo hay cicatrices. La mandíbula es un amasijo de tejido injertado que los médicos esperan que agarre y se asiente.

Los cirujanos y el paciente esperan otro mes. Pasas otro mes escondida en el hospital, esperando.

Pasemos a Manus sentado entre su orina y su plata, en el maletero de su deportivo rojo. Un regreso a la edad de aprender a usar el orinal. Ocurre a veces.

Yo estoy en cuclillas delante de él, buscando el bulto de su billetera.

Manus solo mira a Brandy. A lo mejor piensa que soy yo, la antigua yo, con cara.

Brandy pierde el interés.

—No se acuerda de nada. Piensa que soy su madre. Su hermana, todavía; pero. . . ¿su madre?

Completamente *déjà vu*. Inténtalo, hermano.

Necesitamos un sitio donde instalarnos, y Manus necesita un espacio nuevo. No el viejo que compartíamos. O nos esconde en su casa o le digo a la policía que me ha secuestrado y ha prendido fuego a la casa de Evie. Manus no sabrá que el señor Baxter y las hermanas Rhea me han visto por la ciudad con una escopeta.

Con un dedo, escribo en el polvo:

tenemos que encontrar su cartera.

—Tiene los pantalones mojados —dice Brandy.

Manus me mira, se endereza y se da con la cabeza contra la puerta del maletero abierto. Joder, tío, todos sabemos que eso duele, pero no es ninguna tragedia hasta que Brandy Alexander reacciona exageradamente.

—Pobrecito —dice.

Y Manus empieza a sollozar.

Manus Kelly, la última persona del mundo con derecho a hacerlo, está llorando.

Me repugna.

Pasemos al día en que el injerto agarra, y aun así sigue necesitando sujeción. Aunque el injerto cure y llegue a parecer una especie de mandíbula tosca, sigues necesitando una mandíbula de verdad. Sin mandíbula, el tejido blando y vivo podría reabsorberse.

Esa es la palabra que empleaban los cirujanos.

Reabsorción.

En mi cara, como si yo fuese una esponja hecha de piel.

Pasemos a Manus llorando y a Brandy inclinada sobre él, arrullándolo y acariciándole ese pelo tan sexy.

En el maletero hay unos zapatitos de bebé de bronce, una fuente de plata ennegrecida, una imagen de un pavo hecha con macarrones pegados sobre un cartón.

—Bueno —dice Manus, sollozando y limpiándose la nariz con la mano—. Ahora que me siento bien, puedo decirte algo. —Manus mira a Brandy inclinada sobre él y a mí acuclillada en el suelo—. Primero los padres te dan la vida, pero luego intentan imponerte la suya.

Para construir una mandíbula, los cirujanos te rompen trozos de la tibia, junto con su correspondiente arteria. Primero sacan el hueso a la luz y lo esculpen allí mismo, en la pierna.

Otra posibilidad es que te rompan otros huesos, por lo general huesos largos, de las piernas y los brazos. Dentro de estos huesos está la médula, blanda y esponjosa.

Esa es la palabra que empleaban los cirujanos, y la que aparece en los libros.

Esponjosa.

—Mi madre y su nuevo marido —dice Manus—, porque mi madre se ha casado un montón de veces, acaban de comprarse un apartamento en Bowling River, en Florida. La gente menor de sesenta años no puede comprar una propiedad allí. Hay una ley que lo impide.

Miro a Brandy, que sigue comportándose como una madre hiperprotectora, arrodillada, apartándole a Manus el pelo de la frente. Miro por el barranco que hay a nuestro lado. Las lucecitas azules que se ven en todas las casas son gente viendo la televisión. Azul claro Tiffany's. Azul Valium. Gente en cautividad.

Primero mi mejor amiga y ahora mi hermano intentan robarme a mi novio.

—Fui a verlos las últimas Navidades —dice Manus—. Mi madre vive en el campo ocho, y están encantados. Es como si la edad no contase en Bowling River. Mi madre y mi padrastro acaban de cumplir los sesenta, de manera que son de los más jóvenes. Todos los viejos me miran como si fuera casi con toda seguridad un ladrón de coches.

Brandy se pasa la lengua por los labios.

—Teniendo en cuenta la edad media en Bowling River, yo todavía no he nacido —dice Manus.

Hay que conseguir una buena cantidad de esa pulpa ósea esponjosa y sanguinolenta. De médula. A continuación se insertan las esquirlas y la médula en la masa blanda del tejido injertado.

Claro que tú no haces nada de esto; los cirujanos lo hacen todo mientras duermes.

Cuando las esquirlas se colocan muy cerca unas de otras, acaban formando fibroblastos y uniéndose entre sí. Otra palabra técnica.

Fibroblastos.

Y esto también lleva meses.

—Mi madre y su marido —dice Manus, sentado en el maletero de su Fiat Spider en lo alto de Rocky Butte— me regalaron una caja enorme y muy bien envuelta. Es del tamaño de un equipo de música o de un televisor grande. Es lo que esperaba. Quiero decir que, si hubiese sido cualquier otra cosa, me habría gustado más.

Manus desliza un pie y lo apoya en el suelo; luego el otro. Una vez en pie, se vuelve hacia el Fiat lleno de plata.

—Pues no —dice Manus—, me regalaron toda esta mierda.

Manus, con sus botas militares y su ropa de faena, saca una gran tetera de plata del maletero y mira su reflejo deformado en la superficie convexa.

—Toda la caja está llena de reliquias de familia que nadie quiere para nada.

Igual que yo cuando estrellé la pitillera de cristal de Evie contra la chimenea, Manus se estira y lanza rápidamente la tetera a la oscuridad. Por el barranco, entre la oscuridad y las luces de la periferia, la tetera sale volando tan lejos que no la oímos aterrizar.

Sin darse la vuelta, Manus vuelve a agacharse y coge otro objeto. Un candelabro de plata.

—Este es mi legado —dice Manus. Arrojado a la oscuridad, el candelabro gira y gira, en un silencio como en el que imaginamos que vuelan los satélites.

—Ya sabéis —dice Manus, cogiendo un brillante puñado de servilleteros— que los padres son una especie de Dios. Claro que los quieres y te gusta saber que están ahí, pero solo los ves cuando quieren algo.

La fuente de plata ennegrecida remonta el vuelo, arriba, arriba, hacia las estrellas, y aterriza en algún lugar, en medio de las luces de la tele.

Y una vez que las esquirlas y la médula se han soldado para proporcionarte una mandíbula nueva bajo el injerto de piel, entonces el cirujano intenta convertirlo todo en algo que permita hablar, comer y maquillarte.

Esto después de muchos años de dolor.

Años de vivir con la esperanza de que lo que puedes llegar a tener será mejor que lo que tienes. Años de tener peor aspecto y de sentirte peor con la esperanza de acabar mejor.

Manus saca del maletero la vela blanca.

—El otro regalo de Navidad que me hizo mi madre —dice Manus— fue una caja llena de todos los chismes que había guardado de cuando yo era pequeño. Mirad —dice, sosteniendo la vela—, la vela con la que me bautizaron.

Manus lanza la vela a la oscuridad.

Luego les toca el turno a los zapatitos de bronce.

Envueltos en un faldón bautismal.

Luego un puñado de dientes de leche.

—A la mierda el ratoncito Pérez —dice Manus.

Un rizo de pelo rubio guardado en una cajita colgada de una cadena; la cadena cuelga y sale disparada de la mano de Manus, hasta que se pierde en la oscuridad.

—Dijo que me lo daba porque ya no tenía donde guardarlo. No porque no lo quisiera.

La mano de yeso de segundo curso da vueltas y vueltas en la oscuridad.

—Bueno, mamá, si todo esto no era lo bastante bueno para ti —dice Manus—, yo tampoco quiero cargar con toda esta mierda.

Pasemos a todas las veces que Brandy Alexander me habla de la cirugía plástica y pienso en los pedículos. En la reabsorción. En los fibroblastos. En la médula ósea. Años de dolor y de esperanza; y cómo no me voy a reír.

La risa es el único sonido reconocible que soy capaz de emitir.

Brandy, la bienintencionada reina suprema, con unas tetas de silicona tan grandes que casi no puede mantener la espalda erguida, dice: «Tú fíjate en lo que se ve por ahí».

Y entonces dejo de reírme.

De verdad, Shane, no necesito tanta atención.

Seguiré usando mis velos.

Ya que no puedo ser hermosa, quiero ser invisible.

Pasemos al cucharón de servir el ponche, volando hacia ninguna parte.

Pasemos a todas las cucharas lanzadas.

Pasemos a todas las notas del colegio y a las fotos tiradas.

Manus arruga un trozo de papel grueso.

Su partida de nacimiento. Y la hace desaparecer. Luego se queda balancéandose punta-talón, punta-talón, abrazándose el tronco.

Brandy me mira para decir algo. Escribo con un dedo, en el polvo:

manus, ¿dónde vives ahora?

Siento ligeras ráfagas frías en el pelo y en los hombros rosa melocotón. Está lloviendo.

Brandy dice:

—Mira, no quiero saber quién eres, pero si pudieras ser alguien, ¿quién serías?

—No quiero ser viejo; de eso estoy seguro —dice Manus, sacudiendo la cabeza —. Para nada. —Con los brazos cruzados, se balancea punta-talón, punta-talón. Manus hunde la barbilla en el pecho y se mece, mirando las botellas rotas.

Llueve con más fuerza. El perfume de Brandy, L'Air du Temps, impide oler mis plumas de avestruz chamuscadas.

—Entonces serás el señor Denver Omelet —dice Brandy—. Denver Omelet conoce a Daisy Saint Patience. —La manaza de Brandy, cargada de anillos, se abre como una flor y se posa sobre su gloria de silicona de 116 centímetros—. Estas —dice—, esto es Brandy Alexander.

# 21

Pasemos a un momento cualquiera, a ninguno en especial, cuando Brandy y yo estamos en la consulta de la logopeda y Brandy me toca la cara por debajo del velo, las conchas y el marfil de mis molares, acaricia el cuero repujado de mi tejido cicatricial, seco y pulido por la fricción continua de mi respiración. Me palpo la saliva seca y viscosa a ambos lados del cuello, y Brandy dice que no me observe desde demasiado cerca.

—Cariño —dice—, en momentos así, ayuda pensar que uno es como un sofá o un periódico, algo fabricado por un montón de gente extraña, pero no para que dure eternamente.

El extremo abierto de mi garganta resulta almidonado y plástico, como el punto de canalé, rígido como una tela con apresto. El tacto es idéntico al del borde superior de un vestido o un maillot sin tirantes, sujeto por dentro con alambres o plásticos cosidos. Duro pero cálido, como el color rosa. Huesudo pero cubierto de piel suave.

Este tipo de mandibulectomía traumática aguda sin reconstrucción puede producir apnea del sueño si no se introduce una cánula en la traqueostomía. Así hablaban entre ellos durante las visitas de la mañana.

Y la gente piensa que me cuesta entender.

Lo que me dijeron los médicos fue que, si no lograban construir algo parecido a una mandíbula, al menos una especie de alero, podía morir mientras dormía en cualquier momento. Podía dejar de respirar y no volver a despertarme. Una muerte rápida e indolora.

Escribo en mi cuaderno:

no se burlen de mí.

Estamos en la consulta de la logopeda, y Brandy dice:

—Ayuda pensar que ya no eres responsable de tu aspecto, como tampoco lo es un coche. No eres más que un producto. Un producto de un producto de un producto. Los diseñadores de coches son productos. Tus padres son productos. Tus padres eran productos. Tus maestros, productos. El sacerdote de tu iglesia, otro producto.

A veces el mejor modo de manejarse con toda esta mierda, dice, es no aferrarse a que uno es algo muy valioso.

—Lo que digo es que no puedes huir del mundo y no eres responsable de tu aspecto, de si eres bellísima o más fea que un cardo. No eres responsable de lo que sientes ni de lo que dices ni de cómo actúas ni de lo que haces. Nada de eso está en tus manos —dice Brandy.

Igual que un CD no es responsable de lo que lleva grabado; así es como somos.

Eres casi tan libre de actuar como un ordenador programado. Eres casi tan único como un billete de dólar.

—No hay en ti un tú real —dice—. Hasta tu cuerpo físico, todas tus células, serán distintas dentro de ocho años.

Piel, huesos, sangre y trasplante de órganos de persona a persona. Incluso lo que llevas dentro, las colonias de microbios y de virus que se comen tu comida, sin ellos morirías. Nada tuyo es completamente tuyo. Todo lo que tienes es heredado.

—Relájate —dice Brandy—. Lo mismo que estás pensando lo piensan un millón de personas. Lo mismo que haces tú lo hacen ellos, y nadie es responsable. Todo tu ser es un esfuerzo cooperativo.

Por debajo del velo, toco con el dedo la punta húmeda de la lengua de un producto destrozado. Los médicos sugirieron usar un trozo de intestino delgado para agrandarme la garganta. Sugirieron esculpir las tibias y los peronés de este producto humano que soy, modelar los huesos e injertarlos para construirme, para construir el producto, una mandíbula nueva.

Escribo en mi cuaderno:

¿el hueso de la pierna conectado con el cráneo?

Los médicos no lo captan.

Escuchemos ahora la palabra del Señor.

—Eres un producto de nuestro lenguaje —dice Brandy— y de cómo son nuestras leyes y de cómo pensamos que nuestro Dios nos quiere. Cada molécula de tu cuerpo ha sido pensada por un millón de personas antes que tú. Todo lo que eres capaz de hacer es aburrido y anticuado y perfectamente válido. Estás a salvo porque estás atrapada en tu propia cultura. Todo lo que puedas concebir está bien porque puedes concebirlo. No puedes imaginar el modo de escapar. No hay salida alguna.

—El mundo —dice Brandy— es tu cuna y tu trampa.

Esto es después de mi recaída. Le escribo a mi agente y le pregunto por las posibilidades de conseguir trabajo como modelo de manos o de pies. Para anunciar relojes y zapatos. Mi agente me ha enviado flores al hospital hace algún tiempo. A lo mejor podría trabajar como modelo de piernas. No sabía hasta qué punto Evie les había ido con el cuento.

Para ser modelo de manos, me contesta, tienes que llevar un guante de la talla siete y un anillo de la talla cinco. Para ser modelo de pies hay que tener las uñas de los pies perfectas y calzar una treinta y ocho. Una modelo de piernas no puede

practicar ningún deporte. No se le pueden ver las venas. A menos que tus dedos, los de las manos y los de los pies, queden bonitos impresos en una revista tres veces más grandes de su tamaño normal, o ampliados doscientas veces en un cartel, no cuentes con trabajar con esa parte del cuerpo. Uso una talla ocho en guantes y calzo una treinta y nueve.

Brandy dice:

—Y si no hay manera de salir de nuestra cultura, entonces también estás atrapada. El mero hecho de querer salir de la trampa refuerza la trampa.

Los libros de cirugía plástica, los panfletos y los folletos prometían ayudarme a llevar una vida normal, una vida feliz; pero esto se parecía cada vez menos a lo que yo quería. Lo que quería se parecía cada vez más a lo que me han enseñado a querer. A lo que quiere todo el mundo.

Dame atención.

Flash.

Dame belleza.

Flash.

Dame paz y felicidad, una relación amorosa y un hogar perfecto.

Flash.

Brandy dice:

—Lo mejor es no oponer resistencia, sino dejarse ir. No te pases la vida intentando arreglar las cosas. Cuando huyes de algo solo consigues que permanezca más tiempo contigo. Cuando luchas contra algo, ese algo se vuelve más fuerte.

Dice:

—No hagas lo que quieres. Haz lo que no quieres. Haz lo que te han enseñado a no querer.

Es lo contrario de perseguir la felicidad.

Brandy me dice:

—Haz las cosas que te dan más miedo.

# 22

En Seattle, estuve observando la siesta de Brandy en nuestra gruta submarina durante más de ciento sesenta años. Yo estoy aquí sentada, con un montón de folletos de cirugía que muestran operaciones de modificación sexual. Intervenciones de transición. Cambios de sexo.

Las fotos en color muestran casi todas la misma toma de vaginas de diferente calidad. Tomas con el foco puesto en el oscuro introito vaginal. Dedos con las uñas rojas apoyados sobre los muslos separan los labios. El meato de la uretra, blando y rosado. El vello púbico afeitado en algunos casos. La profundidad de la vagina se clasifica en 15 centímetros, 18 centímetros y 5 centímetros. En algunos casos, el cuerpo esponjoso sin diseccionar forma un montículo alrededor de la abertura de la uretra. La capucha del clítoris, el frenillo del clítoris, los minúsculos pliegues de piel bajo la capucha que unen el clítoris con los labios.

Vaginas baratas, de mala calidad, construidas con tejido del escroto cubierto de vello incipiente, de vello aún activo, asfixiadas por el vello.

Una imagen perfecta, vaginas artísticas alargadas con secciones del colon, que se limpian y se lubrican con su propia mucosa. Clítoris sensibles hechos con trocitos de glande. El Cadillac de la vaginoplastia. Algunos de estos Cadillac tienen tanto éxito que el flujo de mucosa intestinal obliga a usar maxicompresas a diario.

Otras son vaginas antiguas, que es preciso tensar y dilatar a diario con un molde de plástico. Todos estos folletos son recuerdos del futuro cercano de Brandy.

Después de ver al señor Parker sentado encima de Ellis, ayudé al drogado e inerte cuerpo de Brandy a subir de nuevo las escaleras y a quitarse la ropa. Escupió los Darvon que intenté meterle en la garganta, le apoyé la espalda en el suelo del cuarto de baño y, al colgarme su chaqueta del brazo, encontré algo en el bolsillo. Era el libro de Miss Rona. Dentro del libro había un recuerdo de mi propio futuro.

Recostada sobre la gran concha de caracol de cerámica, leí:

«Quiero tanto a Seth Thomas que necesito destruirlo. Lo compensaré venerando a la reina suprema. Seth nunca me amará. Nadie volverá a amarme nunca».

Qué vergüenza.

Dame imperiosas gilipolleces emocionales con llanto.

Flash.

Dame estupideces egocéntricas.

Joder.

A la mierda. Estoy harta de ser yo. Yo, hermosa. Yo, fea. Rubia. Castaña. Con un millón de arreglos de moda que lo único que hacen es atraparme en mí misma.

Lo que yo era antes del accidente ahora ya es historia. Todo lo ocurrido antes de ahora, antes de ahora, antes de ahora, es solo la historia que llevo a cuestas. Supongo

que esto puede aplicarse a cualquier ser humano. Lo que necesito es una nueva historia sobre quién soy.

Lo que necesito es joderme hasta el punto de que ya no pueda salvarme.

# 23

Así es la vida en el Proyecto de Reencarnación de Brandy Alexander.

En Santa Bárbara, Manus, que entonces era Denver, nos enseñó a conseguir drogas. Íbamos los tres apiñados en el Fiat Spider desde Portland hasta Santa Bárbara, y Brandy quería morirse. Sin dejar de apretarse la nuca con las manos, no paraba de decir:

—Para el coche. Necesito vomitar. Tengo náuseas. Tenemos que parar.

Tardamos dos días en ir de Oregón a California, y eso que está a un paso. Manus no paraba de mirar a Brandy, de escucharla, y era tan evidente que se había enamorado de ella que yo solo quería para ellos una muerte cada vez más cruel.

Acabábamos de llegar a Santa Bárbara cuando Brandy dice que quiere salir y dar un paseo. El problema es que este es uno de los mejores barrios de California. En lo alto de las colinas sobre Santa Bárbara. Cuando paseas por allí, bien la policía, bien los vigilantes privados con los que te cruzas, quieren saber quién eres y te piden algún documento de identidad, por favor.

Pero Brandy vuelve a tener náuseas, y la princesa histérica saca una pierna por la puerta y está a punto de saltar del coche antes de que Denver Omelet se detenga. Lo que quiere Brandy son las pastillas de oxicodona que se ha olvidado en la suite 15-G del hotel Congress.

—No puedes ser guapa —dice Brandy, aproximadamente mil veces— hasta que te sientas guapa.

Allí arriba, en las colinas, aparcamos junto a un cartel que dice CASA ABIERTA. La casa en cuestión es una gran hacienda, con un aire tan español que te entran ganas de bailar flamenco encima de una mesa, de colgarte de una araña de hierro forjado, de llevar un sombrero y una bandolera.

—Aquí —le dice Denver—. Poneos guapas y os enseñaré cómo agenciarnos unos cuantos analgésicos.

Volvamos a los tres días que estuvimos escondidos en el apartamento de Denver, hasta que conseguimos algún dinero. Brandy ha tramado un nuevo plan. Antes de pasar por la mesa de operaciones, ha decidido encontrar a su hermana.

A mí, que quiero bailar sobre su tumba.

—La vaginoplastia es para siempre —dice—. Puedo esperar mientras soluciono algunos asuntos.

Ha decidido encontrar a su hermana y contárselo todo: lo de la gonorrea, por qué Shane no está muerto y qué pasó; todo. Seguro que le sorprendería descubrir lo mucho que su hermana sabe ya.

Yo solo pienso en salir de la ciudad, por si acaso hay contra mí una orden de busca y captura por incendio, y le digo a Denver que si no viene con nosotras iré a la policía y lo acusaré a él. De incendio, de secuestro y de intento de asesinato. A Evie le envío una carta.

A Brandy le escribo:

vamos a viajar un poco. ver qué pasa.

Parece un esfuerzo, pero todos tenemos algo de lo que huir. Y cuando digo todos, me refiero al mundo entero. De manera que Brandy se piensa que nos vamos de viaje, en busca de su hermana, y Denver viene coaccionado. Mi carta a Evie la espera en el buzón cuando vuelve a su casa en ruinas. Puede que Evie esté en Cancún:

La carta dice:

> A la señorita Evie Cottrell:
>
> Manus dice que me ha disparado, con tu ayuda, por vuestra asquerosa relación. Si no quieres ir a la CÁRCEL, busca un arreglo con la compañía de seguros por los daños que ha sufrido tu casa y tus pertenencias, lo antes posible. Reúne la cantidad total en billetes de diez y de veinte dólares, y envíamelo por correo ordinario a Seattle. Soy la persona a la que le has quitado el novio, tu ex mejor amiga, por más mentiras que te inventes. Si envías el dinero, daré por saldado el asunto y no acudiré a la policía para que te detenga y te meta en la CÁRCEL, donde tendrás que luchar día y noche por tu dignidad y tu vida, y acabarás perdiendo las dos cosas de todos modos. Me he sometido a una operación de cirugía plástica y estoy incluso mejor que antes. Manus Kelley está conmigo, sigue queriéndome, dice que te odia y que declarará ante los tribunales que eres una arpía.
>
> Firmado, Yo.

Pasemos a la orilla del océano Pacífico, aparcados junto a la hacienda española. Denver nos explica a Brandy y a mí cómo subir al piso de arriba mientras él entretiene al agente inmobiliario. El dormitorio principal será el que tenga la mejor vista; es fácil encontrarlo. En el cuarto de baño del dormitorio principal encontraremos las mejores drogas.

No olvidemos que Manus era subdetective de la policía, si llamamos a eso pasearse moviendo el culo entre los arbustos de Washington Park con unos calzoncillos Speedo una talla menor que la suya, a la espera de que algún maníaco sexual solitario se saque la polla; si eso es lo que hace un detective, entonces Manus era detective.

Porque la belleza es poder, igual que el dinero es poder y que un arma cargada es

poder. Y Manus, con su barbilla cuadrada y sus pómulos prominentes, podría ser la imagen de un cartel de propaganda nazi.

Cuando Manus aún luchaba contra el crimen, una mañana le sorprendí quitándole la corteza a una rebanada de pan. El pan sin corteza me recordaba a cuando era pequeña. Me pareció encantador, y pensé que me estaba preparando una tostada. Pero Manus se levantó, se puso delante del espejo en el apartamento que compartíamos, con sus Speedo blancos, y me preguntó si me gustaría metérsela por el culo, en el caso de que yo fuese hombre y fuese gay. Luego se puso unos Speedo rojos y volvió a preguntármelo. Taparle de verdad el conducto por donde sale la mierda, dice. Perforar al vaquero. No es una mañana que quisiera conservar grabada en vídeo.

—Lo que quiero es tener un paquete bien grande y un culo de adolescente. —Coge la rebanada de pan y se la mete dentro del Speedo—. No te preocupes; esto es lo que hacen los modelos de ropa interior, para tener mejor aspecto. Así consigues un paquete discreto. —Se coloca de lado frente al espejo y dice—: ¿Crees que necesito otra rebanada?

Cuando era detective y hacía buen tiempo, andaba por ahí con sandalias y unos calzoncillos rojos, mientras dos polis de paisano apostados muy cerca, dentro de un coche, esperaban a que alguien picase el anzuelo. Esto ocurría más a menudo de lo que suponéis. Manus era el cebo para limpiar Washington Park. Como policía normal jamás habría tenido tanto éxito; además, así no corría peligro de que le pegasen un tiro.

Todo era muy Bond, James Bond. Muy de capa y espada. Muy de espía contra espía. Además, conseguía un bronceado precioso. Además, conseguía deducir impuestos por ser socio de un gimnasio y comprarse calzoncillos Speedo nuevos.

Pasemos al agente inmobiliario de Santa Bárbara, estrechándome la mano y pronunciando una y otra vez mi nombre, Daisy Saint Patience, como hace uno cuando quiere causar buena impresión, pero sin mirarme por debajo de los velos. No le quita la vista de encima a Brandy y a Denver.

Encantado.

La casa es lo que uno espera desde fuera. En el comedor hay una gran mesa de caballete, de estilo colonial, llena de cicatrices, bajo una araña de hierro forjado en la que uno se podría columpiar. Un tapete español, de encaje bordado en hilo de plata, cubre la mesa.

Representamos a un famoso de televisión que quiere preservar su anonimato, dice Denver al agente. Esta celebridad nos ha encargado que le busquemos una casa para pasar un fin de semana. La señorita Alexander es experta en toxicidad, ¿sabe?, gases letales y otras posibles fugas en las viviendas.

—Cuando la moqueta está nueva —dice Denver—, hay garantías de que durante

dos años no habrá formaciones tóxicas de formaldehído.

Brandy dice:

—Lo sé muy bien.

La cosa era que cuando el paquete de Manus no andaba buscando hombres para llevárselos al dormitorio, Manus comparecía en el estrado con un traje de tres piezas, y declaraba que el acusado se le acercó, masturbándose en público de un modo morboso, y le pidió un cigarrillo.

—Como si yo tuviera pinta de fumar —decía Manus.

Uno no sabría decir cuál de los vicios le parecía peor.

Después de Santa Bárbara, fuimos a San Francisco y vendimos el Fiat Spider. Me paso el día escribiendo notas en las servilletas: a lo mejor tu hermana está en la próxima ciudad; podría estar en cualquier parte.

En la hacienda de Santa Bárbara, Brandy y yo encontramos Centramina y Dexedrina, además de Metasedin, MioRelax y Dialose, que resultó ser un producto para ablandar las heces. También una crema llamada Licostrata, que resultó ser para blanquear la piel.

En San Francisco, vendimos el Fiat y algunas drogas y compramos un enorme vademécum rojo, para no robar inútilmente ablandadores de las heces y cremas blanqueadoras. En San Francisco, la gente mayor siempre vende sus casas repletas de medicamentos y hormonas. Teníamos Dolantina y Darvon 100. No esos insignificantes Darvon 50. Brandy se sentía magnífica conmigo cuando yo intentaba meterle una sobredosis de Darvon de 100 miligramos.

Después de vender el Fiat, alquilamos un Seville descapotable. Entre nosotros éramos los hermanos Zine:

Yo era Compa Zine.

Denver era Thora Zine.

Brandy, Stella Zine.

Fue en San Francisco donde empecé a suministrar en secreto a Denver su terapia hormonal, para destruirlo.

La carrera de Manus como detective había empezado a decaer cuando su índice de detenciones pasó de una diaria a una semanal, luego a cero y después siguió en cero. El problema era el sol, el bronceado, y el hecho de que se hacía mayor y empezaba a ser un cebo conocido, y ninguno de los hombres maduros a los que ya había detenido volvía a acercarse a él. Para los jóvenes era demasiado viejo.

Y Manus se volvió cada vez más atrevido. Sus calzoncillos Speedo eran cada vez más pequeños, y eso tampoco resultaba atractivo. Todo el mundo le aconsejaba que se comprase unos calzoncillos nuevos. Y entonces se vio en la obligación de entablar conversación. De charlar. De ser gracioso. De trabajarse de verdad a los chicos. De desarrollar una personalidad; y aun así, los más jóvenes, los únicos que no huían al verlo, rechazaban la invitación de Manus cuando este les proponía meterse entre los árboles, entre los arbustos.

Hasta los más salidos de todos, los que se comían con los ojos a todo el mundo, decían: «No, gracias».

O: «En este momento me apetece estar solo».

O peor: «Lárgate, viejo sátiro, si no quieres que llame a la poli».

Después de San Francisco, San José y Sacramento fuimos a Reno, y Brandy convirtió a Denver Omelet en Chase Manhattan. Íbamos a cualquier lugar donde yo estuviese segura de encontrar drogas. El dinero de Evie podía esperar.

Pasemos a Las Vegas, donde Brandy convierte a Chase Manhattan en Eberhard Faber. Vamos en el Seville por las tripas de la ciudad. Con todo ese neón intermitente: las luces rojas en una dirección, las blancas en otra. Las Vegas es como uno se imagina que debe de ser el cielo por la noche. Tenemos el Seville desde hace dos semanas y nunca hemos tenido que subir la capota.

Mientras cruzamos las tripas de Las Vegas, Brandy va sentada en el maletero, el trasero apoyado en la tapa y las piernas en el asiento trasero, embutida en un vestido de encaje metálico, sin tirantes, rosa como el centro incandescente de una baliza de carretera, con el cuerpo cubierto de lentejuelas y una larga capa de seda, desmontable, con las mangas de farol.

Su aspecto es tan deslumbrante que Las Vegas, con todo su brillo, no es más que un complemento de moda de Brandy Alexander.

Brandy levanta los brazos, con sus largos guantes de ópera de color rosa y grita con todas sus fuerzas. Su aspecto es estupendo, y se siente estupenda en ese momento. La larga capa de seda desmontable, con las mangas de farol, se desprende.

Y sale volando entre el tráfico de Las Vegas.

—Da la vuelta a la manzana —dice Brandy—. Tengo que devolver la capa en Bullock’s mañana por la mañana.

Cuando la carrera de Manus como detective empezó a declinar, decidimos ir al gimnasio todos los días, incluso dos veces al día. Aerobic, bronceado, nutrición; todas las estaciones del vía crucis. Se dedicaba a modelar su cuerpo, si eso significa que seis veces al día te bebes los batidos que sustituyen a la comida directamente del

envase y de pie junto al fregadero de la cocina. Luego Manus empezó a comprar por correo trajes de baño de importación, pequeñas bolsas con cuerdas y microfilamentos que se ponía en cuanto volvíamos del gimnasio, y me seguía a todas partes preguntando si me parecía que tenía el culo plano.

Si yo fuese hombre, y fuese gay, ¿pensaría que debería afeitarse el vello del pubis? Si yo fuese gay, ¿pensaría que él parecía demasiado desesperado? ¿Demasiado distante? ¿Tenía suficiente pecho? ¿O demasiado?

—No me gusta nada que los tíos piensen que soy una vaca imbécil —decía Manus.

¿Parecía demasiado gay? A los gays solo les gustan los hombres que parecen heterosexuales.

—No quiero que los tíos me vean como un culo pasivo —decía Manus—. No pienses que me dejo caer por allí y consiento que cualquiera me dé un repaso.

Manus dejaba siempre un cerco de pelos afeitados y espuma bronceadora en las paredes de la bañera, y esperaba que yo los limpiase.

En segundo plano siempre estaba la idea de volver a cumplir con una misión en la que podían matarte, asesinos sin nada que perder si tú morías.

Y a lo mejor, Manus podía trincar a algún turista viejo que pasease accidentalmente por su zona de Washington Park, aunque el jefe de la comisaría insistía casi a diario en que había que sustituir a Manus por alguien más joven.

Casi a diario, Manus sacaba un tanga metálico plateado, con rayas de tigre, del revoltijo del cajón de su ropa interior. Metía con gran esfuerzo el culo en aquella prenda mínima y se miraba de lado en el espejo, de frente, de espaldas, luego se lo arrancaba y dejaba encima de la cama el trozo de piel de animal muerto, para que yo lo viera. Probaba con piel de cebra, de tigre, de leopardo, de guepardo, de pantera, de puma, de ocelote, hasta que se quedaba sin tiempo.

—Son mis calzoncillos de la suerte; me protegen —decía—. Seamos sinceros.

Y yo me decía a mí misma que eso era amor.

¿Seamos sinceros? No sabía por dónde empezar. Estaba completamente desentrenada.

Después de Las Vegas alquilamos una furgoneta familiar. Eberhard Faber pasó a ser Hewlett Packard. Brandy llevaba un vestido de piqué largo, con los costados abiertos y sujetos con tiras cruzadas, y una raja en la falda completamente fuera de lugar en el estado de Utah. Nos detuvimos para ver el Gran Lago Salado.

Era lo que hacía todo el mundo.

Yo me pasaba el día escribiendo en la arena, escribiendo en el polvo del coche:

a lo mejor, tu hermana está en la próxima ciudad.

Escribiendo: ven, toma unos cuantos Vicodin más.

Cuando Manus ya no conseguía que los tíos se acercasen a él, empezó a comprar revistas pornográficas de hombres con hombres y a frecuentar los bares gay.

—Estoy investigando —decía.

—Puedes venir conmigo —decía—, pero no te acerques demasiado. No quiero enviar señales equívocas.

Después de Utah, Brandy convirtió a Hewlett Packard en Harper Collins, cuando llegamos a Butte. Allí, en Montana, alquilamos un Ford Probe, y Harper conducía mientras yo iba apretujada en el asiento trasero, y de vez en cuando Harper decía:

—Vamos a ciento sesenta kilómetros por hora.

Brandy y yo nos encogíamos de hombros.

La velocidad no parecía gran cosa en un lugar tan inmenso como Montana.

Puede que tu hermana no esté en estados unidos, escribía con el lápiz de labios en el espejo del cuarto de baño de un motel de Great Falls.

De manera que para que Manus conservase su trabajo, íbamos a bares gay, y yo me sentaba allí sola y me decía a mí misma que para los hombres la cuestión de la belleza era diferente. Manus flirteaba, bailaba y lanzaba copas a través de la barra a todo el que le parecía un desafío. Manus se sentaba en un taburete, a mi lado, y susurraba con la boca torcida.

—No puedo creer que ese esté con un tío así —decía.

Y señalaba con la cabeza para que yo supiera quién era el tío.

—La semana pasada, no quiso decirme la hora —me confiaba Manus entre dientes—. No debí de parecerle suficiente. ¿Le parece mejor esa basura andrajosa, ese rubio de bote?

Manus se encorvaba sobre su copa y decía:

—Estos tíos están hechos polvo.

Y yo hacía como que no pasaba nada.

Y me decía a mí misma que todo iba bien. Que en cualquier relación había momentos difíciles.

Pasemos a Calgary, en Alberta, cuando Brandy se comió los supositorios de Nebalino envueltos en papel dorado, creyendo que eran Almond Roca. Se pasó tanto que convirtió a Harper Collins en Addison Wesley. Durante casi todo el tiempo que pasamos en Calgary, Brandy llevó una chaqueta de esquiar blanca con el cuello de

piel sintética y un pantalón blanco de Donna Karan. Tenía un aspecto divertido, alegre, y nos sentíamos muy populares y de buen humor.

Las noches exigían una túnica hasta los pies, a rayas negras y blancas, que Brandy nunca se abotonaba hasta arriba, con unas mallas de lana negra debajo. Addison Wesley se convirtió en Nash Rambler, y alquilamos otro Cadillac.

Pasemos a Edmonton, en Alberta, cuando Nash Rambler se convirtió en Alfa Romeo. Brandy llevaba una cortísima enagua de crinolina, como un tutú, sobre unas mallas negras muy ajustadas y metidas en unas botas camperas. Llevaba además un corpiño de cuero, con marcas de ganado local grabadas a fuego.

En el agradable bar de un hotel de Edmonton, Brandy dice:

—No me gusta nada ver la línea de unión en la copa de Martini. Se nota por completo el molde. Es cristal barato.

Todos los tíos a su alrededor. Como focos. Recuerdo bien esa clase de atención. Durante todo el tiempo que pasamos en ese país, Brandy no tuvo que pagar una sola copa.

Pasemos a cuando Manus pierde su empleo como agente independiente de la brigada antivicio adjunto a la división de detectives de la policía Metropolitana. En mi opinión, nunca lo superó.

Se estaba quedando sin dinero. No es que al principio tuviese un montón de pasta en el banco. Y luego los pájaros se me comieron la cara.

Lo que no sabía es que Evie Cottrell vivía sola en su enorme y solitaria mansión, con el dinero de sus tierras y su petróleo en Texas, y decía que tenía que hacer un trabajo. Y que Manus seguía teniendo la imperiosa necesidad de demostrar que aún era capaz de mear en cualquier árbol. Un poder como el del espejito-espejito. Lo demás ya lo sabéis.

Pasemos a nuestro viaje, después de salir del hospital, después de conocer a las hermanas Rhea, cuando sigo echando en secreto hormonas y Progevera y Climen y Premarin en todo lo que Manus bebe y come. Whisky con estradiol. Vodka con etinilestradiol. Era tan fácil que daba miedo. Se pasaba el día mirando a Brandy con ojos como platos.

Todos huíamos de algo. De la vaginoplastia. De la edad. Del futuro.

Pasemos a Los Ángeles.

Pasemos a Spokane.

Pasemos a Boise y a San Diego y a Phoenix.

Pasemos a Vancouver, en la Columbia Británica, donde éramos emigrantes italianos que hablábamos inglés como segunda lengua, hasta que nos quedamos sin lengua materna.

—Tienes pechos de muchacha —le dice Alfa Romeo a la agente inmobiliaria, no recuerdo en qué casa.

Desde Vancouver volvemos a Estados Unidos siendo Brandy, Seth y Bubba-Joan, gracias a la profesionalísima boca de la princesa Princesa. Durante todo el camino hasta Seattle, Brandy nos lee cómo una niña judía con una misteriosa enfermedad muscular se convierte en Rona Barrett.

Visitamos grandes mansiones, robamos drogas, alquilamos coches, compramos ropa y devolvemos ropa.

—Cuéntanos una terrible historia personal —dice Brandy de camino a Seattle. Brandy siempre era mi jefe. Y eso que estaba muy cerca de la muerte.

Ábrete en canal.

Cuéntame la historia de mi vida antes de que muera.

Vuelve a cerrarte.

# 24

Volvamos a una sesión de fotos en el matadero, entre un montón de cerdos abiertos y destripados, colgados de un riel con una cadena. Evie y yo llevamos vestidos de fiesta de acero inoxidable, de Bibo Kelley, mientras el riel se mueve a nuestras espaldas al ritmo de cien cerdos por hora, y Evie dice:

—¿Qué pasó después del accidente de tu hermano?

El fotógrafo comprueba el fotómetro y dice:

—Nada. No hay manera.

El director artístico dice:

—Chicas, tenéis demasiado brillo de los animales muertos.

Los cerdos van pasando, grandes como un árbol hueco, todos rojos y brillantes por dentro, cubiertos con esa piel tan bonita por fuera, después de que alguien les haya afeitado con un soplete. En comparación con ellos me siento llena de pelos, y echo la cuenta de cuándo me depilé por última vez.

Y Evie dice:

—¿Tu hermano?

Yo voy como contando: viernes, jueves, miércoles, martes. . .

—¿Cómo pasó de estar mutilado a estar muerto? —dice Evie.

Los cerdos pasan tan deprisa que el director artístico no tiene tiempo de empolvarlos para quitarles el brillo. Es sorprendente que tengan la piel tan bonita. A lo mejor es que ahora los ganaderos les ponen protector solar. Creo que hace un mes que no estoy tan suave como ellos. Igual que en algunos centros de estética usan ahora el láser, incluso con el gel refrescante, también podrían usar un soplete.

—Chica del espacio —me dice Evie—. Llama a casa.

Hace demasiado frío en el matadero para llevar un vestido de acero inoxidable. Un montón de hombres con batas blancas y botas planas rocían los cuerpos vacíos de los cerdos con vapor extracaliente, y me entran ganas de cambiarles el trabajo. Incluso me entran ganas de cambiárselo a los cerdos. Le digo a Evie:

—La policía no se tragó la historia del aerosol. Estaban convencidos de que mi padre le había destrozado la cara a Shane. O de que mi madre había puesto el bote de laca en la basura. Lo llamaron «negligencia».

El fotógrafo dice:

—¿Qué tal si volvemos a colocarnos y probamos a iluminar a los cerdos desde atrás?

—Producirá un efecto demasiado estroboscópico —dice el director artístico.

—¿Por qué pensaba eso la policía? —dice Evie.

—Ni idea. Alguien estuvo haciendo llamadas anónimas —digo.

El fotógrafo dice:

—¿Podemos detener la cadena?

El director artístico dice:

—No, a menos que consigamos que la gente deje de comer carne.

Llevamos horas sin descansar, y Evie dice:

—¿Alguien mintió a la policía?

Los empleados del matadero nos están observando; algunos son muy monos. Se ríen y pasan rápidamente las manos arriba y abajo por las brillantes y negras mangueras de vapor. Nos enseñan la lengua. Coquetean.

—Luego Shane desapareció —le digo a Evie—. Así de simple. Hace un par de años, alguien llamó por teléfono a mis padres para decir que Shane había muerto.

Nos apartamos todo lo posible de los cerdos, todavía calientes. El suelo parece lleno de grasa, y Evie empieza a contarme una idea que tiene para hacer un *remake* de *Cenicienta*, solo que en lugar de que los pajaritos y los animales le hagan un vestido, lo que le hacen es la cirugía estética. Los azulejos le estiran la piel de la cara. Las ardillas le proporcionan implantes. Las serpientes le hacen la liposucción. Además, Cenicienta empieza siendo un chico solitario.

—Aunque le hacían todo el caso del mundo —le digo a Evie—, yo creo que fue mi hermano quien tiró el bote de laca al fuego.

# 25

Pasemos a un momento cualquiera, cuando Brandy y yo vamos de compras por la calle principal de una ciudad de Idaho, donde hay una sucursal de Sears, una cafetería, una vieja panadería y una agencia de la propiedad inmobiliaria donde nuestro señor White Westinghouse ha entrado para dar un poco la lata. Entramos en una tienda de ropa de segunda mano. Está al lado de la panadería, y Brandy dice que su padre hacía un truco con los cerdos antes de llevarlos al mercado. Dice que los alimentaba con las tartas caducadas que compraba en panaderías como esa. La luz del sol llega a través del aire limpio. Los osos y las montañas están a un paso.

Brandy me mira por encima de un perchero lleno de ropa de segunda mano.

—¿Has oído hablar de ese tipo de chanchullo? ¿Del de los cerdos?

Dice que su padre vendía patatas podridas. Se abre un saco de arpillera y se mete un tubo dentro. Se colocan alrededor del tubo un montón de patatas grandes, de la cosecha de ese año. Dentro del tubo se meten las patatas blandas y podridas del año anterior, para que la gente no las vea a través de la bolsa. Se saca el tubo y se cierra bien la bolsa para que no se mueva lo que hay dentro. Luego se venden las patatas en la carretera, con ayuda de los hijos, y aunque las vendas muy baratas, ganas dinero.

Ese día, en Idaho, teníamos un Ford. Era marrón, por dentro y por fuera.

Brandy separa las perchas, para ver todos los vestidos, y dice:

—¿Has oído alguna vez una historia más turbia?

Pasemos a Brandy y a mí en la tienda de segunda mano de la misma calle, detrás de una cortina, apiñadas en un probador del tamaño de una cabina telefónica. Brandy necesita que la ayude a meterse en un vestido de baile, un vestido como los de Grace Kelly, que lleva por todas partes escrito el nombre de Charles James.

Los vestidos de baile son increíbles, dice Brandy. Esos trajes de noche, con sus aros y sus corpiños sin tirantes, sus cuellos altos en forma de herradura y sus enormes hombreras, sus cinturas de avispa, sus volantes y sus miriñaques, nunca duran mucho tiempo. La tensión, el tira y afloja del satén y el crep intentando controlar el alambre y la armazón interior, la lucha de la tela y el metal, termina por dejarlos hechos jirones. La tela va envejeciendo por fuera, por donde se ve, y se va rompiendo por dentro.

La princesa Princesa dice:

—Necesito por lo menos tres Darvon para meterme en este vestido.

Abre la mano, y yo se los doy.

Brandy dice que su padre engordaba la carne de ternera con hielo picado para empaparla bien de agua antes de venderla. La engordaba con lo que se llama carne de toro, para cargarla de cereales.

—No era mala persona —dice—. Pero seguía las normas de una manera demasiado estricta.

No las reglas de ser bueno y honrado, sino las de proteger a la familia de la pobreza. Y de la enfermedad.

Algunas noches, dice Brandy, su padre entraba en su habitación mientras ella dormía.

No quiero oír esto. El Progevera y el Darvon producen en Brandy una especie de bulimia emocional, y es incapaz de guardar ningún secreto, ni siquiera los más desagradables. Me aliso los velos por encima de las orejas. «Gracias por no compartir. »

—Mi padre se sentaba en mi cama algunas noches —dice— y me despertaba.

Nuestro padre.

El traje de baile resucita gloriosamente en los hombros de Brandy, cobra vida de nuevo, imposible de llevar en ninguna parte durante los últimos cincuenta años, como de cuento de hadas. Una cremallera del grosor de mi columna vertebral sube justo por debajo del brazo de Brandy. Los paneles del corpiño pellizcan a Brandy en la cintura y la hacen explotar en los pechos, en los brazos desnudos y en el cuello largo. La falda está formada por varias capas de seda y tul amarillo pálido. Lleva tantos bordados dorados y tantas perlas que sería un exceso ponerse cualquier joya.

—Es como un palacio, este vestido —dice Brandy—, pero hace daño, a pesar de las drogas.

Las puntas rotas del alambre asoman en el borde del escote, en la cintura. Las esquinas de las placas de ballena del corsé cortan y pinchan. La seda está caliente, el tul áspero. Solo con que Brandy respire, el aluminio y el celuloide chocan por dentro, ocultos; el mero hecho de que Brandy esté viva los hace morder y roer la tela y la piel.

Pasemos a esa noche. El padre de Brandy siempre decía: «Date prisa. Vístete. Despierta a tu hermana».

A mí.

«Poneos los abrigos y meteos en la camioneta», decía.

Y nosotros obedecíamos, mucho después de que en las emisoras de televisión se hubiese cantado el himno nacional y hubiese terminado. No había nadie en la carretera más que nosotros; nuestros padres en la cabina y nosotras en la parte de

atrás. Brandy y su hermana, acurrucadas de costado en el suelo ondulado de la camioneta, entre el crujido de las hojas y el zumbido del motor. Rebotando con la cabeza en el suelo cada vez que pillábamos un bache. Con las manos apretadas contra la cara para no respirar el polvo y el estiércol seco que volaban a nuestro alrededor. Con los ojos bien cerrados, por la misma razón. No sabíamos adónde íbamos, pero intentábamos imaginarlo. Un giro a la derecha, otro a la izquierda, luego un largo tramo recto, a gran velocidad, luego otro giro a la derecha que nos hacía rodar sobre el costado izquierdo. No sabíamos cuánto duraría el viaje. No podíamos dormir.

Con el vestido hecho jirones, y quedándose muy quieta, Brandy dice:

—La verdad es que he hecho lo que he querido desde que tenía dieciséis años.

Cada vez que respira, incluso con esas mínimas aspiraciones producidas por la sobredosis de Darvon, Brandy guiña los ojos. Y dice:

—Cuando tenía quince años ocurrió un accidente. En el hospital, la policía acusó a mi padre de malos tratos. La cosa se complicó bastante. Yo no podía decirles nada, porque no había nada que decir.

Inspira y guiña los ojos:

—Los interrogatorios, el asesoramiento, la terapia, todo se eternizó.

La camioneta aminoró la marcha y se desvió hacia el borde de la carretera, hacia la gravilla o los baches, y el vehículo rebotó y traqueteó un poco más antes de pararse.

Así de pobres éramos.

Todavía tumbada en el suelo de la camioneta, te quitabas las manos de la cara. Nos habíamos detenido. El polvo y el estiércol se asentaban. El padre de Brandy abría la puerta trasera, y te encontrabas en una carretera sucia que discurría junto a un lúgubre muro de vagones rotos, caídos aquí y allá, descarrilados. Se hacían saltar las cerraduras de los vagones. Se volcaban las vagonetas abiertas y cargadas de troncos o de tablones. Los vagones cisterna goteaban. Los depósitos llenos de carbón o astillas de madera se volcaban y apilaban en montones negros o dorados. El intenso olor a amoníaco. El agradable olor a cedro. El sol empezaba a asomar en el horizonte, y nos rodeaba una luz salida de detrás del mundo.

Había leña para cargar la camioneta. Cajas de caramelos de azúcar y mantequilla. Cajas de papel de escribir y de papel higiénico, baterías, pasta de dientes, melocotón en almíbar, libros. Había por todas partes diamantes rotos de cristal blindado, alrededor de los vagones cargados de coches, con la marca de los coches nuevos grabada en los costados, y los coches destrozados, con sus neumáticos limpios y negros vueltos hacia arriba.

Brandy se levanta el vestido a la altura del escote y mira por debajo el parche de Estraderm que lleva en un pecho. Retira el adhesivo de otro parche y se lo pega en el otro pecho; luego vuelve a tomar aire como si le clavaran un puñal y hace un gesto de dolor.

—El embrollo terminó al cabo de dos o tres meses; todo el lío de la investigación por malos tratos —dice Brandy—. Un día, después de un entrenamiento de baloncesto, salgo del gimnasio y me encuentro con un hombre. Dice que es policía, y que quiere hacerme unas preguntas confidenciales.

Brandy toma aire y hace un gesto de dolor. Vuelve a levantarse el escote del vestido y se saca un disco de metadona de entre los pechos, muerde la mitad y vuelve a guardarse el resto.

Hace mucho calor en el probador con nosotras dos dentro y ese vestido que es como un enorme proyecto de ingeniería civil.

Brandy dice:

—Darvon. Rápido, por favor. —Y chasquea los dedos.

Saco otra cápsula roja y rosa, y se la traga a palo seco.

—El tío me dice que suba a su coche, para hablar, solo para hablar, y me pregunta si me gustaría decir algo que a lo mejor no me atreví a contarles a los policías encargados de la protección de los menores.

El vestido se está rasgando, la seda revienta por las costuras, el tul estalla, y Brandy dice:

—Y yo le digo al detective que no. Y él dice que vale. Dice que le gustan los chicos que saben guardar un secreto.

Cuando hay un descarrilamiento de trenes puedes coger dos mil lápices a la vez. Bombillas intactas y sin fundir. Montones de llaves ciegas. En la camioneta no cabían tantas cosas, y para entonces ya habían llegado otros camiones, con gente que cargaba el grano a paladas en los asientos traseros y gente que miraba los montones que habíamos formado con lo que más falta nos hacía: diez mil cordones para los zapatos o mil tarros de sal de apio. No necesitábamos las quinientas correas del ventilador del mismo tamaño, pero podíamos venderlas, igual que las baterías. No podíamos gastar la mantequilla antes de que se pusiese rancia, ni consumir los trescientos envases de laca para el pelo.

—El policía —dice Brandy, mientras todos los alambres asoman por la ceñida seda amarilla —me pone la mano en la pierna, sobre mis pantalones cortos, y me dice que no es necesario volver a abrir el caso. Que no debemos causarle más problemas a

mi familia. Dice que la policía quería detener a mi padre, como sospechoso. Pero que él puede impedirlo. Dice que todo depende de mí.

Brandy inspira y el vestido se rasga, espira y se va quedando cada vez más desnuda en más sitios.

—Lo único que sabía es que tenía quince años —dice Brandy—. No sabía nada.

La piel desnuda aparece a través de cientos de agujeros.

Cuando estábamos junto al tren descarrilado, mi padre decía que los de seguridad podían llegar en cualquier momento.

Lo que yo entendía era: seríamos ricos. Estaríamos seguros. Pero lo que en realidad quería decir era que teníamos que darnos prisa, de lo contrario nos sorprenderían y nos quedaríamos sin nada.

Me acuerdo perfectamente.

—El policía —dice Brandy— era joven; tendría veintiuno o veintidós años. No era un viejo verde. No era desagradable; pero aquello no era amor.

Con el vestido cada vez más rasgado, el esqueleto se rompe en distintas zonas.

—Sobre todo me produjo mucha confusión durante mucho tiempo.

Así es como crecí, con los descarrilamientos de tren. El único postre que tomaba entre los seis y los nueve años era budín de caramelo con mantequilla y azúcar. Y ahora odio los caramelos de mantequilla y azúcar. Incluso el color. Sobre todo el color. Y el sabor. Y el olor.

Conocí a Manus cuando tenía dieciocho años; un tío de lo más atractivo entró por la puerta en casa de mis padres y preguntó si habíamos vuelto a saber algo de mi hermano desde su desaparición.

Era un poco mayor, pero aún no se le había pasado el arroz. Veinticinco, como máximo. Me dio una tarjeta que decía: Manus Kelley. Brigada independiente especial antivicio. Aparte de eso, en lo único que me fijé fue en que no llevaba anillo de casado.

—Te pareces muchísimo a tu hermano —dijo.

Tenía una sonrisa divina. Y añadió:

—¿Cómo te llamas?

—Antes de volver al coche —dice Brandy—. Tengo que decirte algo sobre tu amigo. El señor White Westinghouse.

Antes Chase Manhattan, antes Nash Rambler, antes Denver Omelet, antes agente de la brigada independiente especial antivicio. Manus tiene treinta años. Brandy veinticuatro. Cuando Brandy tenía dieciséis, yo tenía quince. Puede que Manus ya fuese parte de nuestras vidas cuando Brandy tenía dieciséis.

No quiero escuchar esto.

El vestido más hermoso, antiguo y perfecto ha desaparecido. La seda y el tul se han deslizado, caído y amontonado en el suelo del probador, y el armazón de alambre y hueso está roto y ha saltado por todas partes, dejando tan solo unas marcas rojas en la piel de Brandy, y a Brandy de pie, muy cerca de mí, solo con la ropa interior.

—Tiene gracia —dice Brandy—. No es la primera vez que destrozo un vestido precioso que no es mío. —Y me hace un guiño con uno de sus ojos de color Sueños Berenjena. Siento el calor de su respiración y de su piel; está muy cerca.

—La noche que me fui de casa —dice Brandy—, quemé casi toda la ropa de mi familia, que estaba colgada en el tendedero.

Brandy tal vez sabe quién soy, o tal vez no. Me está abriendo su corazón, o me está tomando el pelo. Si lo sabe, podría estar mintiendo en lo tocante a Manus. Si no lo sabe, resulta que el hombre al que amo es un asqueroso y pervertido depredador sexual.

O Manus o Brandy me están mintiendo, a mí, que soy aquí el paradigma de la virtud y la verdad. No sé a quién de los dos odiar, si a Manus o a Brandy.

Yo con Manus o yo con Brandy. No era horrible, pero no era amor.

# 26

Tenía que haber un modo mejor de matar a Brandy. De liberarme. Un cierre rápido y definitivo. Una especie de fuego cruzado del que pudiera alejarme. Ahora, Evie me odia. Brandy tiene la cara que yo tenía antes. Manus sigue estando tan enamorado de Brandy que la seguiría a cualquier parte, aunque no sepa por qué. Lo único que tengo que hacer es poner a Brandy en el punto de mira de Evie.

Conversación de cuarto de baño.

La chaqueta de Brandy, ajustada en la cintura y con mangas tres cuartos, sigue doblada sobre la repisa aguamarina, junto al gran lavabo en forma de concha. Cojo la chaqueta, y mi recuerdo del futuro se deshace. Es una postal de cielos limpios y blancos, de 1962, del día de la inauguración del Space Needle. Si miras por los ojos de buey puedes ver lo que ha sido del futuro. Invadido por godos con sandalias y lentejas a remojo en las casas, el futuro que yo quería se ha esfumado. El futuro que me habían prometido. Todo cuanto esperaba. El modo en que supuestamente iban a ser las cosas. La felicidad, la paz, el amor y la comodidad.

«¿Cuándo dejó el futuro de ser una promesa para convertirse en una amenaza?», había escrito Ellis en el dorso de una postal.

Guardé la postal entre los folletos de vaginoplastia y labioplastia metidos entre las páginas del libro de Miss Rona. En la cubierta hay una foto tomada por satélite del huracán Blonde arrasando la Costa Oeste de su rostro. La rubia está cubierta de perlas, y aquí y allá brilla algo que podrían ser diamantes.

Parece muy contenta. Meto el libro en el bolsillo interior de la chaqueta de Brandy. Recojo los cosméticos y los fármacos desperdigados por las repisas y los aparto. El sol entra por los ojos de buey, muy bajo, y la oficina de correos no tardará en cerrar. Aún tengo que recoger el dinero del seguro de Evie. Como mínimo medio millón de dólares, supongo. No sé qué se puede hacer con tanto dinero, pero estoy segura de que algo se me ocurrirá.

Brandy ha caído en un estado de máxima emergencia capilar, y la sacudo.

Sus ojos color Sueños Berenjena parpadean, se cierran, parpadean, bizquean.

Tiene el pelo completamente aplastado por detrás.

Brandy se incorpora apoyándose sobre un codo.

—Como estoy drogada, puedo decirte una cosa. —Brandy me mira mientras me inclino sobre ella y le ofrezco una mano—. Tengo que decírtelo, aunque te quiero. No sé lo que te parecerá, pero me gustaría formar una familia contigo.

Mi hermano quiere casarse conmigo.

Le ofrezco a Brandy la mano. Brandy se apoya en mí; se apoya en el borde de la repisa. Y dice:

—No sería cosas de hermanas. Aún me quedan algunos días en mi Aprendizaje

para la Vida Real.

Robar drogas, vender drogas, comprar ropa, alquilar coches de lujo, devolver ropa, pedir bebidas combinadas, no es precisamente lo que yo llamaría Vida Real, al menos por mucho tiempo.

Las manos repletas de anillos de Brandy se abren como una flor para alisar la tela de su falda por delante.

—Aún conservo mi equipo original —dice.

Las manos siguen toqueteando el regazo de Brandy mientras ella se coloca de lado frente al espejo y se mira el perfil.

—Se suponía que tenía que esperar un año, pero entonces te conocí. Tenía las maletas preparadas en el hotel desde hacía semanas, a la espera de que vinieras a rescatarme. —Brandy se observa ahora el perfil contrario—. Te quería tanto que me pareció que tal vez no era demasiado tarde.

Brandy se extiende un poco de brillo en el labio superior y luego en el inferior, se seca ligeramente los labios con un pañuelo de papel y estampa un beso azul en la concha del caracol. Luego dice, con sus labios nuevos:

—¿Tienes idea de cómo se tira de la cadena?

Llevo horas sentada allí, pero no, no he visto dónde está la cisterna. Salgo al pasillo, para que Brandy tenga que seguirme si quiere cotorrear conmigo.

Tropieza al llegar a la puerta, donde las baldosas se unen con la alfombra del pasillo. Uno de los tacones de su zapato se ha roto. Se ha hecho una carrera en la media al rozarse con el marco de la puerta. Se ha agarrado a un toallero en busca de equilibrio y se ha levantado el esmalte de uñas.

La resplandeciente reina anal de la perfección dice:

—Joder.

La princesa Princesa, viene detrás de mí gritando:

—En realidad no quiero ser una mujer. ¡Espera! Si hago todo esto es porque me parece que es el mayor de los errores. Es ridículo y destructivo, y a cualquiera que le preguntes te dirá que estoy obrando mal. Por eso tengo que pasar por ello.

Brandy dice:

—¿No te das cuenta? Porque nos han enseñado a hacer lo correcto. A no cometer errores. Supongo que cuanto mayor parezca el error, más posibilidades tendré de romper con todo y empezar una vida de verdad.

Como Cristóbal Colón navegando rumbo al desastre en el fin del mundo.

Como Fleming y el moho en el pan.

—Todos los descubrimientos verdaderos surgen del caos —grita Brandy—, son resultado de dirigirse hacia lo que parece incorrecto y ridículo y tonto.

Su voz imperial resuena por toda la casa cuando grita:

—¡No puedes marcharte cuando te pido un minuto para explicarme!

Pone el ejemplo de una mujer que sube una montaña; no hay razón para emprender un ascenso tan duro, y algunos piensan que es una locura, una desventura, un error. Mientras escala la montaña, puede morir de hambre o de congelación, pasar días de agotamiento y dolor, pero continuar, no obstante, hasta la cima. Y a lo mejor eso le hace cambiar, aunque lo cierto es que tiene que compensar su historia.

—Pero yo —dice Brandy, que aún no se ha movido de la puerta y sigue mirándose las uñas desportilladas— estoy cometiendo el mismo error, solo que mucho peor todavía: el dolor, el dinero, el tiempo, y el hecho de ser despreciado por mis amigos de antes. Al final mi historia se reduce a mi cuerpo.

Una operación de cambio de sexo es para algunas personas un milagro, pero si no lo deseas de verdad, es la peor forma de automutilación.

Brandy dice:

—No es que me parezca malo ser mujer. Eso podría ser maravilloso si yo quisiera ser mujer. Pero lo cierto es que ser mujer es lo último que deseo. Es el mayor error que podría cometer.

Este es el camino hacia el mayor descubrimiento.

Porque estamos completamente atrapados en nuestra cultura, en el hecho de ser humanos en este planeta con el cerebro que tenemos, y con dos brazos y dos piernas, como todo el mundo. Estamos tan atrapados que cualquier escapatoria que imaginemos se convertiría nuevamente en una trampa. Todo lo que queremos, lo queremos porque nos han enseñado a quererlo.

—Lo primero que pensé fue amputarme un brazo y una pierna, el lado izquierdo o el derecho —dice, encogiéndose de hombros—, pero ningún cirujano quiso ayudarme.

Luego añade:

—También pensé en el sida, para conocer la experiencia; pero todo el mundo tenía sida y me pareció demasiado convencional, incluso esnob. Por eso las hermanas Rhea llamaron a mi familia; estoy segura. Esas zorras son muy posesivas.

Brandy se saca del bolso unos guantes blancos, de esos que se abotonan en la muñeca con una perla. El blanco no es una buena opción. En blanco, la mano de Brandy parece trasplantada de un ratón gigante de dibujos animados.

—Luego pensé en el cambio de sexo, en operarme. Las hermanas Rhea creen que me están utilizando, pero en realidad soy yo quien las utiliza a ellas por su dinero, por pensarse que me controlaban y que todo esto era idea suya.

Brandy levanta un pie para mirarse el tacón roto, y suspira. Luego se agacha para coger el otro zapato.

—No he hecho nada forzada por las hermanas Rhea. Nada. Lo he hecho porque era el mayor error que podía cometer. El mayor reto que podía ponerme a mí misma.

Brandy rompe el tacón del otro zapato, y los deja los dos planos.

—Hacen falta los dos pies para saltar al desastre —dice.

Y tira los tacones rotos al cubo de basura del cuarto de baño.

—No soy heterosexual ni soy gay —dice—. No soy bisexual. No me gustan las etiquetas. No quiero meter mi vida entera en una sola palabra. En una historia. Necesito encontrar algo distinto, incognoscible, un lugar que no figure en los mapas. Una auténtica aventura.

Una esfinge. Un misterio. Un vacío. Desconocido. Indefinido. Incognoscible. Indefinible. Esas fueron las palabras que Brandy empleó para describirme con mis velos. No era solo una historia de esas que avanzan diciendo y luego, y luego, y luego, y luego, hasta que mueres.

—Cuando te conocí —dice— me diste mucha envidia. Deseaba tener tu cara. Pensé que ir por la vida con esa cara requería mucho más valor que cualquier operación de cambio de sexo. Te permitiría hacer descubrimientos mayores. Te haría más fuerte de lo que yo podría llegar a ser jamás.

Empecé a bajar las escaleras. Brandy con sus zapatos planos, yo sumida en una confusión total, llegamos al vestíbulo y a través de las puerta de la sala de estar oímos la voz prolongada y profunda del señor Parker, escupiendo una y otra vez.

—Eso es. No haga nada más.

Brandy y yo nos paramos un momento junto a la puerta. Nos quitamos las pelusas de papel higiénico la una a la otra, y yo le ahueco a Brandy el pelo por detrás. Brandy se sube un poco las bragas y se estira la chaqueta.

La postal y el libro, metidos en su chaqueta; la polla, metida por debajo de las bragas. No se nota ninguna de las dos cosas.

Abrimos la puerta corredera de la sala y allí están el señor Parker y Ellis. El señor Parker tiene los pantalones bajados hasta las rodillas, y el culo peludo al aire. El resto de su desnudez está hundida en el rostro de Ellis. Ellis Island, antes agente especial de la brigada antivicio, Manus Kelley.

—Sí. Haz solo eso. Es fantástico.

Ellis se merece un sobresaliente en interpretación. Aprieta con las manos las nalgas del universitario futbolista y, con su barbilla cuadrada, de chico de cartel nazi, succiona todo lo que se puede tragar. Ellis gruñe y se atraganta mientras sale de su retiro forzoso.

# 27

El empleado de la oficina de correos me pide un documento de identidad, pero tiene que conformarse con mi palabra. La foto de mi carnet de conducir podría ser perfectamente de Brandy. Esto significa que tengo que escribir un montón de notas en papelajos para explicarle cómo soy ahora. Todo el tiempo que paso en la oficina de correos, miro de reojo para ver si soy portada del cartel de persona más buscada por el FBI.

Casi medio millón de dólares equivale a doce kilos de billetes de diez y de veinte metidos en una caja. Además, junto con el dinero hay una notita rosa de Evie, que dice: Blablablá, te mataré si me cruzo contigo. Y no puedo sentirme más feliz.

Arranco la etiqueta antes de que Brandy vea a quién va dirigido el envío.

Una ventaja de ser modelo es que mi número de teléfono no aparecía en las guías, y Brandy no podía encontrarme en ninguna ciudad. No estaba en ninguna parte. Y ahora viajamos hacia Evie. Hacia el destino de Brandy. Durante todo el camino de vuelta, Ellis y yo escribimos postales desde el futuro y las lanzamos por la ventanilla mientras nos dirigimos hacia el sur por la Interestatal 5 a tres kilómetros por minuto. Cada dos minutos estamos seis kilómetros más cerca de Evie y de su escopeta. Cada hora, ciento ochenta kilómetros más cerca del destino.

Ellis escribe: «Tu nacimiento es un error que te pasas toda la vida intentando enmendar».

La ventanilla electrónica del Lincoln desciende algo más de un centímetro, y Ellis lanza la postal al aire.

Yo escribo: «Te pasas la vida entera intentando convertirte en Dios, y luego mueres».

Ellis escribe: «Si no compartes tus problemas, lamentarás escuchar los problemas de otros».

Yo escribo: «Dios se limita a observarnos y a matarnos cuando le fastidiamos. No debemos convertirnos en un fastidio».

Pasemos a cuando estamos leyendo los anuncios inmobiliarios del periódico, buscando casas grandes. Lo hacemos cada vez que llegamos a una ciudad nueva. Nos sentamos en la terraza de un café agradable, nos tomamos un capuchino con trocitos de chocolate y leemos el periódico. Luego, Brandy llama a todas las inmobiliarias para saber en cuáles de las casas que se anuncian todavía vive gente. Ellis hace una lista de las casas que asaltaremos al día siguiente.

Nos alojamos en un buen hotel y echamos una cabezada. Pasada la medianoche, Brandy me despierta con un beso. Ella y Ellis se van a vender lo que robamos en

Seattle. Seguramente han estado follando. No me importa.

—No —dice Brandy—, la señorita Alexander no llamará a las hermanas Rhea mientras esté en la ciudad. Además, está convencida de que la única vagina que vale la pena tener es la que una misma pueda pagarse con sus propios medios.

Ellis está parado en el umbral de la puerta; parece un superhéroe y me entran ganas de que se lance sobre mi cama y me salve. Pero desde que estuvimos en Seattle es mi hermano. Y una no puede enamorarse de su hermano.

Brandy dice:

—¿Quieres el mando a distancia de la tele? —Brandy enciende el televisor y allí está Evie, asustada y desesperada, con su pelo de arco iris en todos los tonos posibles de rubio. Evelyn Cottrell, Inc. , el fracaso favorito de todo el mundo, se tambalea entre el público del plató con su vestido de lentejuelas, suplicando a la gente que pruebe sus derivados cárnicos.

Brandy cambia de canal.

Brandy cambia de canal.

Brandy cambia de canal.

Evie está en todas partes pasada la medianoche, ofreciendo lo que lleva en una bandeja de plata. El público la ningunea; todos se miran en el monitor, atrapados en ese lazo de realidad que consiste en mirarse a uno mismo mirándose a uno mismo, intentando descifrar quién es exactamente esa persona, como hacemos todos cuando nos miramos en un espejo.

La cámara se detiene en Evie, y yo casi la oigo decir: Ámame.

Ámame, ámame, ámame, ámame, ámame, ámame, ámame. Seré quien tú quieras que sea. Úsame. Cámbiame. Puedo ser delgada, con los pechos grandes y el pelo largo. Destrózame. Conviérteme en un objeto, pero ámame.

Volvamos a cuando Evie y yo posamos en un desguace, en un matadero, en un depósito de cadáveres. Íbamos a cualquier parte donde el contraste nos hiciera salir bien, y me doy cuenta de que lo que menos me gusta de Evie es que sea tan frívola, tan tonta y necesitada. Pero lo que más detesto es que sea casi como yo. Lo que de verdad detesto es a mí misma, y por eso detesto a casi todo el mundo.

Pasemos al día siguiente, cuando encontramos unas cuantas casas, una mansión, un par de palacios y un castillo lleno de fármacos. A eso de las tres de la tarde nos reunimos con un agente inmobiliario en el salón de una mansión de West Hills. Estamos rodeados de camareros y floristas. La mesa del comedor está dispuesta y abarrotada de plata y cristal, de tazas de té, samovares, candelabros y cristalería. Una mujer que parece un espantapájaros, con un traje de cuadros sin el menor estilo,

desenvuelve los regalos de plata y cristal y toma notas en un cuadernito rojo.

Un flujo constante de flores gira a nuestro alrededor: ramos de iris y de rosas y cosas así. La mansión está inundada por el dulce olor de las flores, los canapés y los champiñones rellenos.

No es nuestro estilo. Brandy me mira. Hay demasiada gente.

Pero la agente ya está allí, sonriendo. Arrastrando las palabras, con un acento tan plano y alargado como el horizonte de Texas, se presenta como la señora Leonard Cottrell. Y está encantada de conocernos.

La señora Cottrell coge a Brandy del brazo y la conduce por la primera planta, mientras yo decido si plantar cara o largarme.

Dame terror.

Flash.

Dame pánico.

Flash.

Tiene que ser la madre de Evie, ya os habréis dado cuenta. Y esta tiene que ser la nueva casa de Evie. Y me pregunto cómo hemos llegado hasta allí. ¿Por qué precisamente ese día? ¿Qué posibilidades hay?

La señora Cottrell nos acompaña, y pasamos junto a la secretaria y los regalos de boda.

—La casa es de mi hija, pero ella se pasa el día en la sección de muebles de Brumbach's, en el centro. Hasta ahora hemos sido muy tolerantes con sus pequeñas obsesiones, pero ya está bien; por eso hemos decidido casarla con un zopenco.

Se acerca confidencialmente para decir:

—Ha sido más difícil de lo que se imaginan conseguir que sentara la cabeza. ¿Saben?, la última casa que le compramos la incendió.

Detrás de la secretaria hay un montón de invitaciones de boda, grabadas en oro. Son las excusas. Lo sentimos, pero no podremos asistir.

Al parecer, ha habido un montón de excusas. Y eso que las invitaciones son bonitas, grabadas en oro, con los bordes cortados a mano, un tríptico con una violeta seca en su interior. Robo una de las excusas y sigo a la señora Cottrell, a Brandy y a Ellis.

—No —está diciendo Brandy—, hay demasiada gente. No podemos ver la casa en estas condiciones.

—Entre nosotras —dice la señora Cottrell—, vale la pena celebrar una boda por todo lo alto, cueste lo que cueste, si logramos encasquetarle a Evie a un pobre diablo cualquiera.

—No queremos entretenerla —dice Brandy.

—Y además —insiste la señora Cottrell—, hay un subgrupo de «hombres» a quienes les gustan las «mujeres» como Evie.

—Tenemos que irnos —dice Brandy.

—¿Hombres a quienes les gustan las mujeres chifladas? —dice Ellis.

—Se nos rompió el corazón un día que Evan vino a hablar con nosotros. Tiene dieciséis años y nos dice: «Mamá, papá, quiero ser una chica» —explica la señora Cottrell—. Pero pagamos lo necesario. La desgravación fiscal es la desgravación fiscal. Evan quería ser una modelo famosa. Empezó a llamarse Evie, y al día siguiente yo cancelé mi suscripción a *Vogue*. Me pareció que ya le había hecho suficiente daño a mi familia.

Brandy dice:

—Enhorabuena. —Y me empuja hacia la puerta principal.

Y Ellis pregunta:

—¿Evie era un hombre?

Evie era un hombre. Y yo tengo que sentarme. Evie era un hombre. Y yo le vi las cicatrices de los implantes. Evie era un hombre. Y yo la he visto desnuda en los probadores.

Dame por última vez una revisión total de mi vida adulta.

Flash.

¡Dame algo en este puto mundo que sea exactamente lo que parece!

¡Flash!

La madre de Evie mira a Brandy con dureza:

—¿Ha sido usted modelo? Se parece muchísimo a una amiga de mi hijo.

—De su hija —replica Brandy, con un gruñido.

Y yo cojo la invitación que he robado. La boda, el enlace de la señorita Evelyn Cottrell y el señor Allen Skinner tendrá lugar al día siguiente. A las once de la mañana, según las letras doradas. Irá seguida de una recepción en casa de la novia.

Que irá seguida de un incendio.

Que irá seguido de un asesinato.

Se requiere etiqueta.

# 28

El vestido con el que muevo el trasero en la boda de Evie es más ceñido que la piel. Es lo que se diría pegado al hueso. Es una reproducción de la Sábana Santa de Turín, principalmente marrón y blanco, cortado de tal modo que los botoncitos rojos brillantes coinciden con los estigmas. Además, llevo metros y metros de guantes de seda negra enrollados en los brazos. Y unos tacones tan altos que me producen hemorragia nasal. Oculto las cicatrices, la tarta de cerezas que antes era mi cara, con medio kilómetro del tul negro de Brandy, cubierto de lentejuelas, hasta que solo se me ven los ojos. Tengo un aspecto deprimente y morboso. Y la impresión de que estamos perdiendo el control.

Ahora me cuesta más odiar a Evie. Mi vida entera se aleja cada vez más de cualquier razón para odiarla. Se aleja de cualquier razón. Necesito una taza de café y una Dexedrina para sentirme vagamente mosqueada por algo.

Brandy lleva ese espectacular traje de Bob Mackie con la faldita de vuelo y el gran no sé qué, y el fino y estrecho me importa un bledo. Lleva un sombrero, porque vamos a una boda. Y unos zapatos hechos con la piel de algún animal. Complementa su atuendo con joyas, con piedras sacadas de la tierra, pulidas y cortadas de tal modo que reflejen la luz, engastadas en oro y cobre, con peso atómico, fundidas y trabajadas con martillos, todo laboriosísimo. Es decir, toda Brandy Alexander.

Ellis lleva un traje cruzado, con una sola costura atrás, negro. Tiene la misma pinta con la que una se imaginaría a sí misma muerta en un ataúd si fuera un tío, pero eso no es un problema para mí, porque Ellis ya no tiene razón de ser en mi vida.

Ellis se da muchos humos últimamente, desde que ha comprobado que es capaz de seducir a cualquier cosa de cualquier categoría. No es que tirarse al señor Parker lo convierta en el rey de Villamaricón, pero también tiene a Evie en su haber, y tal vez ha pasado el tiempo suficiente para volver a ejercer su profesión y reanudar sus rondas por Washington Park.

De manera que cogemos la invitación que robé; Brandy y Ellis se toman un Oxycontin cada uno, y llegamos al momento de la recepción en la boda de Evie.

Pasemos a las once de la mañana en la mansión de West Hills de la chiflada Evie Cottrell, de la felizmente armada Evie, de la flamante señora Evelyn Cottrell Skinner, como si a estas alturas eso me importase. Y. Todo es deslumbrante. Evie podría ser la tarta nupcial, con pisos y más pisos de bandas y flores alrededor de su enorme falda con aros que ascienden hasta su estrecha cintura y sus grandes tetas texanas que asoman por el corpiño sin tirantes. Hay tanto espacio para decorar en ella como en un centro comercial cuando llega la Navidad. Lleva un ramo de flores de seda a un lado

de la cintura. Flores de seda en las dos orejas sujetan un velo echado hacia atrás que cubre su pelo rubio sobre rubio. Con esa falda de aro y esos melones texanos, la chica se pasea por ahí conduciendo su propia carroza de desfile.

Cargada de champán e interacciones del Oxycontin, Brandy me está mirando.

Me asombra no haberme dado cuenta de que Evie era un hombre. Una rubia enorme, como Brandy, con un escroto feo y arrugado.

Ellis se esconde de Evie, intentando averiguar si su nuevo marido podría ser un punto más para renovar su contrato especial como agente de la brigada antivicio. Bajo el punto de vista de Ellis, él sigue siendo en toda esta historia la prueba concluyente de que puede trincar a cualquier hombre después de una larga lucha. Aquí todo el mundo se cree protagonista de la historia. Está claro que a todos les pasa lo mismo.

Y todo ha llegado mucho más allá del perdón, mamá. Perdón, Dios. Ya no lamento nada. Ni lo siento por nadie.

La verdad es que aquí todos arden en deseos de ser incinerados.

Volvamos al piso de arriba. En el dormitorio principal, el ajuar de Evie está a punto de ser embalado. Esta vez traigo mis propias cerillas, y enciendo el borde cortado a mano de la invitación con letras doradas, y paso la invitación por la colcha, el ajuar y las cortinas. El momento en que el fuego asume el control es delicioso, y a partir de entonces ya no eres responsable de nada.

Cojo un frasco grande de Chanel Número Cinco del cuarto de baño de Evie, y un frasco grande de Joy, y un frasco grande de White Shoulders. Y me embriago con el olor de un millón de flores de las carrozas del desfile que inunda el dormitorio.

El infierno nupcial de Evie sigue el rastro de las flores empapadas de alcohol y me persigue hasta el pasillo. Eso es lo que me encanta del fuego, que puede matarme tan deprisa como a cualquiera. Que no sabe que soy su madre. Es hermoso, intenso, y no puede sentir nada por nadie; eso es lo que me encanta del fuego.

Es imposible pararlo. Es imposible controlarlo. El fuego se extiende en cuestión de segundos por la ropa de Evie, y avanza ya sin ayuda de nadie.

Bajo las escaleras. Paso-pausa-paso. La mujer invisible. Por una vez está pasando lo que yo quiero. Incluso es mejor de lo que esperaba. Nadie se ha dado cuenta.

Nuestro mundo viaja veloz y directo hacia el futuro. Flores y champiñones rellenos, invitados y músicos del cuarteto de cuerda, allí nos dirigimos todos juntos, hacia el planeta Brandy Alexander. En el vestíbulo, la princesa Princesa cree que aún controla la situación.

La sensación es de control supremo y definitivo sobre todas las cosas. Pasemos al día en que estemos todos muertos y nada de esto importe. Pasemos al día en que aquí se haya construido otra casa y viva gente que nunca sabrá lo que ocurrió.

—¿Adónde has ido? —pregunta Brandy.

Al futuro inmediato, podría decirle.

# 29

Pasemos a Brandy y a mí. No encontramos a Ellis por ningún lado. Evie y todos los Cottrell de Texas tampoco encuentran al novio, y todo el mundo se ríe con una risita nerviosa. Todo el mundo se pregunta cuál de las damas de honor se habrá fugado con él. Ja, ja.

Empujo a Brandy hacia la puerta, pero me ordena callar. Ellis y el novio han desaparecido. . . cien texanos beben sin parar. . . esa novia tan ridícula con su vestido de boda. . . a Brandy le resulta demasiado divertido para marcharse en ese momento.

Pasemos a Evie saliendo en su gran carroza de la despensa del mayordomo, con los puños apretados, el velo y el pelo al viento. Dice a gritos que ha sorprendido al maricón y chupaculos de su futuro esposo practicando el sexo anal con un antiguo amigo de todo el mundo en la despensa.

Es Ellis.

Recuerdo sus revistas porno y todos los detalles anales y orales de lengua en el culo y puño en el culo. Podrías terminar en el hospital intentando chupártela.

Es increíble.

La respuesta de Evie es, por supuesto, levantarse la falda de aro y correr escaleras arriba en busca de una escopeta, solo que en ese momento su dormitorio es una pared de fuego perfumada de Chanel Número Cinco que Evie debe atravesar con su carroza. Todo el mundo llama por los teléfonos móviles para pedir socorro. Nadie se molesta en ir a la despensa y comprobar los hechos. Nadie quiere saber lo que está pasando allí.

Es una suposición, pero los texanos parecen mucho más cómodos en una casa en llamas que ante el sexo anal.

Me acuerdo de mis padres. Jazz y deportes náuticos. Sadismo y masoquismo.

Mientras esperan que Evie muera abrasada, todo el mundo se sirve una bebida fría y se reúne en el vestíbulo, al pie de la escalera. Se oyen fuertes palmadas en la despensa. De esas que duelen y que se dan después de escupirse en la mano.

Brandy, esa inadaptada social, se echa a reír.

—Esto va a ser divertidísimo —me dice, torciendo los labios azul Plumbago—. Le he puesto un puñado de laxantes a Ellis en su última copa.

Ay, Ellis.

Mientras ocurre todo esto, Brandy podría haberse marchado si no se hubiera echado a reír.

En ese momento, Evie sale de la pared de fuego del piso de arriba. Con una escopeta en la mano, el traje de novia quemado hasta los aros de acero, las flores de seda del pelo achicharradas hasta no quedar más que su esqueleto, el pelo rubio chamuscado, Evie emprende el descenso de las escaleras paso-pausa-paso, apuntando

con la escopeta a Brandy Alexander.

Todo el mundo mira a Evie, cubierta de alambre y ceniza, sudando y con su espléndido cuerpo de travesti con forma de guitarra cubierto de hollín. Todos miramos a Evelyn Cottrell en su gran momento, y Evie grita:

—¡Eres tú!

Le grita a Brandy Alexander mientras la apunta con la escopeta:

—¡Eres tú quien me ha hecho esto! ¡Otro incendio!

Paso-pausa-paso.

—No te basta con ser la mejor y la más guapa —dice Evie—. La mayoría de la gente se daría con un canto en los dientes por ser como tú.

Paso-pausa-paso.

—Pero no —continúa Evie—, tienes que destruir a todo el mundo.

El fuego del segundo piso empieza a abrirse camino hacia el vestíbulo por el papel pintado, y los invitados se arremolinan para buscar sus regalos y sus bolsos, y se encaminan hacia el jardín con los regalos de boda, la plata y el cristal.

En la despensa siguen oyéndose manotazos.

—¡Callaos de una vez! —grita Evie. Y dirigiéndose de nuevo a Brandy, dice—: ¡Puede que yo me pase algunos años en la cárcel, pero tú entrarás delante de mí en el infierno!

Se oye el percutor de la escopeta.

El fuego sigue avanzando por las paredes.

—Ah, Dios, ah, Dios —grita Ellis—. ¡Sí, estoy llegando!

Brandy deja de reír. Más grande y hermosa que nunca, con aire majestuoso y desconcertado, como si todo fuese una broma, levanta una mano enorme y mira el reloj.

Estoy a punto de convertirme en hija única.

Y podría impedirlo todo en este momento. Podría quitarme el velo, decir la verdad y salvar vidas. Soy yo. Brandy es inocente. Esta es mi segunda oportunidad. Hace años podría haber abierto la ventana de mi dormitorio para que Shane entrase. Podría no haber llamado tantas veces a la policía insinuando que el accidente de Shane no fue tal. Lo que se interpone en mi camino es que Shane me quemó la ropa. Que al quedar deformado, mi hermano se convirtió en el centro de atención. Y si ahora me quito el velo, no seré más que un monstruo, una víctima imperfecta y deforme. No seré más que lo que parezco. Solo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. La honestidad es la cosa más aburrida en el planeta Brandy Alexander.

Evie apunta.

—¡Sí! —grita Ellis desde la despensa—. ¡Sigue, tío! ¡Dámelo! ¡Dispara!

Evie mira por la mirilla.

—¡Venga! —grita Ellis—. ¡Échamelo en la boca!

Brandy sonríe.
Y yo no hago nada.
Y Evie dispara a Brandy Alexander en el corazón.

# 30

—Mi vida —dice Brandy—. Me estoy muriendo, y se supone que tengo que ver mi vida entera.

Nadie se está muriendo allí. Dame negación.

Evie ha disparado, ha soltado la escopeta y ha salido.

La policía y la ambulancia están en camino, y los invitados están fuera, peleándose por los regalos, por quién regaló qué y ahora tiene derecho a quedárselo. Es divertidísimo.

Brandy Alexander está cubierta de sangre, y dice:

—Quiero ver mi vida.

Desde alguna habitación en la parte de atrás, Ellis dice:

—Tienes derecho a permanecer en silencio.

Pasemos a mí, cuando dejo de agarrarle la mano a Brandy, la mano caliente y cubierta de patógenos de sangre roja, y escribo en el papel en llamas.

«Te llamas Shane MacFarland. »

«Naciste hace veinticuatro años. »

«Tienes una hermana, un año menor. »

El fuego ya está devorando la primera línea.

«Un agente especial de la brigada antivicio te contagió la gonorrea y tu familia te echó de casa. »

«Conociste a tres drag-queen que te pagaron una operación de cambio de sexo porque era lo que menos te apetecía. »

El fuego ya está devorando la segunda línea.

«Me conociste. »

«Soy tu hermana, Shannon McFarland. »

Escribo la verdad con sangre, pocos minutos antes de que el fuego la consuma.

«Me querías porque, aunque no lo supieras, yo era tu hermana. En cierto sentido, lo sabías perfectamente, y por eso me querías. »

Hemos viajado por el oeste del país y hemos vuelto a crecer juntos.

Te odio desde que tengo memoria.

«Y no te vas a morir. »

Yo podría haberte salvado.

Y no te vas a morir.

El fuego y lo que escribo van a la par.

Pasemos a Brandy, medio desangrada en el suelo, cuando yo le limpio la mayor parte de la sangre para escribir con ella, y ella lee bizqueando nuestra historia familiar mientras el fuego la devora línea a línea. La línea que dice «Y no te vas a morir» está casi en el suelo, casi en la cara de Brandy.

—Cielo —dice Brandy—. Shannon, cielo. Todo eso ya lo sabía. Evie me lo contó todo. Me dijo que estabas en el hospital. Me habló de tu accidente.

Ahora soy modelo de manos. Una palurda.

—Cuéntamelo todo —dice Brandy.

Yo escribo: «He estado suministrando a Ellis hormonas femeninas desde hace ocho meses».

Y Brandy se echa a reír, escupiendo sangre.

—¡Yo también! —dice.

¿Cómo no iba a reírme?

—Deprisa, antes de que me muera. ¿Qué más?

Escribo: «Todo el mundo te quería mucho más después del accidente».

Y: «Y yo no puse el bote de laca en la basura».

Brandy dice:

—Lo sé. Fui yo. No soportaba ser un chico normal. Quería que algo me salvara. Quería lo contrario de un milagro.

Desde otra habitación, Ellis dice:

—Todo lo que diga puede ser utilizado en su contra ante un tribunal.

Y yo escribo en el zócalo:

«La verdad es que yo misma me volé la cara».

Ya no queda espacio para escribir, ni sangre con que escribir, ni nada que añadir. Y Brandy dice:

—¿Te volaste la cara?

Asiento.

—Eso no lo sabía —dice Brandy.

# 31

Pasemos a ese momento, en ningún lugar concreto, cuando Brandy está casi muerta en el suelo y yo estoy arrodillada sobre ella, cubriendo con las manos el festival de sangre de la princesa Alexander.

Brandy grita:

—¡Evie!

Y la cabeza chamuscada de Evie asoma por la puerta principal.

—Brandy, cariño. ¡Es el mejor desastre que podrías haber imaginado!

Evie echa a correr hacia mí y me besa con los labios desagradablemente derretidos, y dice:

—Shannon, no sé cómo darte las gracias por aderezar mi aburrida vida.

—Señorita Evie —dice Brandy—, puedes interpretar cualquier papel, pero has fallado por completo el tiro en mi chaleco antibalas.

Pasemos a la verdad. La estúpida soy yo.

Pasemos a la verdad. Yo me volé la cara. Dejé que Evie creyera que había sido Manus y Manus que había sido Evie. Probablemente fueron los recelos los que acabaron por separarlos. Evie se vio obligada a vivir con una escopeta cargada, por si Manus iba por ella. El mismo miedo hizo que Manus llevase un cuchillo de cocina la noche que fue a su casa para enfrentarse con ella.

La verdad es que aquí nadie es tan estúpido ni tan malvado como yo he consentido. Menos yo. La verdad es que salí en coche de la ciudad el día del accidente. Con la ventanilla a medio subir. Y disparé a través del cristal. De vuelta a la ciudad, mientras circulaba por la autopista, tomé la salida de la avenida Growden, la salida del Hospital Memorial de La Paloma.

La verdad es que era adicta a mi propia belleza, y eso es algo que no tiene remedio. Adicta a tanta atención; tenía que superar el síndrome de abstinencia. Podía afeitarme la cabeza, pero el pelo vuelve a crecer. Incluso calva, seguiría siendo guapa. Calva se fijarían aún más en mí. Tenía la opción de engordar o de beber sin control para estropearme, pero quería ser fea, quería mi salud. Las arrugas y la vejez estaban demasiado lejos. Tenía que haber algún modo de volverse fea de repente. Tenía que destruir mi belleza de manera rápida y definitiva, pues de lo contrario siempre tendría la tentación de dar marcha atrás.

Ya sabéis cómo miramos todos a las chicas feas y jorobadas, y la suerte que tienen. Nadie las invita a salir por las noches, y pueden terminar su tesis doctoral. Los fotógrafos no les echan la bronca por no haberse depilado las ingles. Cuando miras a las víctimas de un incendio, piensas en cuánto tiempo se ahorran en mirarse en el

espejo para asegurarse de que el sol no les ha estropeado la piel.

Quería la seguridad diaria de estar mutilada. Buscaba la felicidad de una chica tullida, deforme y desfigurada, que puede conducir con las ventanillas abiertas sin preocuparse de que el viento la despeine.

Estaba harta de llevar una vida inferior solo por mi físico. De comerciar con él. De engañar. De no esforzarme nunca por nada y merecer atención y reconocimiento de todos modos. Me sentía atrapada en un gueto de belleza. Estereotipada. Privada de motivación.

En este sentido, Shane, somos completamente hermanos. Pensé que este era el mayor error que podía cometer para salvarme. Quería renunciar a la idea de mantener el control. Destruirlo todo. Salvarme gracias al caos. Comprobar si era capaz y obligarme a mí misma a crecer de nuevo. Hacer explotar mi espacio de comodidad.

Me dirigí despacio hacia la salida y me adentré despacio por lo que llaman la senda de la destrucción. Recuerdo que pensé: Qué oportuno. Recuerdo que pensé: Qué emocionante va a resultar. Mi transformación. Mi vida estaba a punto de empezar de nuevo. Esta vez podría ser una prestigiosa neurocirujana, o artista. A nadie le importaría mi físico. La gente vería mi arte, lo que yo hacía, en lugar de cuál era mi aspecto, y todo el mundo me querría.

Por último, pensé que volvería a crecer, a cambiar, a adaptarme, a evolucionar. Tendría que enfrentarme a un desafío físico.

No podía esperar. Saqué la pistola de la guantera. Me puse un guante para protegerme de las quemaduras de la pólvora y estiré el brazo para apuntar desde fuera de la ventanilla. La pistola estaba a menos de un metro. Podría haberme matado, pero para entonces la idea no me parecía trágica.

Esta transformación hacía que los pendientes por el cuerpo, los tatuajes y las marcas a fuego pareciesen insignificantes, todas esas pequeñas sublevaciones contra la moda que terminan por convertirse en moda. Esos intentos de tigre de papel por negar el buen aspecto y que al final solo consiguen reforzarlo.

Lo que recuerdo del disparo es que fue como recibir un golpe muy fuerte. La bala. Tardé un minuto en recuperar la visión, pero había sangre y mocos, babas y dientes desperdigados por el asiento del pasajero. Tuve que abrir la puerta del coche y coger el arma de donde se había caído. Estar en estado de shock facilitaba las cosas. Tiré la pistola y el guante en una alcantarilla del aparcamiento del hospital, por si alguien quiere pruebas.

Luego vino la morfina por vía intravenosa, las tijeras de manicura con las que me cortaron el vestido en el quirófano, las bragas, las fotos de la policía. Los pájaros se me comieron la cara. Nadie llegaría a sospechar la verdad jamás.

La verdad es que me entró el pánico poco después. Dejé que todo el mundo creyera lo que no era. El futuro no es un buen sitio para empezar a mentir y engañar

otra vez. La culpa de todo esto es exclusivamente mía. Huí porque la tentación de que pudieran reconstruirme la mandíbula era demasiado grande, y tal vez querría volver a jugar al juego de ser guapa. Mi futuro me está esperando ahí fuera.

La verdad es que ser fea no es tan emocionante como puede parecer, pero puede ser una oportunidad para algo mucho mejor de lo que jamás había imaginado.

La verdad es que lo siento.

# 32

Volvamos a la sala de urgencias de La Paloma. A la morfina por vía intravenosa. A las tijeras de manicura del quirófano cortando el traje de Brandy. El triste pene de mi hermano está allí azul y frío, a la vista de todo el mundo. Las fotos de la policía y la hermana Katherine gritando: «¡Hagan las fotos! ¡Hagan las fotos ya! ¡Sigue perdiendo sangre!».

Pasemos a la cirugía. Pasemos al postoperatorio. Pasemos a mí, llevándome aparte a la hermana Katherine; y a la hermana Katherine, tan bajita, abrazándome con tanta fuerza por las rodillas que casi me caigo al suelo. Me mira; las dos estamos manchadas de sangre, y le pido por escrito:

por favor.

haga algo muy especial por mí. si de verdad quiere hacerme feliz.

Pasemos a Evie instalada estilo programa de testimonios bajo el calor de los focos, en Brumbach's, contándoles a su madre y a Manus y a su marido cómo conoció a Brandy años antes que todos los demás, en un grupo de apoyo para transexuales. Diciendo que todo el mundo necesita una tragedia de vez en cuando.

Pasemos a un día cualquiera en la carretera, cuando a Manus le crecen las tetas.

Pasemos a mí arrodillada junto a la cama de mi hermano, en el hospital. Shane está tan pálido que no se sabe dónde termina la bata azul desteñida y dónde empieza su piel. Es mi hermano, flaco y pálido, con sus brazos delgados y su pecho de paloma. El pelo caoba y liso le cubre la frente; así es como lo recuerdo cuando éramos niños. Hecho de palitos y huesos de pájaro. El Shane al que había olvidado. El Shane de antes del accidente. No sé por qué lo había olvidado, pero Shane siempre había dado muestras de sufrir mucho.

Pasemos a mis padres en casa, de noche, pasando películas en la pared blanca. Las ventanas de hace veinte años perfectamente alineadas con las ventanas de hoy. La hierba con la hierba. El fantasma de Shane y el mío, muy pequeños, correteando, contentos de estar juntos.

Pasemos a las hermanas Rhea arremolinadas junto a la cama del hospital, con redecillas encima de las pelucas. Con mascarillas quirúrgicas en la cara. Llevan sus trajes verde hierba, y sus broches estilo duquesa de Windsor: leopardos que lanzan destellos de diamante y topacio. Colibríes con el cuerpo de esmeralda.

Yo solo quiero que Shane esté contento. Estoy harta de ser yo, la odiosa yo.

Dame liberación.

Estoy harta de este mundo de apariencias. De cerdos que solo parecen gordos. De familias que parecen felices.

Dame liberación.

De lo que parece generosidad. De lo que parece amor.

Flash.

No quiero seguir siendo yo. Quiero ser feliz, y quiero recuperar a Brandy Alexander. He llegado al primer punto muerto de mi vida. No tengo adónde ir, tal como soy ahora. Este es mi verdadero comienzo.

Mientras Shane duerme, las hermanas Rhea se arremolinan y lo decoran con pequeños regalos. Lo perfuman con L'Air du Temps, como si fuera un helecho.

Pendientes nuevos. Un pañuelo de Hermès en la cabeza.

Los cosméticos aparecen perfectamente alineados sobre un carrito que hay junto a la cama, y Sofonda dice:

—¡Hidratante! —Y extiende una mano, con la palma hacia arriba.

—¡Hidratante! —dice Kitty Litter, dejando el tubo de un manotazo en la palma de Sofonda.

Sofonda saca la mano y dice:

—¡Corrector!

Shane, sé que no me oyes, pero no importa porque no puedo hablar.

Con ligeros toques, Sofonda usa una esponjita para cubrir con corrector las bolsas oscuras que Shane tiene debajo de los ojos. Vivienne le pone a Shane un pequeño alfiler de diamante en la bata.

Miss Rona te ha salvado la vida, Shane. El libro que llevabas en el bolsillo de la chaqueta retuvo la bala lo suficiente para que solo explotase una teta. La herida afecta solo a la carne, a la carne y a la silicona.

Entran floristas con ramos de iris y rosas.

La silicona ha reventado, Shane. La bala la hizo estallar, y tienen que quitártela. Ahora podrás tener la talla de pecho que quieras. Las hermanas Rhea lo han dicho.

—¡Base de maquillaje! —dice Sofonda, extendiéndola junto al cuero cabelludo.

—¡Lápiz de cejas! —dice, con la frente perlada de sudor.

Kitty se lo pasa, diciendo:

—Lápiz de cejas.

—¡Sécame! —dice Sofonda.

Y Vivienne le seca la frente con una esponja.

—¡Perfilador de ojos! —dice Sofonda.

Y tengo que marcharme mientras estás dormido, Shane. Pero quiero darte algo.

Quiero darte vida. Esta es mi tercera oportunidad, y no quiero desaprovecharla. Podría haber abierto la ventana de mi dormitorio. Podría haber impedido que Evie te disparase. Pero no lo hice, y ahora te ofrezco mi vida porque yo ya no la quiero.

Meto mi bolso de mano debajo de la mano de Shane, repleta de anillos. El tamaño de las manos de un hombre es lo único que un cirujano plástico no puede cambiar. Lo único que puede delatar a una chica como Brandy Alexander. No hay manera de ocultar esas manos.

Aquí está toda mi documentación, mi partida de nacimiento, mi todo. Puedes ser Shannon McFarland a partir de ahora. Mi carrera. La atención constante. Es tuya. Todo. Todos. Espero que te baste. Es lo único que me queda.

—¡Color de base! —dice Sofonda, y Vivienne le pasa el tono más claro de sombra Sueños Berenjena.

—¡Color de párpados! —dice Sofonda. Y Kitty le pasa el tono siguiente.

—¡Color de contorno! —dice Sofonda. Y Kitty le pasa el tono más oscuro.

Tú continuarás mi carrera, Shane. Lograrás que Sofonda te consiga un contrato estupendo; nada de pequeños beneficios fugaces fruto de la caridad local. Ahora eres Shannon McFarland. Llegarás a lo más alto. Dentro de un año, quiero encender la tele y verte beber una Cola-Cola light desnuda, a cámara lenta. Haz que Sofonda te consiga grandes contratos nacionales.

Hazte famosa. Conviértete en un gran experimento social para conseguir lo que no quieres. Encuentra valor en lo que nos han enseñado que no vale nada. Encuentra el bien en lo que el mundo dice que es el mal. Te doy mi vida porque quiero que el mundo entero te conozca. Quiero que el mundo entero adore lo que odia.

Descubre qué es aquello que más miedo te da, y vete a vivir allí.

—¡Rizador de pestañas! —dice Sofonda, y le riza las pestañas a Shane mientras duerme.

—¡Máscara! —dice, pintando las pestañas.

—Exquisito —dice Kitty.

Y Sofonda dice:

—Aún no hemos salido del bosque.

Shane, te doy mi vida, mi carnet de conducir, mi boletín de calificaciones, porque te pareces mucho más a mí de lo que yo recuerdo haberme parecido. Porque estoy harta de odiar y de vanagloriarme y de contarme a mí misma cuentos que nunca eran verdad, desde el principio. Estoy harta de ser siempre yo, yo, yo la primera.

Espejito, espejito.

Y, por favor, no me busques. Sé el nuevo centro de atención. Ten mucho éxito, sé hermosa y querida y todo lo que yo quería ser. Ahora estoy por encima de todo eso. Solo quiero ser invisible. A lo mejor practico la danza del vientre, cubierta con mis velos. O me hago monja y trabajo en una colonia de leprosos, donde a todo el mundo le falta alguna parte del cuerpo. O me convierto en portera de hockey, y llevo un casco. En los parques de atracciones solo contratan a mujeres para disfrazarse de personajes de dibujos animados, porque a la gente no le gusta que un extraño abrace a sus hijos. A lo mejor me convierto en un ratón de dibujos animados. O en un perro. O en un pato. No lo sé, pero estoy segura de que se me ocurrirá algo. No hay manera de escapar al destino; el destino sigue su curso. Día y noche, el futuro se te acerca sin tregua.

Acaricio la mano pálida de Shane.

Te estoy dando mi vida para demostrarme a mí misma que de verdad soy capaz de amar a alguien. Que sin recibir dinero a cambio puedo dar amor y felicidad y ternura. Ya lo ves; soy capaz de soportar los alimentos infantiles y el no poder hablar, y el no tener casa y el ser invisible, pero necesito saber que puedo amar a alguien. Completamente, totalmente, permanentemente y sin esperar recompensa alguna; que amaré a alguien solo como un acto de voluntad.

Me inclino, como si fuera a besar la cara de mi hermano.

Dejo mi bolso y toda idea de quién soy debajo de la mano de Shane. Y dejo atrás la historia de que una vez fui tan guapa que cuando entraba en un local embutida en un ceñidísimo vestido, todo el mundo se volvía a mirarme. Un montón de periodistas me hacían fotos. Y dejo atrás la idea de que esa atención valía lo que me costaba conseguirla.

Lo que necesito es una historia nueva.

Lo que las hermanas Rhea hicieron por Brandy Alexander.

Lo que Brandy está haciendo por mí.

Lo que necesito es aprender a hacer las cosas por mí misma. Escribir mi propia historia.

Dejar que mi hermano sea Shannon McFarland.

Ya no necesito esa clase de atención. Nunca más.

—¡Perfilador de labios! —dice Sofonda.

—¡Brillo!

—¡Se ha corrido! —dice.

Y Vivienne se acerca con un pañuelo de papel para limpiar la mancha azul Plumbago de la barbilla de Shane.

La hermana Katherine me trae lo que le he pedido, por favor. Son las fotos, las copias en 18 × 24 en las que aparezco con mi bata blanca. No son ni buenas ni malas, ni feas ni bonitas. Son lo que soy. La verdad. Mi futuro. La realidad normal. Y me quito los velos, la muselina y el encaje, y los dejo a los pies de Shane, para que los vea.

En este momento no los necesito, ni más tarde, ni aún más tarde, ni nunca.

Sofonda completa el maquillaje con polvos, y Shane ha desaparecido. Mi hermano, delgado y pálido, todo palitos y huesos de pájaro, todo desesperación, se ha marchado.

Las hermanas Rhea se quitan despacio las mascarillas.

—Brandy Alexander —dice Kitty—, la reina suprema.

—Una chica de máxima calidad —dice Vivienne.

—Por siempre jamás —dice Sofonda—, y con eso basta.

Completamente, totalmente, permanentemente y sin esperar nada, amo a Brandy Alexander por siempre jamás.

Y con eso basta.

**Chuck Palahniuk** nació en Portland, Oregón, en 1964. Es licenciado en periodismo y ha trabajado en una empresa de fabricación de contenedores, en una cadena de montaje, y como mecánico. Escribió su primera novela, *El club de la lucha*, en tres meses; casi tan rápida fue también su conversión en un best seller que, además, terminó siendo adaptada al cine. Actualmente es autor de gran éxito cuyo nombre aparece en la lista de más vendidos en Estados Unidos muy a menudo. Otros títulos del autor son *Monstruos invisibles*, *Asfixia*, *Nana*, *Diario. Una novela*, *Error humano*, *Fantasmas*, *Rant. La vida de un asesino*, y *Snuff*, todas ellas publicadas por Mondadori y Debolsillo.

[*] Juego de palabras intraducible: *loony* (chiflado) y *loon* (somormujo). (*N. de la T.*)